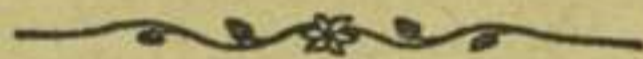


MEDITACIONES DEVOTÍSIMAS
DEL
AMOR DE DIOS



TOMO SEGUNDO

Con censura de la Autoridad Eclesiástica

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

MEDITACIONES DEVOTÍSIMAS

DEL

AMOR DE DIOS

POR

EL P. FRAY DIEGO DE ESTELLA



TOMO SEGUNDO



BARCELONA

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16

1882

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.



MEDITACIONES DEVOTÍSIMAS

DEL

AMOR DE DIOS



MEDITACION LXI

Como solamente nos pide Dios que le amemos

¡Oh! ¡cuán bueno es el Dios de Israel á los que son rectos de corazon! Nos mandas, Señor, que te amemos y no quieres de nosotros otro tributo ni pecho, sinó que amando paguemos tan grandes obligaciones. Venid, pues, oh cristianos, y mirad que mandamientos nos da nuestro Dios. No por cierto ásperos y dificultosos, no graves ni incomportables, sinó muy dulces, leves y muy suaves. No nos manda que degollemos ni que matemos á nuestros hijos, como en otro tiempo los crue-
lísimos demonios lo mandaban á sus honradores: no nos manda que despedacemos y afeemos nuestras carnes con cuchillos ni azotes, ni que entremos en hornos encendidos de fuego, ni que andemos sobre espinas y abrojos, los piés desnudos; pero

máندانos, diciendo: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas, y al prójimo como á tí mismo. Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra cosa os mando, ni pido, ni otra cosa busco en vosotros, ni otra cosa os impongo. Amor quiero y pido, y con sólo esto me contento y me satisfago por tantos beneficios y mercedes como de mí recibís tan abundantemente y de continuo. ¡Oh, hombre, ama y reina! Ama, dice el Señor, y todas mis cosas son tuyas. ¿Oíste, pues, en algun tiempo alguna cosa más clemente ni más benigna que nuestro Dios? ¿Viste por ventura algun señor tan clementísimo y tan benignísimo, que solamente mande á sus siervos que le amen? Si algun rey no pidiese otra cosa á sus caballeros y vasallos, por todas las mercedes que les hace, sinó que le amasen, y no les pusiese otra carga, ni les mandase otro servicio, ¿por cuán piadoso, por cuán clemente, por cuán bueno y digno de ser amado sería tenido y estimado de todos los de su casa, y cómo le querrían, y con mucha razon, todos los de su reino? Tal es nuestro Rey, tal es nuestro Señor, y tal es nuestro Dios. ¡Oh! ¡qué tal, y qué, tan buen Señor tenemos en tí, clementísimo y piadosísimo Señor nuestro! Por lo cual en el Deuteronomio esta escrito que dijo tu fiel siervo Moises al pueblo: ¿Qué te pide ahora, Israel tu Dios y Señor, sinó que le temas y andes en sus caminos y le ames? No te pide otra cosa sino amor. Bien conocía esto el que decía: La ley del Señor es sin mancilla, que convierte las almas, y el testimonio del Señor es fiel y da sabiduría á los pequeños.

Los mandamientos del Señor deseables son sobre el oro y piedra preciosa, y más dulces que la miel y el panal. ¿Qué cosa puede ser, Señor, más dulce á nosotros que el amarte? y ¿qué cosa más jocunda ni suave, ni más ligera? ¿Qué es nuestra vida sin amor, sinó una muerte atrocísima? El que no ama, dice tu Apóstol San Juan, está en la muerte. El que no ama, aún viviendo, está muerto de corazón, porque la vida del co-

razon es el amor; y somos trasladados de la muerte á la vida porque amamos. El que aborrece es homicida de sí mismo. ¡Oh! ¡cuán justamente es condenado á eterno tormento el que más quiso arder que amar, porque si por caridad amara nunca en el infierno ardiera! Bien se convence, Señor, haberte aborrecido el que ántes escogió para siempre arder que para siempre amarte. ¿Qué viste en tu Dios, oh, dañado; qué viste, ó qué sentiste para que no lo amases? ¿Qué excusa podrás tener en el día del juicio, pues aún siendo mandado no quisiste amar á la infinita bondad de tu Dios? ¡Oh! ¡cuánto más deleitable oficio, y más segun la noble inclinacion y naturaleza de nuestra alma, es amar que aborrecer, y cuánto mejor es, Señor, amarte que arder en fuego perdurable! Bien que es imposible aborrecer la criatura á su Criador; y así siendo el bien objeto de nuestra voluntad, no cabe en razon, ni es posible que aborrezca nuestra alma al sumo bien y bondad infinita de nuestro Dios, en cuanto Dios, y debajo de título y nombre de deidad, y por razon de ser Dios, en quien están eminentemente é infinitamente todas las perfecciones y bienes; pero la voluntad desenfrenada y ciega de su propia passion, llevada para su daño y perdicion del amor propio, aborrece á tu divina Majestad, en cuanto eres sabio y conoces su malicia, y porque eres justiciero y castigarás como justo Juez sus maldades; pero ¿cómo será posible que un alma, por desventurada que sea, si tuviere una sola centella de conocimiento de tu infinita bondad, siéndole representado ese abismo de divinas riquezas y ese piélago sin suelo de bien inefable é incomprendible, que esté ociosa y suspensa, y que pueda acabar consigo de no lanzarse en medio del fuego de tu divino amor? ¡Oh! ¡cuán ciegos son, mi Dios, los que no te conocen, y cuán insensibles son, y cuán heladas tienen las almas los que conociéndote no se arrojan en este horno ardiente de tu santo amor! ¿En qué se detienen? ¿Por qué esperan? ¿A cuándo aguardan? Siendo tú, Señor, sumamente atractivo, porque

eres sumamente bueno, atrae esta mi alma ; lleva tras tí este mi corazón; tráeme después de tí y correremos tras el olor de tus ungüentos. ¿Cómo tan grande bien, como el que con la fe se me descubre, no me lleva el corazón al sumo bien? ¿Qué cuerdas hay, por fuertes que sean, ni cadenas de hierro dobladas del amor de estas cosas temporales, que no se quiebren y se hagan pedazos por llegar con amor el único bien mío? y ¿qué me mandas tú, Señor, y qué otra cosa quieres de mí, sinó que te ame? Los juicios del Señor son verdaderos y justificados en sí mismos. Deseables más que el oro ni piedra preciosa, y más dulces que el panal ni la miel. ¿Qué mandamiento más justo, ni qué ley más justificada, ni qué precepto más dulce que el del amor? No me mandas, Señor, que mengüe por los peligros del mar, no que penetre las nubes, no que ande en los trabajos de las guerras, ni que vaya á las Indias con piés descalzos, ni que haga milagros, sinó solamente que te ame del secreto de mi corazón. Muchos, pudiendo cumplir este tan suave y dulce precepto de amor que tú les mandas, no quieren, detenidos del amor de este infeliz y miserable mundo. Pues ¿qué dirás tú, desventurado, que no amas á tu Dios en aquel extremo exámen, cuando el mundo será juzgado? ¿Qué responderás á tan inmensa clemencia? ¿Cómo no enmudecerás entónces? Esto es lo que dices, Señor, á tu pueblo por boca del profeta Isaías: no me invocaste Jacob, ni trabajaste en mí, Israel; no me ofreciste carneros en tu holocausto y no me glorificaste con tus sacrificios. No te hice servir en oblacion, ni me compraste con plata, ni con la grosura de tus sacrificios me embriagaste; mas me hiciste servir en tus pecados y me diste trabajo en tus maldades. Como si más claro le dijeras: No te dí ásperos mandamientos; no te dí grandes cargas ni incomportables; no te mandé que gastases tu hacienda en sacrificios y oblaciones; mas te mandé cosas fáciles y ligeras, y tú en nada tuviste mis mandamientos. En tus pecados me hiciste servir más de treinta años, y al fin por tí hube de

recibir acerbísima muerte; pues aunque te mandara cosas muy graves las debieras hacer, cuanto más que no te dije sinó ama y reina. Amor quiero, amor pido y amor solamente demando, y no quiero sinó que ames, y que amando lleves buena vida, y despues para siempre vivas, descanses y reines.

MEDITACION LXII

Como el amor no se paga sinó con otro amor

El amor, Dios nuestro y Señor nuestro, no recibe otra satisfaccion sinó la del amor, ni se paga sinó con amor. Por lo cual, aunque yo dé todas las cosas al que me ama, si no le diere mi amor, y si no le respondiére á su buena voluntad con la mía, no soy suelto de la deuda, y siempre debo juzgar que quedo en obligacion y por muy grande deudor. Es el amor de tan alto precio, que no se paga con oro ni plata ni piedras preciosas, y de aquí es que, aunque nuestros enemigos y los que están en desgracia con nosotros nos den oro y plata, y todo lo preciso que quisieren y tuvieren, no lo tenemos en nada y lo reputamos como lodo, y aún muchas veces no lo queremos recibir. Por el contrario, de los que sabemos que nos aman y quieren estimamos en mucho cualquier cosa que nos den, por pequeña que sea, porque no miramos al don, sinó á quien lo da, y con qué entrañas lo da, y á que lo da con amor. Por esta razon, Señor, amándonos tú tan grandemente, no te contentas con que te demos todas nuestras cosas sin que te amemos, y estimas en poco nuestros dones cuando no proceden de amor. La Escritura divina dice que cuando aquellos dos hermanos, Caín y Abel, ofrecieron á tu divina Majestad sus dones, que miraste á Abel y á su ofrenda y que no miraste á Caín ni á sus dones. Dice que primero miraste á Abel y después á sus dones, porque más cuenta tienes, Señor, con la persona que con lo que da, y más miras al amor que á lo que se ofrece, y por amor de esto recibiste los dones de Abel, que te amaba, y desechaste la ofrenda de Caín, porque estaba su pecho sin tu santo amor. Por esta causa tuviste en

más la pobre limosna que ofreció la vieja en el templo que las grandes dádivas que presentaron los ricos, y dijiste haber dado más la viejecita pobre que los poderosos ricos, aunque ofrecieron grandes y gruesos dones. Más miras al amor que al don; nos amas, Señor, y con amor quieres ser pagado. En pago del amor que nos tienes quieres que te amemos, y entónces aceptarás de nuestras manos cualquier don, por pequeño que sea, cuando vieres que te amamos. Muchas y muy ricas ofrendas te ofrecían los hebreos, y porque no procedían de corazón lleno de amor les dijiste por boca de tu profeta Isaías: ¿Qué se me da á mí de la muchedumbre de vuestras ofrendas? No quiero los sacrificios de vuestros carneros, ni la grosura de los gruesos animales, ni la sangre de los becerros, ni corderos, ni cabrones. Cuando viniereis á mi presencia y os llegareis á mí, ¿quién os demanda estas cosas? No me ofrezcáis más sacrificio en balde, porque el incienso abominacion es para mí, y aborrezco vuestras fiestas y solemnidades. Todo cuanto podemos ofrecer á tu divina Majestad vale muy poco delante tu divino acatamiento si no va acompañado de amor. Esto es lo que dice el Sabio: Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre; pues si esto es todo hombre, sin esto nada es el hombre; y porque todo cuanto tenemos y todo lo que te podemos dar es nada si no te damos nuestro corazón lleno de tu santo amor, nos le pides, diciendo: Hijo, dame tu corazón. Como si más claro me dijese: No quiero tu hacienda ni tus dones, sinó que solamente pagues con amor el grande amor que te tengo. Amor quiero y amor pido en satisfaccion del amor con que te amo, porque el amor no se paga sinó con amor. Cosa muy justa, pues, es, alma mía, que el amor sea pagado con otro amor, y que tu amor sea semejante al amor que Dios te tiene. Debe ser tu amor muy limpio, entero, santo y sin mezcla de algun otro amor, para que sea conforme al amor de Dios, al cual responde, porque de otra manera lo aborrecerá Dios, como amor muy contrario del suyo. Tu Hacedor te

ama á tí más que á otras criaturas; así tú amas más á Él solo que á todo lo criado. Tu Hacedor á todas las criaturas de este mundo ama por amor de tí; así tú ámalas á todas ellas por amor de Él. Tu Hacedor todas las cosas ordenó para tu servicio y provecho; así tú ordena todas las cosas para su servicio. Tu Hacedor te ama con infinito y perpetuo amor; así tú ama á Él de todo tu corazón, de toda tu alma y de todas tus entrañas y fuerzas, y todo cuanto es á tí posible.

Paga, pues, alma mía, el amor que debes á tu Dios, pues no te pide otra cosa, ni quiere de tí otra cosa, sinó que le ames. Si á otra cosa amas, te pierdes, te ensucias con muchos pecados, te atormentas con mil cuidados y con millares de miserias eres afligida; y la causa de esto es, porque no pusiste tu amor en su lugar y donde fuera justo lo pusieras. Entonces gozarás de suma paz, si tu sumo amor pusieras en suma cosa. Pondré mi sumo amor en el sumo bien, que eres tú, Dios mío, y aunque tu divino amor no me fuera necesario para alcanzar la vida eterna, había yo de hacer todo lo posible por amarte, por alcanzar tu amistad. Dichosos aquellos á quien tú dijiste: A vosotros os dije amigos. Muy honrados son, Señor, vuestros amigos y muy confortado y establecido es tu principado. ¿Quién no se tendrá por muy dichoso en ser amigo del rey? ¿Quién no trabajará por alcanzar su amistad? ¡Oh! ¡cuánto más honrosa y prestante es la amistad del Rey del cielo que la amistad y privanza que se puede aquí tener con los reyes de la tierra! El remedio y medio que tengo para alcanzar la amistad de Dios es amarle. Tú eres, Señor, el que me provocas al campo del amor y quieres que pues me amas, que yo también te ame. ¿Qué debías tú, Señor, hacer por negociar mi amor, que no lo hayas hecho? Como si te fuera la vida y honra en ser amado de mí, así has hecho todo lo posible por grangear mi amor, no importándote á tí cosa alguna y yéndome á mí tanto en ello, que no me importa ménos que la vida. Si tú fueras como uno de nosotros y cada uno de nos-

otros fuera como tú eres, ¿qué pudieras hacer entónces que no lo hayas hecho? Todas las invenciones, modos y maneras que se podían inventar, hiciste, Señor, y has hecho por ser amado de nosotros. ¿Qué modos tan exquisitos y extraños halló tu amor para sacar mi amor? ¿Qué diré á esto Señor y Dios mío? Ardes tu en mi amor y arde todo el mundo en tu amor, y yo en medio de este horno de fuego estoy frío. Cielo, tierra y elementos y todas las criaturas están encendidas en llamas de fuego de divino amor, y sólo yo estoy helado. ¿Qué mayor maldad que esta? ¡Oh, Salvador nuestro y Redentor de mi alma! ¿cómo aquel fuego de infinita caridad que ardía en tu sagrado pecho no quema y hace carbon á mi corazon helado? ¿Cómo, Señor mío, aquella ferventísima y encendida sangre que, saliendo de tus venas en tanta abundancia, con la cual lavaste y bañaste mi alma de las mancillas de sus pecados, no la dejó ferviente en tu amor y caliente para servirte con espíritu y amarte con sumo amor? Porque quieres que te pague el grande amor que me tienes con amar, hiciste tantas cosas porque te amase, no queriendo que tu amor sea pagado sinó con amor.

MEDITACION LXIII

Como no tiene el hombre otra cosa propia sino amor

¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Cosa es, Señor, muy decente que tenga yo alguna cosa mía propia que pueda dar y ofrecer á tu divina Majestad, en recompensa de lo mucho que de tus manos he recibido. Justo es que yo posea algo, con lo cual pueda hacer digna satisfaccion en pago de los beneficios y mercedes que me hiciste; porque como sea justo y no quieras que se pierda el hombre por ingratitud, ni por otra manera alguna, tú, Señor, que quieres que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad, demanda tu justicia que hayas dado alguna cosa al hombre que sea propia suya del mismo hombre y que la tenga en su propio poder y libertad, con que pueda pagar siquiera en algo á las grandes obligaciones que te tiene. Porque de otra manera pareciera que todos los beneficios dados al hombre se los hubieras hecho para su mal y para su condenacion, porque recibiendo tanto y no teniendo algo que propio suyo fuera, con que pudiera satisfacer, mostrábase ingrato, por la cual ingratitud mostraba ser justa su condenacion, lo cual no se ha de pensar de tí, Señor, segun es inmensa tu bondad y grande tu misericordia. Presupuesto que el hombre tiene algo con que pagar á Dios y que de sólo aquello es señor, que está debajo su plenario señorío y libertad; ahora sepamos de qué es señor el hombre. No es señor de la hacienda, heredades y posesiones que tiene, porque todo esto le puede ser quitado forzosamente y contra su voluntad y querer. Tampoco es señor de su cuerpo, ni de parte del cuerpo, pues no están debajo de su perfecto dominio y poder,

pues puede ser privado del cuerpo y de cualquier parte de él, aunque no quiera. No es señor de su vida, porque se la pueden quitar forzosa y violentamente. Ni diremos que es señor de su alma, en cuanto da vida y es forma del cuerpo, porque como no es señor de su vida, así tampoco es señor del alma, en cuanto á aquella parte que da vida al cuerpo. Aunque el alma es una y por ser espíritu no tiene partes; pero hemos de considerar en ella dos oficios que hace estando en este cuerpo, que son dos porciones: la inferior, con que informa y da vida al cuerpo, mediante cuya presencia sentimos y vivimos, y la parte y porcion superior de ella, que es la racional é intelectual, por la cual silogizamos, discurremos, entendemos y conocemos á Dios: segun la parte sensitiva y vida animal somos semejantes á las bestias y así segun esta parte no somos libres; pero segun la parte racional y intelectual, somos criaturas excelentísimas, criadas á la imágen y semejanza de Dios, capaces de la bienaventuranza, racionales y libres, adornados con tres potencias muy nobles, que son: entendimiento, memoria y voluntad. Tambien es de saber que de esta parte superior que decimos, tampoco es el hombre señor de toda ella, porque el entendimiento y la memoria no son potencias libres. Goza el hombre del libre albedrío y por eso se llama libre, por la libertad que tiene, siendo de él absoluto señor; y porque éste está en las dos principales potencias del alma, que son entendimiento y voluntad, y el entendimiento no es potencia libre, sinó sola la voluntad, de aquí se sigue que solamente es el hombre señor de aquella parte del albedrío libre que es de la voluntad. De este se colige que de ninguna cosa es el hombre señor, sinó de su propia voluntad, la cual es reina y princesa en el reino del alma, y de tal manera es libre y señora que no se puede entender cómo la voluntad sea voluntad y no sea libre. Si la voluntad no fuese libre, la voluntad no sería voluntad, porque es contradiccion manifiesta ser voluntad y no ser libre. Es tan grande señor el hombre de

esta su propia voluntad, que es imposible ser compelida, forzada ni violentada, ni serle quitada forzosamente. Todo el poder de los ángeles y de los hombres, ni de los demonios, no pueden quitar al hombre su voluntad, si él libremente no quiere darla. Hízole Dios tan grande señor de ella, que el mismo Dios no compele, ni hace fuerza á nuestra voluntad, y cuando algo quiere de ella, ruega y amonesta, inspira y persuade; pero no fuerza, ni la lleva á su pesar, donde ella no quiere, porque es tan libre y tan grande reina y señora, que ama lo que quiere y aborrece lo que quiere y hace de sí libremente todo lo que se le antoja, sin ser de Dios ni de otro alguno llevada, ni compelida contra su querer; y pues ninguno puede dar, ni enajenar de sí sinó las cosas de que es señor, y de ninguna cosa es señor, sinó de su propia voluntad, y ésta se da por amor, por esta razon nos mandas, Señor, que te amemos, porque amando te damos nuestra voluntad por amor, que es todo nuestro bien y riqueza que poseemos. No pides, Señor, que te demos lo que no tenemos, porque es locura querer que haga uno lo que no puede, ni mandarle que dé lo que no tiene; y pues el hombre no tiene que dar sinó su voluntad, sabia y discretamente le pides su voluntad, mandándole que te ame. Ansias mortales padecía, Dios mío y mi Señor, allí dentro de mi alma, no hallando que darte en pago de lo mucho que de tus magníficas manos he recibido. Bendito seas tú, mi Dios, y mil cuentos de gracias te doy por la merced que me hiciste en darme qué te pudiese dar. Si el hombre viendose tan obligado, no tuviera qué dar, ni con qué pagarte, [fuera una criatura infelicísima y desventurada. ¿Qué hiciera yo, Señor, cuando conociendo lo que te debo, si no tuviera amor y voluntad que darte? Me diste voluntad, que es potencia libre, la cual tiene en sí un propio don que de continuo nace de ella, y es que jamas puede estar sin darse á alguno, tan liberal y tan noble, que no se da sin que la misma voluntad se dé con el mismo don, que es el amor, libre don

de la voluntad y propio suyo, precioso é inmortal tesoro del hombre. Este puede, Señor, darte mi voluntad, con el cual don te satisface, como debe, plenariamente, en cuanto en sí es. Donde quiera que va el amor lleva consigo la voluntad del amante, y porque la voluntad es todo el hombre, por el consiguiente decimos que se lleva consigo á todo el hombre; por lo cual, cuando alguno da á otro su amor, á sí mismo todo entero se da y se traspasa en aquel á quien se dió, porque como el amor de su propia naturaleza es don libre, que de su misma gana se da y que no puede ser forzado, se ha de dar ó quitar queriendo él, y porque las cosas que damos no pasan en verdadera posesion de aquellos á quien las damos si no son propias nuestras y están en nuestro libre poder, de aquí se sigue que como el amor sea propio bien del amante, que dándolo él luégo pasa en verdadera posesion del amado á quien lo da. Por amor de esto tiene el amado libre poder y entero señorío en el que lo ama. Y tambien porque la recompensa debe responder al amor del dador de los bienes, y aquel amor en Dios es espiritual, inmortal é invisible, tambien lo que el hombre da á Dios, dándole éste su amor y voluntad, es inmortal, espiritual é invisible. Y porque sabes tú, Señor y Dios nuestro, que con sólo esto te podemos pagar, sólo esto nos pides y este solo tributo nos demandas, queriendo que te amemos. Porque aunque eres riquísimo poseedor de todos los bienes y no tengas necesidad de nuestras cosas, quieres de nosotros este amor, pues con sólo él podemos satisfacer á tu divina Majestad. ¡Oh! ¡cuán grande merced me hiciste, Señor, en querer ser amado de mí y en darme poder para amarte y caudal con que pueda en algo satisfacer lo mucho que te debo! Es el amor una fuerza y poderío impetuoso de la voluntad, el cual lleva tras sí á la voluntad y la da al que ama, y con la voluntad se da á sí mismo y todo lo que es el hombre, de manera que el que ama no es suyo, sinó del amado. Ama, pues, alma mía, á tu Dios cuanto es á tí posible, y

pues Él te ama, justísimamente le debes tú amar, aunque no puedes igualmente; porque el amor con que Dios te ama es infinito; mas el tuyo con que á Él amas finito es, medida y medida tiene; pero ámale cuanto puedes, y esto te basta para que absorba y trasformada en Dios, vivas vida celestial con el amado en tanto que aquí vives, y despues le goces para siempre en el cielo.

MEDITACION LXIV

Como hemos de amar á Dios, asi como Él nos ama

Cierto, Señor mío Jesucristo, que aunque me aborrecieses te debería yo amar, pues eres mi Dios, mi Redentor, mi Protector, mi refugio y todo mi bien, cuanto más amándome tan notablemente, que me sigues con beneficios, huyendo yo de tí. ¿Por ventura no quisiste tú, mi Dios, ser juzgado y condenado á vil muerte y sufrir grandes tormentos por mí? ¡Oh, Dios mío! ¿y qué más pudiste hacer por mí? Maravilloso es, Señor, tu santo amor, pues así nos amaste y ensalzaste, tan á costa de tu honra y de tu propia vida. Si á nosotros, que somos nada, tanto nos amas, siendo tú el todo, ¿cómo nosotros, siendo lo que somos, no amaremos al sumo bien? ¡Oh, corazón mío, y cómo no te partes por medio en la consideracion de tan excesivo y sobrepujante amor! Más duro eres que piedra, pues amor tan infinito no te ablanda. La piedra dice Job que es el minero del metal; suelta con el calor, conviértese en metal, y tú con tan grande fuego de caridad y con el calor de infinito amor que Dios te tiene perseveras sin mudarte. Pluguiera á Dios que fuera de piedra y no de carne. ¿Qué cosa más maravillosa que sea la carne del corazón más dura y más insensible que la piedra? ¿Por ventura no dices tú, Señor, que quitarás el corazón de piedra y nos darás corazón de carne? Mas ántes, Señor, porque la piedra se ablanda más fácilmente que la carne, quítanos el corazón de carne y danos corazón de piedra. Las piedras, Señor, se hicieron pedazos sintiendo tu muerte, y las peñas se abrieron con el calor del amor con que moriste, y tú, corazón mío, estás duro, frío y entero, sin quebrantarte y deshacerte en el amor de tu Dios y

Redentor. Ya que mi frialdad me ha traído á tales términos, y mi ingratitud y dureza me ha puesto en estado que tengo de venir á ser discípulo de las piedras, te amaré, Señor, pues tanto me amaste, y así como nos amaste, conviene á saber, dulcemente, prudentemente y fuertemente. Dulcemente, esto es, afectuosa y ardientemente, de tal manera que nuestra alma, atraída y halagada del deleite de las cosas sensibles, no sea arrebatada ni se vaya á las cosas ilícitas. Prudentemente, porque corriendo generalmente y con aviso no tropiece en alguna cosa. Fuertemente, esto es, con perseverancia, porque vencido de la dificultad, no vuelva atrás y se deje de lo que había comenzado. Pues porque nuestra alma no se vaya tras las cosas de la carne y del mundo, te amaré, Señor, dulcemente, y porque no sea engañada del demonio del medio día, te amaré sabiamente, y porque no seamos vencidos de la tentación y persecución que nos puede venir, te amaremos fuertemente. Tal fué el amor de tus santos mártires, los cuales, siendo fuertemente atraídos de tí, bien pudieron ser cortados y quemados, asaetados y muertos, mas nunca pudieron ser apartados de tu amor. Este es el engrudo del cual el profeta había dicho ántes: Confortará el herrero hiriendo con el martillo al que batía entónces, diciendo al engrudo, bueno es, y confortóle con clavos, para que no se moviese. ¡Oh, buen herrero, el espíritu de verdad, aquel Apóstol predicador del Evangelio, que batía y fabricaba entónces á Cristo en los corazones de los pueblos! Fatigábale de fuera con el martillo de la persecución, y de dentro le llenaba y trababa con los clavos del temor. De fuera era molestado y acosado, y de dentro era confortado, para que no se moviese en la fe, y porque la muerte no le trastornase ni derribase. A los clavos del temor añadió el engrudo fortísimo del amor, diciendo al engrudo: bueno es. Bueno digo que es, porque por ventura sin él no desfallezca el clavo y perezca el caballero probado en el exámen. Es, pues, bueno que con el engrudo del amor sea

unido y confortado el clavo del temor, porque el cordel doblado difícilmente se rompe. Y si por ventura el clavo con el martillo del peseguidor saltare á fuera, el ánimo unido y ligado con el engrudo del amor se llegará á Cristo indisolublemente. Pues como loamos y honramos á estos caballeros de Cristo, y con mucha razon, así tambien los imitemos y sigamos. A ningun tormento se sujeta el amor; ántes con devoto servicio pagaban á tí, Señor, el tributo del amor que te debían y de agradecimiento, dando sangre por sangre, muerte por muerte, dolor por dolor, amor por amor, aunque no con igual medida, porque no se iguala la muerte del hombre mortal, aunque sea atrocísima y penosísima, con cualquier tormento, por pequeño que sea, del inmortal é impasible Dios; porque más es el impasible padecer cualquier cosa que morir todos los mortales. Así, pues, debes, alma mía, amar á tu Dios, como Él te amó; y pues te amó dulcemente, prudentemente y fuertemente, ama á tu Señor con esa perseverancia y fuerza que eres de Él amado. Por lo cual dice el profeta Jeremías: De léjos me apareció el Señor. En caridad perpetua te amé, y por eso te atraje, habiendo de tí misericordia. De léjos dice, porque mucho ántes que nosotros le amásemos nos amó. En caridad perpetua nos amó, é infinitamente, por hacer á nuestra alma infinita y enriquecerla con infinitos bienes. De esta manera, pues, Señor, nos amaste. No amas á los ricos por comerles su hacienda, sinó por enriquecerlos, ni amas á los poderosos por favorecerte de ellos, sinó por honrarlos, y no amas conforme al mundo que ama por su interes, pero ámasme de balde y de gracia, porque de esta manera seas de mí amado sin interes. En todo tiempo ama el que es amigo, y el hermano en las angustias es probado. En todo tiempo me amaste, y así en la adversidad como en el tiempo próspero te hallé fiel amigo. Me amaste en la adversidad de la cruz y trataste mi salvacion con grande amor, y en la reurreccion hiciste lo mismo. Muchos de los hombres, cuando

están en necesidad, prometen grandes cosas á sus amigos, porque así sean de ellos favorecidos; mas despues que se ven en prosperidad no se acuerdan de cosa alguna. Así lo hizo el copero del rey Faraon, que se aprovechó del consejo de José, estando con él en la cárcel; mas despues que se vió en su libertad y honra, no tuvo de él memoria. Pero tú, mi Dios, no sólo en tu pasion te acordaste de nosotros, rogando á Dios por nuestras culpas, mas tambien estando en lugar tan alto, como es el cielo, no te olvidaste de tu Iglesia; pues, como dice el salmista, subiendo á lo alto diste dones á los hombres, enviando al Espíritu Santo. Así, pues, conviene, Señor mío y Redentor mío, que yo te ame, perseverando en tu amor hasta la muerte, pues me amaste á mí con amor tan perseverante y fuerte, que ántes moriste que me dejases de amar.

MEDITACION LXV

Como nos ama Dios

Tiempo es ya, Señor, que diga algo de tu amor, para que el nuestro sea provocado; porque así como un hierro se afina con otro, así un amor con otro se aviva y provoca. Grande admiracion cae en mi entendimiento cuando considero, Señor, que tú me amas. Teniendo tu divina voluntad bondad infinita que amar y hermosura infinita en que emplear su querer, y que de hecho te amas infinitamente, no puedo dejar de maravillarme que tengas tiempo y lugar para amarme á mí. ¿Qué diré, Señor, pues con la voluntad que á tí mismo te amas sea yo amado de tí? En compañía de tanta bondad como la tuya es amada tanta maldad como la mía, porque así venzas y destruyas mi culpa y engrandezcas tu gloria. ¡Oh, bondad y hermosura infinita de mi Dios! y ¿qué participacion hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué compañía entre la luz y las tinieblas? ¿Qué conveniencia hay entre Cristo y Belial? ¿Qué parte tiene el fiel con el infiel? Y ¿qué tiene que ver el templo de Dios con los ídolos? Pues ¿qué parentesco hay, Señor, entre esa incesable luz y mis tinieblas? Tú eres luz infinita, ajena de toda oscuridad, donde no hay tiniebla alguna ni la puede haber, y yo soy tinieblas, y privado de toda luz, sinó de aquella que tú, Señor, por tu grande misericordia y clemencia me dieres. Pues ¿cómo en compañía de tanta bondad y luz son amadas mi maldad y tinieblas? En grande obligacion me pusiste, pues hubo lugar donde cupiese la criatura en el corazon del Criador, llenándole tan enteramente su volun-

tad, y que hubiese tiempo para amarme, siendo menester la eternidad para amarte á tí mismo; y ¿qué digo tiempo? En tu eternidad me amabas, Señor, y me querías bien. Pues ¿cómo mi voluntad no sale de sí misma mostrándole tanto bien, y pasando por todo cuanto hay en la tierra y en los cielos, y menospreciándolo todo, no se arroja en tí, mi Dios, y te ama con estrecha caridad y amor? ¿Cómo con tanto fuego como éste no se calienta mi corazón, como le acaeció á David, cuando decía: Mi corazón se calentó delante de mí, y en mi pensamiento se enciende vivo fuego? Este es el lugar, alma mía, donde se encienden las brasas y fuego del amor de tu Dios. Llégate cerca y recibirás por lo ménos algun calor ó una centella; y la que llevares no dejes morir, aplícale la yesca del corazón para que sea hecho grande fuego. Conozco mi sér cuán enfermo es y cuán flaco; conozco mi fealdad en la culpa del primer padre y en mis propios males, por los cuales somos todos hijos de ira, indignos del aire con que respiramos, y conocido de tí por tal, y con todo esto me amas y buscas por tantos caminos y medios. Y no sólo me buscas y me amas, pero ámasme tan fuertemente, que no basta mi ingratitude y desamor para que dejes de amarme y acordarte de mí. ¿Por ventura (dices, Señor, por boca de Isaías) puede olvidarse la madre de su hijo, y no tener compasion del que salió de sus entrañas? Mas si ella se olvidare, yo no me olvidaré de tí, porque en mis manos te escribí, y tus muros están siempre delante de mí. ¡Oh, amor tierno, amor regalado, amor de madre, y más que de madre, pues de ninguna se lee que haya escrito algun libro para acordarse de su hijo, usando de sus manos por papel y de su sangre por tinta, y que la pluma sean duros clavos! Nadie ha usado de semejante libro de memoria sinó tú, Señor, amador tierno. Todo el tiempo de tu vida nos trajiste en tus entrañas, gimiendo nuestros pecados con gemidos de parto, y al cabo veniste, como otra Raquel, á morir de parto en la cruz, porque naciese vivo Benjamin. Perdonas las cul-

pas al miserable pecador; y tanto es el amor que nos tienes, que todo término, por breve que sea, se te hace largo por remediar al hombre; y así dabas priesa á Júdas el traidor en la noche de tu última cena, porque despachase presto el negocio de nuestra redencion, tratando de tu muerte y de ponerte en manos de tus enemigos. Ninguno tanto deseó ser perdonado como tú perdonarle; y más descansas tú con haber perdonado al que quieres que viva que el pecador con haber escapado de muerte. No aguardas dilaciones; mas tu ley es que quien hubiere quebrantado tus leyes quebrante su corazon con dolor, y luégo le perdonarás mediante el firme propósito de la enmienda y los sacramentos que de presente recibe ó tiene intencion de recibir. Antes que nosotros hablásemos nos alcanzaste ser oidos, y ántes que naciésemos moriste por nosotros, y nos das lo que sabes que hemos menester. Pluguiese á tí, Señor, que se nos pegase de tí este tu calor en no ofenderte, y tú hablar é interceder por nosotros en la cruz, en siempre loarte y magnificar el excesivo amor que nos tuviste; y no sólo te contentas con oirnos, pero así como el que mucho ama se huelga y recrea de oir al amado, así tú, Señor, convidas al alma que redimiste, diciendo: Suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es dulce y tu cara muy hermosa. Muy hermosa te parece, oh, buen Jesus, la cara, que por haberla afeado con pecados no la osamos levantar á tí. Mas la verdad es que tú hablas con el alma que está en gracia, la cual no tiene de qué ensoberbecerse, pues la hermosura con que te agrada no es de su cosecha, sinó don y gracia tuya; y así á tí es debido por ella loor y á nosotros confusion. Mas en tí, Señor, lícito nos es loarnos, porque cierto es grande dignidad ser amados de un Señor tan grande y tan amador nuestro, que por nosotros se entregó á tormentos y muerte afrentosa, de donde nos vino todo el bien. Pues todas tus obras son nuestra instruccion y doctrina, y tanto nos amaste, y tan sin interes tuyo, y con tanto provecho y honra nuestra, ¿no será justo que aprenda

yo á amar á quien tanto me amó, amándole como Él me amó, y de la manera y modo que tuvo en amarme? La piedra ama su centro; los peces el mar; las aves el aire, y cada cosa naturalmente apetece su fin último. Pues ¿por qué no iré yo á tí, Dios mío, por amor, pues eres mi centro donde descanse, y mar donde yo viva, y aire donde respire, pues en tí vivimos, nos movemos y somos? Todas las cosas buscan su quietud, paz y felicidad. Pues ¿por qué no haré yo lo mismo? Conviértete, pues, alma mía, á tu holganza, pues sólo en tu Dios y Señor hallarás descanso y verdadero reposo, como en único refugio y holganza tuya. ¿No ves los ríos como con grande ímpetu corren al mar? La causa de esto, y porque entrando los ríos no crece el mar, da la Escritura, diciendo que porque salen de él. Todos los ríos salen del mar y vuelven al mismo mar, para que vuelvan otra vez á correr. Todas las cosas corruptibles infatigablemente van á corrupcion, porque de corrupcion tuvieron principio, pues la generacion de las cosas procede de corrupcion, y la generacion de una cosa es corrupcion de otra. Pues si los brutos animales y las cosas que carecen de sentido con impetuoso y arrebatado aceleramiento se dan priesa á ir al lugar de donde vinieron, y corren al principio de donde salieron y tienen su origen, mirad, oh, hombres mortales, y considerad á la cueva del lago de donde procedisteis. De sólo Dios procedió vuestra alma, de sólo aquel piélago inmenso salió el arroyo de vuestra alma, á la cual amó tanto despues que la crió, que no dudó de dar el precio y tesoro infinito de su sangre en su redencion, perdiendo la vida por darle vida. Pues ¿por qué no va corriendo á Él? ¡Oh, Criador de nuestras almas! ¡oh, Redentor y Reparador de ellas! y ¿qué podrá el hombre miserable y pecador hacer por tí, habiéndole prevenido con tantas mercedes y amándole tan grandiosamente? Me amaste, Señor, eternamente; con amor infinito me seguiste y buscaste estando perdido, y con esclarecidas obras me cautivaste, y véome ahora tan cautivo de tu amor, que más

quiero este cautiverio que la libertad de los pecadores; porque mejor es estar un día en los portales de tu casa gozando de una pequeña parte de tus espirituales y suaves consolaciones, que millares de deleites mundanos.

MEDITACION LXVI

Como nos ama Dios en particular

De tal manera nace el sol general y universalmente para todos, que alumbra en particular á cada uno que quisiere aprovecharse de su luz. ¡Oh, claro Sol de justicia, que naces, como dijo un profeta, para todos los que temen tu santo nombre, resplandor de la gloria y figura de la sustancia del Padre, blancura de la luz eterna y espejo sin mancilla, que así quisiste venir del cielo á la tierra, y naciendo de la Vírgen morir por todos nosotros en comun, que redimiste á cada una en particular, y moriste por mí, como si no hubiera otro hombre en el mundo, sinó solo yo! Amando á todos me amaste á mí muy en especial, porque el amor espiritual entónces es más particular de uno cuando es á todos comun; ni por participar muchos es disminuido, cuyo fruto es uno y todo él se halla en cada uno. Así particularmente, Señor, me amas á mí, pues ninguna cosa amas sin mí; y de tal suerte estás en cada uno, como si estuvieses en todos; ni darías á otro mayor afecto de amor, ni á cada uno en particular, si amases á cada uno sin participar de aquel amor todos los otros. Pues amar muchos y hacerles bien no deroga al particular y singular amor que me tienes, porque en todos me amas á mí; ni amas cosa alguna sin mí.

No temas tampoco, alma mía, que el ánimo del Señor se distraiga amando á muchos, y que por eso ama ménos en particular á cada uno, aunque te parezca que está partido y dividido en todos. Amando á todos únicamente, ama á cada uno en singular, como si solo él fuese el amado. Nadie debe amar únicamente, sinó á tí solo, único Señor y Dios nuestro,

ni otro alguno puede amar á todos únicamente, sinó solo tú. Todos nos debemos amar en uno, pues amamos á uno, para que con el amor de él, que es uno á todos, seamos una cosa. Este amor es uno á cada uno; y no es particular, es solo; y no es solitario, participase; y no es dividido, es comun y singular, á todos es singular y singular á cada uno. Participándose no se disminuye, ni con el uso se gasta, ni con el tiempo se envejece. Es antiguo y nuevo, al afecto deseable y á la experiencia dulce. Eterno en el fruto y lleno de jocundidad, recrea y harta, y nunca engendra hastío. A todos ama el Señor en comun, y á cada uno en particular. Proveiste, Señor, que no hubiese alguna cosa en que me pudiese gloriarse en particular, porque lo que me diste en singular fué comun por amor. Bienes comunes son la luz del sol, el aire y elementos. Bienes especiales, que son dados no á todos, sinó á algunos, son fe, sabiduría y ciencia, y otras cosas semejantes. Bienes singulares son los que se dan á cada uno en particular, como á San Pedro el principado de la Iglesia, á San Pablo la predicacion de las gentes, y á San Juan el singular privilegio de amor. Considero, pues, Dios mío, lo que recibí comun con todos, y lo que recibí en especial con algunos, y las cosas singulares que á mí solo diste. Ámote con todos, pues me hiciste participante de los bienes de todos, y te amo más que muchos, pues me diste muchos dones singulares, que no diste á muchos. Muchos hay que no fueron tan amados como yo, ni recibieron tantos bienes. No presumo de los bienes que no tengo, ni dejo de dar gracias por lo que tengo. Porque por eso me diste, Señor, estos bienes, porque los tenga siempre en la memoria, y no me olvide de amarte, pues la ley del agradecimiento me obliga á darte todo el amor que puedo, pues singularmente me amaste. Cuando miro, Señor, el particular cuidado que tienes de mí, y las misericordias sin cuento que en cada hora y momento haces conmigo, no parece sinó que, olvidado de todos, solamente te ocupas conmigo, y

que no entiendes en otra cosa sinó en inspirarme, llamarme, regalarme, ampararme y hacerme innumerables mercedes de continuo, sin nunca cesar ni cansarte. Siempre te hallo presente para ayudarme, prevenido y á punto para defenderme; donde quiera que me vuelvo no me dejas; donde quiera que voy no te apartas de mí, y en todo lo que hago te hallo presente; y eres mi ayudador en todos los bienes que hago; y sin estos bienes singularmente á mí concedidos, que asombran el entendimiento cuando los quiero considerar, me hiciste participante de todos los dones comunes que diste á los otros, dándolos tambien á mí, pues lo que á los otros diste fué tambien para mí servicio y provecho; porque si criaras á mí solo en el mundo, ¿dónde estuviera la conversacion dulce de los hombres? ¿Qué hiciera yo solo en el mundo? Todo lo que criaste, Señor, lo hiciste para mi servicio y regalo, y para que tuviese una jocunda conversacion y urbanidad, como criatura racional y conversable. No sólo las cosas que á mí me sirven, pero tambien aquellas cosas que son necesarias á los que me sirven, todas son dadas á mí y sirven á mí. Y si te parece, alma mía, que no se muestra en esto el particular amor, pues es comun á todos y aun á muchos hizo más particulares mercedes que á tí, no te debes turbar, aunque en el uso de las cosas temporales sean los buenos y los malos de una misma condicion. Los malos no viven por amor de sí, sinó por amor de los buenos, porque como las bestias no fueron criadas por amor de ellas, sinó por amor de los hombres, así los malos no viven por amor de sí mismos, sinó amor de los buenos; y como la vida de los malos sirve para el provecho de los buenos, así todas las cosas que sirven á los malos son para el mismo efecto. Quisiste, Señor, dar estos bienes temporales á buenos y á malos, porque entiendan los buenos que tienes para ellos otros bienes mayores y mejores, porque si á solos los buenos los dieras pudieran juzgar que con sólo esto les hicieras pago. No creyeran los buenos que tenían

otros bienes mejores, si no vieran que á buenos y á malos se daban los de la tierra. De manera, Señor, que no sólo las cosas que criaste en especial para mí son buenas para mí, mas aún tambien todos los hombres son buenos para mí; y si los hombres son buenos para mí, tambien todas las cosas que sirven á ellos van enderezadas para mi servicio. Los buenos son útiles para mi conversacion y compañía, y los malos son provechosos, porque me ejercitan en la virtud. Ninguna cosa criaste que no sea para mi provecho, y todo redundá en mi utilidad y servicio. No permitirías, Señor, males en el mundo, si no juzgases sacar de ellos algunos bienes, y aunque los malos sean para sí dañosos y malos, para los buenos son útiles y provechosos. Es con su persecucion conocida la bondad, la virtud afinada, ejercitada la paciencia, las costumbres se enmoldan y fabricase la corona en el cielo: por lo cual, Señor, así los hombres malos como los buenos, y todo lo demas que tus divinas manos fabricaron, criaste para mi provecho, así generalmente amas á todos, que á mí en particular amaste en los bienes que á los otros diste, por lo cual por todas vías y maneras me veo cercado de innumerables beneficios. ¿Pues qué te daré yo, Dios mío, por tantos dones? ¿Qué podré yo hacer en satisfaccion de tan grandes y soberanas mercedes como he recibido de tu mano? Me mandas que te ame, y con solo esto te contentas. Pues tan singularmente me amaste, he de amar-te, Dios mío, únicamente y á tí solo singularmente, y á las otras cosas en tí, y por tí y solamente por amor de tí, porque todos mis deseos, afectos y voluntad vayan enderezados en solo tu santo amor, como en único bien y refugio mío.

MEDITACION LXVII

Del vinculo indisoluble del amor de Dios

Tanto nos amaste, Señor Dios nuestro, que porque no pudiésemos huir de tí, como al principio lo hizo nuestro primer padre Adan, tuviste por bien de juntar á tí mismo nuestra humanidad, sin que se pudiese apartar de tí. Todo esto está lleno de divino amor y están aquí encerradas grandes riquezas de santas consideraciones. Para entender bien esto, alma mía, has de saber que la humana naturaleza estaba muy cerca de Dios y muy llegada á Él por amistad; mas por la culpa fué puesta muy léjos. ¿Pues qué hizo este grande amador nuestro? Juntó á sí mismo en unidad de persona una naturaleza humana individua, una alma y un cuerpo del linaje humano, y atóle consigo con indisoluble vínculo, que nunca jamas se aparte ya de Dios. Ya no puede huir más de Dios la humana naturaleza; ya su amor tiene segura nuestra compañía. En esta bienaventurada union recibió el hombre todo lo que Dios le pudo dar, asi de gracia como de honra y majestad. Todos los demas justificados fueron puestos en tal dignidad y honra por la gracia del Redentor, que de la sobreabundancia de su gracia descende á todo su cuerpo, que es la Iglesia, todos los dones que tenemos y esperamos. Bendito seas tú, Señor, para siempre, pues así quieres para nosotros el bien de tu gracia y el altísimo bien de la gloria, que nos los quieres dar por medio y mérito del que es de nuestro linaje. Bien pudieras por tí mismo de tus tesoros enriquecernos, y de manera que á tí solo debiéramos todos nuestros tesoros de gracia y de gloria, y no quieres, por honrarnos y engrandecernos, sinó que haya de nuestro linaje quien sea tan rico que pueda con

sus riquezas darnos á todos heredad y frutos de salud perdurable. Esto ordenó, queriéndose hacer hombre, y era cosa conveniente que así se hiciese, que pues hubo uno que á todos nos destruyó, hubiese otro que nos redimiese, reparase y comunicase con nosotros sus riquezas celestiales; y no quisiste, Señor, hacernos esta merced por medio de alguno de tus ángeles, porque á ninguno estuviésemos obligados, por título de Redentor, sinó á quien era Dios y hombre. Esto sintió aquel tu santo Apóstol cuando dijo: No sujetó Dios el mundo por venir á los ángeles. Soberano amor es este, Dios nuestro y Señor de mi alma; y fuego de excelentísima caridad. ¡Ay de quien no considera esta obra del Señor, como lo reprende Isaías, y ay de aquel que no la considera en medio del fuego de tu divinísima caridad! ¡Ay de quien no se llega cerca, como Moises, á contemplar aquellas llamas de fuego que salen del pecho divino, con que se quema el monte. Entra, pues, ahora, alma mía, en este horno; entra y serás abrasada en fuego de santo amor; y considera dónde pone el Señor sus intentos, pues para venirme á visitar y darte bienes celestiales no se detiene entre sus ángeles, mas descende á la tierra como peregrino.

Ya no me maravillaré, Señor, de ningunos otros medios que busque tu grande amor para mi salud, pues el medio y medianero entre nosotros y tu divina Majestad es tu unigénito Hijo en su naturaleza divina y nuestra naturaleza humana. Ya no me maravillaré que de esta piedra (porque así llama tu Apóstol á nuestro Señor Jesucristo) nazcan ríos caudalosos para el desierto, que beban todos los pueblos. ¡Oh, Dios mío, que de todas partes me rodea y tiene cercado tu amor, y aún no sé qué cosa es amarte! ¿Cómo estoy así hecho insensible, conociendo cuán ardientemente me amaste, y viendo lo mucho que por mí hiciste? ¿Por qué me lleva la vanidad del mundo tras sí preso en cadenas de engañoso y

falso amor, más que la verdad y sobrepujante amor con que tu, mi Dios y Señor, me amaste? ¿Por qué me halaga más la maldad de la criatura que la bondad infinita del Criador? y ¿por qué amo yo más mis vilezas y miserias que el amor de mi Redentor y su benevolencia? ¡Oh! ¡cuánto amaste al hombre, Señor mío, pues no sólo quisiste morir por él, mas aún visitarlo desde el cielo y estar con él en todo lugar y tratarle con tanta dulzura, porque tus deleites son estar con los hijos de los hombres! ¿Qué tiene, Dios mío, este hombre, que tanto amas? ¿Qué cosa es el hombre, pues tanto lo engrandeces y pones cerca de él tu corazón? Lo ensalzas y lo honras con tu gracia, y tan puestos tienes los ojos en él y tan dentro de su corazón pusiste tu corazón, que diste á su naturaleza humana trono de gloria sobre todos los coros angélicos. Por cierto no hay en el hombre cosa digna de la menor de estas mercedes; mas de balde somos de tí tan perfectamente amados. ¡Oh, Dios mío! ¿cómo no nos mandas que demos la vida cada día por tí y por tu honra, pues tú, Señor y Redentor mío, siendo quien eres, con tan excelente amor la diste por nosotros en una cruz? ¿Qué podré yo hacer en tu servicio, y con qué fuerzas de caridad me podré emplear en amarte, que no me halle vencido de tí en amar? Tenga empacho mi corazón y llénese de vergüenza mi alma; no se atreva levantar los ojos al cielo, morada muy digna de mi Dios; átese mi lengua y péguese á mi paladar, pues soy desagradecido á tan buen Dios, que así me amó y quiso bien. La paga con que he satisfecho tan grande deuda de amor es ofendiendo de día y de noche á tan buen Dios y Señor, viendo, clementísimo Rey del cielo, que con amor tan estupendo y maravilloso me amabas. Salgan fuentes de lágrimas de mis ojos y nunca cese de gemir mi corazón, pues aún despues del conocimiento de mi salud así la menosprecié, y locamente troqué la suma verdad por la mentira y vanidad de las cosas presentes y transitorias. Amándonos, Señor, nos diste todos los bienes que tenemos, sin los cuales

fuéramos pobres y miserables, y nosotros amando á tu divina bondad ningun bien te añadimos; porque tú eres mi Dios, y no tienes necesidad de nuestros bienes. Porque si es verdad, como lo es, que de todos los bienes del alma de tu unigénito Hijo y Señor nuestro Jesucristo, que son más y más excelentes que todos los del cielo juntos, no tienes tú necesidad como ese mismo Redentor lo confiesa, ¿cuánto ménos la tendrás de todos los bienes y servicios de los ángeles y de los hombres, que son mucho menores? No te detengas, pues ahora, alma mía, en amar á quien tanto te amó, y si es tanta tu dureza, que tienes por trabajo amar á tu Dios de todo tu corazon sobre todas las cosas, despues que comenzares á amar tendrás por cosa más trabajosa y dura dejar de amar habiendo gustado de la dulzura de la conversacion del Señor, que lo que tuviste al principio por penoso dejar tu propio amor por el amor de tu Dios. La Escritura dice que es suave, Señor, tu espíritu, y más dulce que la miel. Mira que dice el Apóstol, que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni llegó á corazon humano lo que tiene Dios preparado para los que le aman. Preparaste Señor, estos estimables bienes de tu gloria, para que se embriaguen con la grosura y abundancia de tu casa, segun lo cantó el salmista. Como arroyo de deleites entrará por su boca; preparaste en el monte de la eternidad un convite grueso de manjares delicados, para que entren en el gozo de su Señor. ¿Qué cosa hay más alta que esta? ¿Qué cosa mayor ni más subida se puede pensar ni imaginar? Y pues tú, Señor, con vínculo indisoluble fuertemente y sin quebrar las ataduras del amor tan esclarecida, y verdaderamente me amaste, y con tan fiel y firme amor, muy justo es que yo tambien te ame con esta perseverancia y constancia, pues tan fuerte amor como ese con firme amor merece ser pagado.

MEDITACION LXVIII

Como el amor de Dios es vinculo de perfeccion

Tiene el amor virtud de unir y transformar. Es semejante al fuego que se une con el hierro, y se entra por sus poros y venas hasta que lo transforma en sí, de manera que aunque hay verdadera sustancia de hierro, está transformado en el fuego y sus obras más son de fuego que de hierro. Así es el amor, que de tal manera une á los que ama, que los transforma. Hallamos esto más altamente verificado en tí, Dios nuestro y Señor nuestro, pues tu amor te unió á lo que mucho amabas, sin detrimento alguno de tu divinidad y sin que se consumiese nuestra humanidad junta á ese divinísimo fuego, de quien dice la Escritura: Dios es fuego que consume. Es tan grande este amor que nos tuviste, que pudo ser hecho un enlace tan admirable y celestial como el que hay entre tí y el hombre. Mas de tal manera fué unida aquella santísima humanidad contigo, que todos los otros individuos humanos no fuimos unidos á tí en unidad de persona, aunque recibimos honra y dignidad, y tanta, que por eso te llamas segundo Adán, porque por la comunicacion que tienes de nuestra naturaleza, así enriqueciste á todos suficientemente de honra y gloria, como en Adán fuimos todos condenados. De manera, Señor y Dios nuestro, que moraste en todos por la asuncion de uno solo, y por tí hecho hombre de nuestro linaje, de la misma carne y huesos y alma racional que nosotros somos, nos vino aquel altísimo bien que está escrito: Yo dije: dioses sois é hijos del muy alto. Mereció aquella humanidad nuestra ensalzada en tí, que todos subiésemos á semejante espiritual union contigo, para que se hallase esta razon de amor tam-

bien en nosotros, aunque no dentro de aquel grado que hay en tí, en quien háy real union de la humanidad con la persona y supuesto del Verbo divino. Para juntarnos contigo, Señor, que es el fin de tu amor, ordenaste muy eficaces y excelentes medios, conviene á saber, siete sacramentos llenos del fruto y gracia tuya. Mira, pues, ahora, alma mía, en qué jardin tan lleno de flores y rosas coloradas, llenas del rocío del cielo, entras, plantado dentro de aquel huerto cerrado, que es la Iglesia, el cual tanto alaba el Esposo en los Cantares: Recoge un manojo y guárdalo en tu seno. Mira si tienes sed á qué fuente de todas las gracias y misericordias has venido, para que bebas en grande abundancia, y oye á un profeta santo que dice: Todos los que tenéis sed, veuid á las aguas, y los que no tenéis dinero, comprad y comed. Mira si tienes hambre á que mesa eres convidada, donde el manjar es tu Dios, y la bebida su muy preciosa sangre, y oye á la Sabiduría, que dice: Venid y comed mi pan y bebed del vino que mezclé para vosotros. Mira como aunque parece desierto está lleno del maná del cielo, lleno de todo deleite y sabor de gracia y gusto de gloria. Como conviene, Señor, á tu divina providencia proveer á cada uno conforme á la condicion de su naturaleza, y nosotros no recibamos algun conocimiento en el alma sinó por medio de nuestros sentidos exteriores, fué cosa conveniente que fuésemos enseñados de los misterios divinos, mediante estas señales exteriores, y así nos comunicas tu gracia, mediante los sacramentos que instituiste, que son señales sensibles y eficaces de tu gracia; y porque dejando á tu divina Majestad nos sujetamos á los elementos del mundo, convenia que aquella medicina fuese remedio de nuestra enfermedad, conviene á saber, que por el mandamiento de Dios estuviésemos sujetos á estos elementos y domásemos de esta manera nuestra soberbia debajo del yugo de la fe. Era tambien cosa decente que la religion cristiana no estuviese ociosa, y así era razon que cada día nos ejercitásemos en tan nobles ceremo-

nias de sacramentos. Estos son los medios excelentísimos que tu eterna sabiduría ordenó y estableció, para que por medio de tan altos sacramentos como con siete cuerdas de amor en caridad perpetua juntase á tí nuestras almas con fuerte vínculo de perfeccion.

Como juntaste á nuestra humana naturaleza contigo con indisoluble vínculo de union, movido por sola tu caridad y amor infinito que nos tuviste, así quieres juntar nuestras almas contigo por caridad, la cual, como dice tu santo Apóstol, es vínculo de perfeccion. Es virtud el amor que junta á los amados, y así en el misterio de tu encarnacion santísima, en la cual nuestra humanidad fué unida contigo en unidad de persona, por tan excelente manera que mora en tí hecho hombre la plenitud de la divinidad, esencialmente no dividida, ni con mezcla alguna. Este efecto en su manera se halla tambien en el amor santo que los justos te tienen, porque los junta á tí espiritualmente, no trayéndote otra vez del cielo á la tierra, como entónces veniste, mas llevándolos allá y juntándolos contigo. El que se llega y junta por amor con Dios, dice la Escritura que se hace un espíritu con Él. Así como el fuego va arrojando fuera la humedad del madero con su calor, y no cesa hasta que lo transforma en sí, de esta manera el divino amor con su calor y virtud va arrojando la humedad de nuestra concupiscencia y culpa, y no cesa, no embarazándolo y estorbándolo nosotros, hasta que nos transforma en tí y deifica, juntándonos contigo, de manera que sin confusion ni composicion, ni crecimiento tuyo, nos hace un espíritu contigo. La diferencia, pues, que hay en aquellas disposiciones primeras, que el fuego va introduciendo en el madero, arrojando de él las contrarias y haciendo lugar donde queda su perfecta forma, y entre esa misma forma de fuego, esa misma diferencia hay entre estas dos maneras de union que hace el amor. Ciertamente, Señor, que todo el amor que la criatura te tiene desde acá es como un calor que la va disponiendo

para que entre aquella llama vivísima de la caridad en que ha de arder, unida en aquel fuego sobresustancial, que eres tú, mi Dios, porque así te llama la Escritura. ¿Qué otra cosa es amor, sinó una vida que junta dos cosas ó pretende juntarlas, conviene á saber, al que ama y al amado? ¿No está mi alma más perfectamente en el cuerpo donde anima que donde ama? Si por ventura no quisiere alguno decir que está más y más perfectamente donde está atada, como en cárcel, que donde con alegría y voluntad grande volaría á reposar. Ciertamente donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón; y como tú, Señor, seas el tesoro de los que te aman, en tí tienen su corazón los buenos y á tí están juntos y unidos. Juntanse contigo desde la tierra, y aún muchas veces se ve en tus grandes amigos, que juntándose á tí con afecto y deseo, quedan tan insensibles á toda obra humana, que hechos varones estáticos, abiertos los ojos no ven, y heridos no sienten, y sin manjar no tienen hambre, y caminando largo espacio de tierra no lo conocen; y volviendo despues á las cosas humanas, traen sus pechos llenos de riquezas y gracias tuyas. Es de tantas fuerzas este santo amor, que no sólo da esta union, que more el hombre contigo desde la tierra, hable y trate con tu Majestad divina, mas aún le junta con el amado, sin que el uno ni el otro dejen de ser, y sube al hombre, que tenía sér humano, al Sér divino, y súbelo á tu gloria é inmortalidad y transfórmalo contigo. De tal manera se hace esta union contigo desde la tierra, que ya comienza el alma y aún el cuerpo por su comunicacion á sentir la dulzura y suavidad de tu gloria, á quien está unida. Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios. Sube con afectos y deseos á tí, mi Dios, y en esta union de amor y vivos deseos mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Sintió mi alma el toque espiritual que le diste y fué llena de alegría, como se alegran los que mucho se aman cuando se encuentran con la vista. ¿Quién podrá decir ni declarar cuán gran-

de es tu dulzura y contento que das á mi alma, pues áun hasta al cuerpo se comunica su alegría y regalo? Bienaventurado el pueblo que sabe el júbilo y alegría que hay en esta union espiritual contigo. En esta union de afecto y amor oye el alma la voz del esposo y amado y se hace blanda como cera. Luégo que me habló mi amado, se ablandó y derritió con muy casto amor mi alma.

MEDITACION LXIX

De los bienes que proceden de este vinculo de amor

Siendo tan poderoso el amor que une á los amados uno con otro, necesariamente ha de haber comunicacion y participacion de bienes de una parte á otra. ¿Quién dirá, Señor, las riquezas que das á mi alma cuando se llega á tí, por vínculo y atadura de santo amor? Podré en alguna manera decir algo de los gustos espirituales que siente mi corazon cuando se llega á tí, haciendo semejanza y comparacion de los bienes de que goza mi cuerpo con la union y presencia del alma, aunque algo semejante, pero en mucho muy aventajada y diferente. Muy enriquecido veo á mi cuerpo cuando está á él unida el alma. Gozan los ojos de ver la claridad y luz del cielo, sol, luna y estrellas, prados verdes y campos floridos. Recréase el gusto con la diversidad de sabores, el oido con los sonidos y acordada música, y así los otros sentidos. Vive el cuerpo, crece y goza de la vida con la presencia del alma, segun la cual se menea, anda y vive. Pues si tantos bienes da el alma al cuerpo por estar unida con él, ¿cuánto mayores riquezas celestiales y espirituales tesoros recibirá mi alma uniéndose á tí, Señor, por vínculo de amor? Ciertamente en esta dichosa conjuncion que hace el amor entre mi alma y entre tí, Dios, recibe dones sin cuento y muy grande parte de tus bienes, con seguridad, si perseverare en tu divino amor, que será despues levantada á gozar de tu gloriosa vista en el cielo. Darás á mi alma fuerza de ojos con que pueda ver tu divinidad y gozar de ella, conforme á como fuere el amor. En esta union espiritual que hace el amor se llega el alma á gustar la dulzura en su fuente y despues beberá de los cauda-

losísimos ríos de tus deleites divinos; y si más adelante quisiere pasar con esta consideracion, estando en el ejemplo puesto, hallaré que aquí hay causa y materia de muy excelente amor tuyo. Veo, Señor, que no sólo comunica el alma al cuerpo, á quien están unidas sus riquezas; mas aún despues de junta con él recibe de él sus deleites y alegría, gozando el alma de los placeres de su cuerpo. ¡Oh, Dios mío, bondad soberana, salud infinita y fuente eterna de gloria, que nunca se ha de acabar! ¿Por ventura erraré mucho si dijere que en esta santa union que hay entre Vos y entre nuestras almas hay participacion y comunicacion de los bienes del uno al otro? Bien veo, Dios mío, que no tiene el hombre que darte alguna alegría ó recreacion, como el cuerpo humano no tiene que dar al alma ántes que á ella se una; mas tambien sé que dice de tu divina clemencia la Escritura que son tus deleites morar con los hijos de los hombres. Como los deleites de nuestra alma son haber ennoblecido y vivificado su cuerpo y gozarse en los bienes que le da, así se entiende que son tus deleites morar con los hijos de los hombres, esto es, darles vida, gracia y hermosura de virtudes y deleitarte en ellos, es holgarte de haberlo hecho. No hay de mi parte cosa en que darte alegría; mas tú, Señor, plantas en mi alma los jardines espirituales y los riegas con el agua de tu gracia, para recrearte y deleitarte en ellos. Todo esto se sigue de unirse nuestra alma contigo por verdadero amor, y así participa, llegándose al fuego del calor de tu infinita caridad y bondad; y estando cerca de tan inestimables riquezas, es remediada su pobreza y vestida su desnudez, y toda deificada y transformada en esta gloria de infinita majestad y perdurable hermosura. Bendito seáis, Señor, para siempre, pues en la tierra me diste tanto bien, que verdaderamente por el amor somos unidos á Vos y vivimos en Vos y Vos en nosotros. El que me ama, dice Cristo, yo le amaré y mi padre le amaré y vendremos á Él y moraremos en él. Cuando oigo morada, considérola, como la que

hace mi alma estando en el cuerpo, cuando está con él unida. No porque seas tú, Señor y Dios nuestro, forma del cuerpo ó le animes, como lo hace nuestra alma, cuando está en él; mas porque verdaderamente moras en los que te aman, unido espiritualmente con ellos. Como el cuerpo con la presencia del alma es hermoso y la hermosura que tiene recibe de la asistencia de ella, así, Señor, toda la hermosura de mi alma depende de tu presencia, con la cual es hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible y espantosa á los enemigos como escuadron bien ordenado. ¿Qué hermosura y perfeccion tendrá aquella que tiene en sí misma al que es fuente de hermosura y suma de todas las perfecciones? ¿Qué puede ganar estando tú en ella, sinó bienes sin cuento? ¿Y qué tal queda el cuerpo sin alma, cuando de ella se aparta, sinó cubierto de fealdad, horrible, amarillo, sin conversacion y vida? ¡Oh, vida de mi alma y Dios de mi corazon, que con tu ausencia no es mi alma sinó abismo de fealdad, infernal confusion, tiniebla de Egipto, piélago de miserias y retrato de todos los males del mundo! Como tu presencia es vida, alegría, hermosura, todo deleite y honra, así tu ausencia es muerte, tristeza, fealdad, tormento y vituperio para ella. Viniéronme todos los bienes juntamente con tu venida, y honestidad innumerable por tus manos. Con tu presencia tiene mi alma fuerza y virtud para resistir á todos los males, y sin ella de cualquier mal es vencida y con pequeña ocasion caida y derribada. ¿De dónde viene, que es tan flaco tu santo amor en nuestros corazones? ¿De dónde viene la flaqueza de nuestro cuerpo? De falta de mantenimiento ó de no retener el estómago el manjar que recibe. De aquí procede que tan enferma y flacamente te amamos, Señor, y tan fácilmente caemos de tu caridad, porque no comemos; y si comemos, luégo lo vomitamos. No levantamos nuestra consideracion á la contemplacion de tu bondad infinita, no miramos á tu santo amor y esclarecidas obras; y si algunas veces las entendemos, ahogan luégo los

cuidados de este mundo, los deseos de la carne y soberbia de la vida aquella centella de fuego que había prendido en nuestros corazones. ¡Oh! ¡qué celestial alegría se halla en tí, Señor, cuando miro cuán excelentemente me amaste y cuánto me quisiste! Será esta alegría tan dulce que aunque su gusto se pase, pasándose aquel dichoso tiempo en que el alma es admitida á aquel tan glorioso conocimiento, queda despues tan viva la memoria, que despierta el corazon para que vuelva á buscar esta puerta, y anímase y esfuérezase á que persevere llamando.

MEDITACION LXX

Como el amor de Dios es deleitable

¡Oh! ¡cuán grande es, Señor, la multitud de tu dulzura, la cual escondiste para los que temen! Injuria se haría á la suavidad de los gustos espirituales que das á mi alma en quererlos explicar por palabras, pues todas faltan para decir el menor de tus deleites. ¡Oh! ¡cuán suave es, Señor, tu espíritu en nosotros! Destilarán los montes dulzura, y los collados derramarán leche. Conforta, Señor, este tu santo amor el espíritu, deleita el gusto, recrea el alma, y su dulzura y deleite así trasciende y sobrepuja á todo lo criado, que hace olvidar á cuanto puede dar contento encima de la tierra. ¡Oh! ¡cuán grande es la vanidad y locura de los que aman las abominaciones y torpezas de los deleites sensuales, por los cuales dejaron los gustos celestiales y tus divinas consolaciones! ¡Oh, miserables y desventuradas criaturas, que desamparáis el maná del cielo por los ajos y cebollas de Egipto! No sé cómo es posible, Señor, que estos carnales hombres dejasen á tí, fuente de aguas vivas, conociendo la dulzura de tu santo amor, deleitándose en las hediondecas de sus feos y torpes deleites. Se huelgan en las vanidades del mundo, porque no tienen experiencia de cuán dulce es y deleitable tu conversacion. Una de las cosas que á mí me hace espantar mucho del pecado del rey David, es detenerse tanto tiempo en la inmundicia de su pecado, habiendo ántes de su culpa experimentado cuán dulce y suave es tu divina consolacion. Que un rústico criado con viles y groseros manjares guste de ellos, y le sepan bien, y alabe el tal mantenimiento, no es de maravillar, porque se crió con aquellas viandas, y no comió los manjares que se

sirven en las mesas de los príncipes; pero si un príncipe, hijo de un grande rey, criado con excelentísimos mantenimientos, gustase de los manjares toscos y viles de los rústicos y pobres pastores, y despreciase por éstos la mesa de su padre, sería cosa de grande admiracion. ¡Oh, dulzura de mi vida, manjar deleitable y mesa opulentísima de mi Dios, que yo no me maravillo, que los hombres carnales y mundanos, que gastaron toda su vida en servir á sus apetitos, se deleiten en los viles y groseros manjares en que han vivido; pero mucho me espanta que un hombre tan espiritual como David, con quien tanto te comunicaste, y que tanto había gustado de tus deleites divinos, hallase gusto en tan abominables y pestilenciales torpezas! Alcancé, como otro Jonatas, con la punta de la vara un poco de miel, gusté de ella, y fueron alumbrados mis ojos con una centella de la lumbre y conocimiento que en mí pusiste, alcancé un poco á conocer cuán dulce eres, Señor, y despues que gusté de tu conversacion, abrí mis ojos para conocer cuán grande es tu dulzura y cuán amarga toda mundana consolacion. En viendo Rebeca las vistas de la casa de Abraham, luégo despreció y aborreció á su tierra y parientes. ¿Por qué, Señor, dejan los hombres tu santo amor por los amores del mundo? ¿Por qué, Dios mío, gustan de los manjares de este siglo, y tienen por dulce el acíbar y hieles de los deleites sensuales? ¿Por qué no llegaron á conocer cuán suave es, Señor, tu espíritu, y cuán grande es la dulzura de tu excelentísima conversacion? Antes, Señor, quiero y te suplico que des conmigo en perpetuas llamas infernales, que permitas que dejando á tí, mi Dios, que eres limpieza y hermosura infinita, ponga yo mi amor en la fealdad y torpeza de las bestias. ¿Qué es esto, Señor, pues con tanta injuria tuya, habiéndonos amado tan grandemente, ponemos nuestra aficion en los deleites y alegrías presentes? ¡Oh! ¡quién tuviese todas las lenguas de los ángeles y de los hombres, para poder hablar contra esta grande maldad nuestra! ¿Cuántos hay que,

dejando tu extremada hermosura y tu sobrepujante y eminente amor que nos tienes, se han convertido á la miserable servidumbre de los deseos y pasiones de ignominia, hechos esclavos de su sensualidad? Aman estos malaventurados la fealdad de la sensualidad, despreciando tu hermosura infinita, y aman los deleites presentes, que se deslizan entre las manos y no pueden ser detenidos, teniendo en poco aquellas purísimas alegrías que hay en tu santo amor, las cuales no se pueden acabar. Aman con ojos ciegos lo que es amargo, y lo es luégo castigado con nueva pena, teniendo por dulce lo amargo, y juzgando que las tinieblas son luz. ¡Oh, Señor! y quién pudiera abrir los ojos á estos ciegos, y quién les diera conocimiento de su grande mal! Esta es aquella grande queja, que tiene tu santo profeta Jeremías, diciendo: Pásmense los cielos, y entrístezcense sus puertas con grande congoja, porque ha hecho mi pueblo dos males muy grandes. Dejaron á mí y despreciáronme, fuente de agua viva, y cabaron para sí y para sus contentos unas cisternas destruidas que no pueden detener el agua que entra en ellas. Mucho sientes, Señor, este desacato, pues convidas á que se vistan de luto los cielos, que tú criaste con tanta hermosura y resplandor y quieres que sientan y lloren un mal tan grande como es desechar la fuente perenne de suma dulzura y suavidad por los deleites de la sensualidad y amargos tormentos, que son unas cisternas hediondas, cuyas aguas no pueden ser detenidas, sinó que luégo se van corriendo y corren sus amadores tras esa vanidad, y no la pueden alcanzar ni ver su rostro. Confíesalo, pues, alma mía; no lo niegues; razon es que seas convencida de la verdad. ¿Cuándo pudiste tener una de tus alegrías, que no se fuesen huyendo? ¿Cuándo no fue más el penar por su deseo y la tristeza de la huida que lo que te alegraste cuando vino? ¿No ves triste, abominable y feo el rostro de sus deleites? Oye á la esposa en los Cantares y serás desengañada de tanto mal como te tiene ciega: Mi Esposo es como el camueso entre los ár-

boles de los montes. Los árboles de los montes son zarzas, robles, hayas y encinas sin fruto, sin suavidad y sin mantenimiento para el hambriento que quiere comer fruta, y cuando mucho hay unas bellotas, que es manjar de puercos. Todos estos deleites temporales son semejantes á los cardos, zarzas y espinas. Aunque tengas un monte de los deseos que deseas dar á tus apetitos, no hallarás dulzura ni alegría, porque menosprecias el camueso suave, oloroso y sabroso y cargado de fruta, dejando el divino amor de tu Esposo Jesucristo, más suave y puro que los cielos. ¡Oh, locura extremada, Señor mío, la de aquellos que en su hambre y necesidad dejan de extender la mano al camueso, y van á buscar fruto y regalo entre las espinas! Nunca tú permitas, Redentor mío, que en el hambre que yo tuviere de deleites deje el fruto dulcísimo de tu santo amor y lo vaya á buscar en mi sensualidad, de donde no cogeré otro fruto sinó corrupcion. Lo que sembrare el hombre, aquello cogerá; el que sembrare en el campo de la carne cogerá corrupcion, y el que sembrare en el espíritu cogerá fruto de vida eterna. Grande es por cierto, Señor, tu amor, pues en tanto nos estimas, que dices ser tus deleites morar con los hijos de los hombres. ¿Pues qué maldad es esta mía, y tan grande, que no tenga yo por mis deleites á tí, mi Dios y Señor, teniéndome tú á mí por deleites tuyos? Tú, que eres inmortal y glorioso Dios, dices que tienes al hombre corruptible y mortal por tus deleites, y morando en trono de majestad y gloria con deleites y complacencia, descienes al corazon del hombre en el valle de lágrimas y tinieblas, y todo lo desprecia el hombre y no pone sus deleites en tí, ni en tu santo amor. ¡Ay de mí, que contra mí hablo, y contra mi grande desvarío, pues dejando á tí, hermosura y gloria infinita, busqué con injuria tuya las falsas alegrías del mundo, y aún con su acabar no me desengañaba! Convierte, Señor, á tí mi errada voluntad, para que no solo te ame como debo, mas aún tambien para que con grande fervor repare los yerros pasados y

redima el tiempo perdido. ¡Ay del mundo y de todos sus amadores, que dejan de amar á tal Dios, que tanto nos amó y tanto hizo por nosotros! A tí solo, Dios y Señor nuestro, debemos dar nuestro verdadero amor: porque no somos deudores de la carne y sangre, para que le paguemos con darle sus deleites; ántes nos debe muchas culpas. Acábense ya las vanidades, alma mía; vuélve á buen sentido y conocimiento y mira cuánto amor debes á Dios y cuán segura y derechamente caminas á la vida eterna por el camino del amor de tu Dios. Oye á la Sabiduría, que á grandes voces reprende, llamando locos y niños sin juicio á los que aman las cosas que tanto nos dañan. Oye á Dios vivo, que te manda que le ames con todo tu corazón y con todas tus fuerzas y virtud, y mira cuántas cosas te obligan á ello y cuán glorioso será tu premio.

MEDITACION LXXI

Como el amor de Dios es don del cielo

Tu santo amor don soberano es, que desciende del cielo, como don muy bueno y perfecto del Padre de las lumbres, en quien no hay mudanza ni sombra de mudanza, y lo infunde en nuestras almas y lo da á quien quiere. Este es el mayor de todos los dones; don sobre don, el cual no se da sinó á los amigos; y él mismo es el don del amor, y á los que me aman dice el que yo amo: ¡Oh, preciosa margarita, el cual el que la halla vende todas las cosas por comprarla! ¡Oh, prestantísimo tesoro, el cual el que le posee, aunque carezca de todas las otras cosas, es rico; como el que de él carece, aunque abunde de todas las otras cosas, es pobre! Verdaderamente aunque dé el hombre toda su sustancia por el amor, en nada lo debe tener todo; porque bienaventurado es, Señor, el que Vos enriqueciereis de vuestro amor. Esta es la fuente propia, con la cual no comunica el ajeno; ésta es la vestidura de las bodas, la cual el que no tuviere, atado de piés y manos será lanzado en las tinieblas exteriores; ésta es la cobertura, que dijo el Apóstol San Pedro, con que se cubren la multitud de los pecados; ésta es la sacra unción, que nos enseña todas las cosas; éste es el fuego que trajo Dios á la tierra y que no quiere otra cosa sinó que arda. De lo alto, dice un profeta, envió fuego en mis huesos y enseñóme: Desde el cielo se envía este fuego, que no sale de la tierra, y es don soberano de mi Dios, y por eso, oh buen Jesus, pues me mandas que te ame, dame, Señor, que te ame. Dame lo que me mandas y mándame lo que quisieres. Porque aunque es á mí cosa muy alegre y deleitable amarte, Señor mío; pero este tu santo amor es sobre mis fuerzas, sobre mi

poderío y sobre mi naturaleza ; y esta delectacion y amor que buscas en mí sobrenatural es, que se ha de poseer por tu don y nuestro albedrío; y ni por eso tengo excusa alguna si no te amare, porque al que quiere y desea tu amor nunca se lo niegas, y á los que lo piden lo das liberalmente. No puedo ver sin luz; mas si no viere al medio día, por tener los ojos cerrados, mi culpa es que no veo, y no por falta de sol, cuya luz todas las cosas alumbra ; así es, Señor, tu santo amor, que es don soberano que á todos alumbra, y á todos convida con él, y no lo niegas sinó al que, cerrando los ojos de su libre albedrío, no quiere recibirle. ¿Quién me dará que, menospreciadas y dejadas todas las cosas, busque sola esta margarita, y esta sola procure con todas mis fuerzas y con todo mi poder? !Oh, mortales, oh encorvadas é inclinadas almas á estas cosas percederas, vanas y vacías de las cosas celestiales! ¿Por qué tanto trabajáis y afanáis por alcanzár esto caduco, transitorio y vano, menospreciando esta margarita preciosa y de valor inestimable? ¿Cuánto trabajan los hombres, cuánto sudan y qué hacen por alcanzar un poco de ciencia, que se destruye? ¡Oh! ¡si así trabajasen y buscasen, Señor, este tu don de amor! el cual cuánto mejor sea que el saber, el día último lo demostrará en aquel juicio final cuando con antorchas encendidas, como dice un profeta, vinieres á escudriñar á Jerusalem; mucho mejor nos será haberte amado que haber disputado muy sutiles y altas cuestiones, y más valdrá tener tu santo amor que saber todas las ciencias del mundo, careciendo de tu amor; y pues tanto me importa amarte que no me va en ello ménos que la vida del alma y propia salvacion mía, ¿por qué, dejando las ocupaciones que al dar de la cuenta ninguna cosa me han de aprovechar, no pondré todo mi estudio y cuidado en sólo amarte, pidiendo con lágrimas y suspiros, de noche y de día, este don soberano de tu divino amor? Gasta, pues, alma mía, los días de esta breve vida en continuas peticiones y clamores; derrama como agua tu corazon ante el trono de la divina

Majestad, y suplicale te dé este don celestial del santo amor; porque aunque no lo da sinó á quien Él quiere, no lo niega á quien lo quiere. ¿Cómo no lo dará á quien lo pide, pues convida con él á quien no lo busca ni quiere? Fué Nicodemus, Redentor nuestro, á verte, y sin responder á los loores que de tí decía, luégo dijiste lo que había de hacer para salvarse ántes que él lo preguntase, convidándole con tu santo amor y bienes de la gloria. Veo, Señor, que tienes esas entrañas de amor abiertas para mi remedio, y que tienes tendidas esas liberales manos para darme tu santo amor, y que ninguna cosa más deseas que ver en mí vacío mi corazón del amor del mundo, para que, dando lugar el amor falso al amor verdadero, infundas en él tu gracia, pues estos dos contrarios amores no pueden estar juntos. Pues ¿por qué, Señor, no arrojaré yo de mi alma el amor terreno, para que reine en ella tu amor divino? Todas las cosas fueron criadas para amarte y servirte; y como el hombre es todas las criaturas, por participar de todas ellas, cuando no te ama pervierte el órden de la naturaleza y hace que las cosas criadas no alcancen su fin, pues él te ha de pagar, Señor, la deuda del amor por sí y por ellas. Yo solo soy el deudor y te tengo de pagar, Señor, por mí y por ellas, pues me hiciste señor de ellas y las criaste todas para mi servicio y provecho. Así te amaré, Señor, cuanto fuere á mí posible, aunque no como mereces, ni con la perfeccion que te aman los santos despues de esta vida en el cielo. Isaías dice que es tu amor fuego en Sion y horno encendido en Jerusalem. Aquí vemos como con anteojos y en figura; despues veremos patentemente y cara á cara. Aquí es el amor fuego con humo; allá será pura llama de fuego. Entónces habrá perfecto conocimiento y perfecto amor. Es fuego aquí en Sion, que es en esta Iglesia militante; pero en Jerusalem, que es la gloria celestial, será horno encendido, donde ninguna cosa bastará á matarle. Había en el templo un altar de fuera donde no se quemaban todos los sacrificios, porque parte de ellos era para el sacerdote

y parte se quemaba; pero en el altar de dentro, que era el *Sancta Sanctorum*, todo el incienso se quemaba. Acá en esta vida, estando aún en este mundo en la carne flaca, no es todo puro amor tuyo, porque parte damos á las criaturas y parte á tu Majestad divina. Mas allá en la celestial Jerusalem, que está arriba, que es libre y madre nuestra, será nuestro amor horno de fuego encendido, donde arderán nuestras almas en fuego de amor contigo, reinando perpetuamente en tu reino. Ahora, Señor, amaré como pudiere, y será dándome fuerzas y poder para amarte, enviando desde el cielo este don soberano de tu santo amor. Quiebra, pues, muy de veras, alma mía, con el mundo; rompe las cadenas del propio amor con que estás atada, y mira la liberalidad de este Señor y ruégale con humildad envíe este don desde el cielo, como en otro tiempo lo envió sobre sus santos Apóstoles, cuando vino en llamas de fuego. Don es de Dios y merced que Él hace desde lo alto; pide este santo amor como debes pedirlo y no te será negado.

MEDITACION LXXII

Cómo se alcanza y conserva el don celestial del amor

No pienses, alma mía, que por algun humano estudio, industria ó cuidado se puede alcanzar el amor divino. Don es de Dios y gracia sobre toda gracia, y Él lo da graciosamente. Con lágrimas y ruegos se alcanza, y no con nuestras fuerzas. No es enseñado, sinó infundido; no se aprende, sinó de gracia; de lo alto se recibe, y en verdad los que le buscan le hallan; mas no tanto porque le buscan cuanto porque es dado, y no tanto por la solicitud del que le busca, sinó por la gracia del que lo da. Porque ninguno puede entrar en la despensa del vino de Dios si no fuere metido por la mano del rey, segun aquello de los Cantares: Metióme el Rey en la despensa del vino y ordenó en mí la caridad. Ninguno temerariamente y con atrevimiento se entre en esta despensa, mas humildemente llame primero á la puerta, porque no sufre fuerza; mas por gracia se abre á quien el Rey quiere. Aunque muchas cosas hay, Señor, que nos pueden ayudar y disponer para alcanzar este tu santo amor, y lo primero es la puridad de nuestro corazon, que principalmente nos hace idóneos y capaces de este don sobrenatural y celestial dádiva; porque cierto es que tan puro y precioso licor no se infundirá en vasos impuros y sucios. Por amor de lo cual, segun parecer y sentencia del profeta, hemos de barrer nuestros espíritus de todo polvo terreno, porque puedan recibir en sí tan grande y tan precioso licor.

Limpiémonos, como dice tu santo Apóstol, de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perficionando limpieza en temor de Dios; porque el que ama la limpieza del corazon tendrá al Rey por amigo. Cuando quisiste dar la ley á tu pueblo

israelita y casa de Jacob, mandaste por mano de tu siervo Moises que se lavasen un día y otro día, y que estuviesen dispuestos y limpios para el tercer día y no llegasen á sus propias mujeres. ¡Oh! ¡cuánto más es este tu divino amor que aquella ley mosaica! De aquella ley dice el Apóstol que no trajo á los hombres á perfeccion; pero en este santo amor es don perfectísimo y en él está la perfeccion cristiana, y hace perfectos á los hombres que gozan y poseen este soberano don. Pues ¿cómo le podré recibir? Lavando mi conciencia con muchos lavatorios de lágrimas, purificando el corazon de toda inmundicia y malicia, y poniendo mis pensamientos y deseos en los bienes celestiales. Cría, Señor, en mí un corazon limpio y confírmame con tu espíritu principal. Cuando los santos Apóstoles recibieron este don del cielo y vino el Espíritu Santo sobre ellos en lenguas de fuego, estaban todos juntos en amor y caridad, y perseverando en ayunos y oraciones. No prende el fuego estando los maderos apartados, porque es menester que esté la leña junta. Este divino fuego de tu santo amor, no se halla donde hay division y bandos, ni viene sinó al corazon pacífico y quieto. Con ayunos, lágrimas y oraciones se dispondrá mi alma, para que more en ella el don celestial de tu santo amor. Limpíen, Señor, los corazones los que son de ánimos doblados, si desean enriquecerse de este amor. Limpíenlos, no solamente de toda culpa, que los puede ensuciar, mas aún de todo ruido de congojosos cuidados y de toda aficion que los pueda distraer, y de toda doblez y engaño, y de toda vagueacion de espíritu desasosegado, y dejen libre y vacío el vaso del corazon al espíritu, rogándole con toda devocion que quiera morar en él, porque el espíritu no tiene por bien, ni le agrada morar con las serpientes y con las víboras y con los escorpiones, ni le place entrar en el corazon inmundo y regalado; y por¹ demas es llamado con gemidos y ruegos, si por otra parte lo despiden con malos olores de dentro. Pues has de limpiar, alma mía, la morada del corazon, y ataviarle

(y en orate)

con deseo de virtudes y hermosearle con lindas flores de buenas afecciones y santos pensamientos, para que podamos decir con la esposa: Mira qué hermoso eres, amado mío, y qué gentil nuestra camita está florida; y entónces él vendrá de buena voluntad, aún no llamado ni convidado. Vendrá, porque basta para él que solamente le demuestren la cama florida, para que venga atraído con el olor de las flores; porque más le atrae el olor que las palabras, la limpieza que los sacrificios y la humildad del que devotamente le pide que la importuna locuacidad del que continuamente solicita; según la pureza de mis manos me dará el galardón, y según la limpieza de mi alma se me dará el espíritu. Por lo cual el Apóstol Santiago dice: Limpiad, pecadores, vuestras manos, y los doblados de ánimo purificad vuestros corazones. Vale también para alcanzar el amor un congojoso deseo de Él y rogar á Dios continuamente por él, como está escrito: Abrí mi boca y atraje el espíritu. La boca del corazón es deseo, el cual entónces se abre al amor, cuando sobremanera es dado al hombre, y á los menospreciadores y negligentes nos das tú, Señor y Dios nuestro, el espíritu de tu amor, porque no das el santo á los perros, para que lo despedacen, ni echas á los puercos tus margaritas, porque no sean de ellos acoceadas. Y si á los que mucho desean este don celestial y lo piden con grand afecto, aún apenas, después de largo tiempo, se les concede el espíritu deseado, ¿cómo se dará tan grande bien á los tibios y que no se curan de él? Hay otro no menor modo para alcanzar este su santo amor, que es la mortificación de las pasiones sensuales. Muerto el rey de Egipto, lloraron y llamaron los hijos de Israel á tu divina Majestad, y oíste su gemido y los socorríste y ayudaste, librándolos de la servidumbre y cautiverio de Egipto. También te llamaron ántes de la muerte del rey, pues muchos años atrás eran perseguidos y maltratados; pero entónces oíste sus clamores, cuando era muerto el rey de Egipto. Si quieres, pues, alma mía, que oiga Dios tus deseos y condescendencia

con tus peticiones, socorriéndote y dándote su santo amor, mata al rey de tinieblas; porque conviene que muera en tí el amor de este siglo, que reina en tu corazón, y que venzas y mates á todas tus pasiones. Difunto Heródes, vino tu Esposo Jesucristo á Israel, y no ántes. Mata tus malos deseos y ningun pecado reine en este cuerpo mortal, porque vi- viendo estos apetitos en tí se ahoga el espíritu de Dios, y como ^{entre} unas nieblas muy oscuras y ^{el} nubes y torbellinos se os- curecen, porque no resplandezca en su luz serena; y resplan- deciendo ménos, es tambien necesario que ménos arda, como la luz del sol, oscurecida y anublada, ménos caliente. Mas qui- tadas las nieblas de las pasiones que ciegan, luégo la noche oscura se vuelve en claro y alegre día, y calentando la lum- bre, el corazón hierva luégo con los afectos, como la olla con el agua caliente. El amor caritativo del prójimo, la lectura de los libros santos, la conversacion de las personas espirituales, que con santas y encendidas palabras abrasan el corazón, con estas y otras semejantes cosas se alcanza aquel fuego sagrado del divino amor, manteniéndole y criándole con esto, como con leña del monte, porque no desfallezca; y porque quiere tu Dios y Señor que arda este divino fuego en tu corazón, man- daba en la Ley vieja que en su altar hubiese siempre fuego, el cual se sustentase, cebandolo con leña el sacerdote. Así, alma, has de sustentar este santo fuego en tu pecho, conservándolo y cebándolo con buenas obras, lágrimas y oraciones. Es muy delicado este espíritu de verdad y se va siendo ofendido, por lo cual, despues que una vez es dado, se ha de guardar solíci- tamente y con grande cuidado, porque no se mate con cui- dados temporales, como se suele matar la pequeña centella echando sobre ella maderos mojados, segun aquello que está escrito: No queráis matar al espíritu del Señor. Porque como no hay cosa más preciosa que él, así no se halla cosa más de- licada ni más tierna que él; por amor de lo cual se ha de bus- car con mucho fervor y diligencia y conservarle despues de habido con muy grande cuidado y vigilancia.

MEDITACION LXXIII

Como no podemos amar á Dios y al mundo juntamente.

Como el amor del mundo, Dios nuestro y Señor nuestro, inflama el corazón, y lo lleva á las cosas terrenas y perecederas, y lo echa en el profundo abismo de perdición, así el amor santo, y éste tu divino fuego lo eleva y levanta á las cosas superiores y supremas, y lo enciende en las eternas y convida al alma á las cosas que no pasan, y del profundo del infierno la levanta al cielo. Cada cual amor tiene su fuerza, y ningun amor está ocioso en el alma del amante. Siempre lleva al alma á una parte ó á otra. ¿Quieres, pues, saber alma mía, qué amor hay en tí? Mira á dónde te lleva: porque del amor eres llevada á donde quiera que vas. Cuando el amor del mundo te inclina á cosas terrenas tienes liga en las alas y no puedes volar arriba; pero si eres limpiada de las afecciones impurísimas de este siglo, tendidas las alas del divino amor, vuelas al cielo. El amor nunca está ocioso, y todo amor, ó sube ó baja. Levanta el amor bueno nuestra alma á tí, Señor, y el malo súmela en el abismo. El que es vencido del amor de las cosas terrenas no se deleita en las cosas celestiales. No puede estar el alma sin deleite, y así se deleita en las cosas ínfimas ó supremas; y cuanto con mayor estudio se ejercita en las mundanas, tanto ménos gusta de las divinas; y cuanto más se levanta á las cosas altas, tanto más se despide del amor terreno. No se pueden amar ambas cosas juntamente é igualmente; por lo cual el apóstol San Juan, sabiendo que no se puede sembrar entre las espinas del amor del siglo la mies de tu amor soberano, ántes que siembre en los corazones de los hombres la semilla de tu divino amor, arranca las espinas del

amor del mundo, diciendo: No queráis amar el mundo ni las cosas que están en él; y añadió, diciendo: Porque si alguno ama al mundo no está la caridad de Dios en él. No pueden estar estos dos amores en un corazón, ni se levantan las mieses del amor de Dios donde están las espinas de la delectación terrena.

Así es menester, Señor, que quite yo primero el amor del mundo, si quiere gozar mi alma de tu divino amor. Así dices por tu profeta Jeremías: Mira que te he constituido sobre las gentes y sobre los reinos para que arranques, destruyas, disipes, edifiques y plantes. Primero le mandas destruir y después edificar, y primero quieres que arranque y después que plante; porque no se puede poner el fundamento del amor de Dios sin destruir primero la fábrica del amor mundano. Los que aman, Señor, las cosas visibles no aman las invisibles, y cuando siguen las cosas de fuera desamparan las de dentro. Con la codicia de la tierra no eres, Señor, amado, porque el amor terreno ensucia los ojos del alma, para que no vea la excelencia de tu santo amor. Yo no puedo, Dios mío y todo mi bien, ocuparme contigo y conmigo juntamente, y por eso, Señor, ocúpate tú con mi bajeza, para que la ensalces, y yo me ocuparé en tu bondad, para que con ella me deleite; y aunque yo contigo gane mucho y tú conmigo no adquieras nada, sé que de mejor voluntad estás tú conmigo para hacerme merced que lo que yo estoy contigo para gozar de tu bondad. ¿Por qué, Criador mío, pierdo yo tanto bien como el que das á las almas que se llegan á tí por amor y gozan de tus celestiales y divinas consolaciones, pues puedo ganar tantos bienes á costa de romper con el mundo vano, falso engañador y atormentador de quien le sirve? Abre, pues, tus ojos, alma mía; despierta ya, que tiempo es que despiertes y conozcas los años pasados de tu vida tan mal empleados, y mires lo que pierdes y por qué lo pierdes. Tiempo es que caigas en esta cuenta y veas que pierdes la dulzura inmensa de la muy sua-

ve y delicada conversacion de tu Esposo Jesucristo, por las hediondeces y abominables deleites del mundo. Oye á la Esposa, que en los Cantares dice al Esposo: Mi amado á mí y yo á él. Estamos tan unidos mi amado y yo, que ninguno puede caber donde nosotros estamos. Pues no puede caber otro peregrino ni extraño amor con el de Cristo, ¿á quién será justo que ames? ¿A tu Señor y Criador, de quien tantos bienes has recibido, ó al mundo, que te ha traído engañada, atormentada y perdida? ¿Quién es Dios, á quien dejas, sinó abismo infinito de bondad, piélago sin suelo de soberana dulzura, suma de todos los bienes y descanso perdurable de las almas santas? ¿Quién es el mundo, á quien amas, sinó cárcel de vivos, sepulcro de muertos, oficina de vicios, desprecio de virtudes, atormentador de la razon que nos lleva á Dios, enemigo de los presentes, olvidado de los pasados, afeador y oscurecedor de los hechos claros? ¡Ay de los hijos fementidos (dice Dios por un profeta), que esperan favor y ayuda en la fortaleza de Faraon y ponen su esperanza en la sombra de Egipto! En cosa de tan poco sér y tan inconstante y vana como la sombra pones tu amor y cuidado. No dejes, alma mía, á Dios por el mundo, que no es sinó una triste sombra. Así fueron engañados los hebreos, pues no creyendo á Jeremías, y confiando en las fuerzas de Faraon, descendieron á Egipto, donde murieron todos desastradamente. No pongas tu pensamiento en estas vanidades terrenas: porque el manjar que tiene Dios guardado para los justos no se puede comer con el del mundo, por ser contrarios, segun aquello de Isaías: ¿A quién enseñará Dios su ciencia y hará entender lo que oyere? A los destetados y apartados de los pechos. ¿Quién será digno, Señor, de gustar de vuestro santo amor y de entender vuestra dulzura? El que dejare la leche y dulzura del mundo. Es menester despreciar de todo corazon los regalos, blanduras y deleites del mundo, si queremos, Señor, gozar de tu suave y delicada consolacion, por amor de lo cual, para hablar á nuestra alma

en secreto del corazón, dices que la llevarás á la soledad, porque no quieres que amando los bienes de la tierra goce de la suavidad de tu santo amor. Quería Faraon que te sacrificase Israel en Egipto, lo cual no consintió Moises, porque en ninguna manera se sufría ser tú, Señor, adorado donde era el demonio servido. ¿Pues cómo, Señor, tengo de amarte entre las tinieblas de Egipto, teniendo preso mi corazón del amor de este siglo? El Apóstol dice: No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz del demonio, ni ser participantes de la mesa de Cristo y de la mesa de los demonios. Por amor de esto mandabas, Señor, en la ley vieja, que no comiesen los hijos de Israel el pan con levadura, ni arasen con asno ó buey, ni sembrasen las tierras con diversas semillas mezcladas, ni trajesen vestidura tejida de lino y lana, porque no quieres dos amores contrarios en un corazón, ni que amemos al mundo y á tu divina Majestad juntamente. Siendo los israelitas afligidos y perseguidos de los filisteos para que sirviesen á unos ídolos de los gentiles llamados Baalim y Astaroth, dijo el profeta Samuel á todo el pueblo: Volveos al Señor de todo vuestro corazón y quitad de entre vosotros los dioses ajenos, Baalim y Astaroth, y disponed vuestro corazón al Señor y servid á Él solo, y os libraré de las manos de los filisteos; y como ellos hicieron esto, así como el santo profeta se lo había mandado, alcanzaron una grande victoria de sus enemigos. No quieres, Señor, que te amemos, teniendo ídolos de vicios, que adoramos en nuestras almas, por lo cual á tí solo es justo que ame mi corazón, aborreciendo el pecado, segun aquello que dice el profeta: Los que amáis al Señor aborreced el mal. Si yo te amo tengo de amar lo que tú amas y aborrecer lo que tú aborreces. ¿Pues cómo quiero yo amar á dos contrarios y amarte, Dios mío, amando estas cosas mundanas, vanas y corruptibles? Muy poco hago, Señor, en desamar cosas que son tan dignas de aborrecimiento, por ganar tu santo amor, pues desecho estiércol y pajas podridas por una sobrepujante

y preciosa margarita. Tan noble es tu divino amor y cosa tan prestante, que otro mundo mejor que este era digno de ser despreciado por gozar de un don tan estimable como el que das á tus amigos. Pues es contradiccion manifiesta amar juntamente á tí y al mundo, he de amarte, Dios mío, á tí solo, aborreciendo y despreciando tanto al mundo cuanto deseo ser en ese horno de tu santo y soberano amor abrasado y encendido.

MEDITACION LXXIV

De los grados del divino amor

No tenemos, Señor, tan en las manos este tu divino amor que luégo podamos subir á él, sinó poco á poco, aunque en verdad, si nuestra naturaleza no estuviera estragada, tomara nuestro amor principio de arriba. Mas porque está por el pecado corrupta y dañada, perdió la lumbre espiritual y tomó otro principio de amar: así como una fuente de su principio mana abundantísima y claramente, y si la cierran con piedras, leños y lodo busca otra parte por donde salga, y la que al principio salía clara sale despues turbia y sucia, corrompido su primer origen. Así es en la fuente del amor, porque se hizo otro origen turbio, hediondo, corrupto y lodoso, porque comenzamos á amar de nosotros, como hubiésemos de comenzar de Dios, porque esto, segun verdad, era lo más natural. Mas depravada la naturaleza del amor, mudó el amor su origen, de manera que como hubiésemos de amar á tí, Señor y Dios nuestro, primeramente por amor de tí y todas las otras cosas por tí y en tí, ahora, comenzado de nosotros, amamos á nosotros más que á nadie y todo lo que amamos es por nosotros. De aquí comenzamos á aprovechar en tu santo amor, poniendo el fundamento y principio en nosotros, amándote no tanto por tí como por nosotros, porque sabemos que sin tí no podemos ser, pues la continua necesidad que sabemos que tenemos de tu divina Majestad nos fuerza y compele á que te busquemos por ayudador y que te llamemos para que nos favorezcas y nos des las cosas necesarias para esta vida; y de aquí es que porque esto que amamos no lo podemos poseer sin tí, consiguientemente amamos á tí por nosotros, como

necesitados y que no nos cumple hacer otra cosa; y porque continuándote, Señor, á amar por la necesidad que de tí tenemos, experimentamos y conocemos tu benignidad en nosotros y tu largueza, benevolencia, suavidad y bondad, con otras muchas divinas perfecciones, de aquí viene que, comenzando á olvidarnos de nosotros, en tí mismo nos comienza á agradar tu bondad, siendo ántes buscado al principio de nosotros, como bien útil y provechoso. Este es el tercer grado del amor, porque el primero es el con que nos amamos á nosotros mismos; el segundo, con el que te amamos á tí por nosotros. Mas el tercer grado del amor es aquel con el cual á tí y á nosotros y á todas las cosas amamos por tí solo. Cuando Jacob iba de casa de sus padres á Mesopotamia y se durmió sobre una piedra, vió en vision una escalera que tenía una punta en la tierra y otra en el cielo, y tú, Señor y Dios nuestro, estabas recostado en ella. No somos aves, ni hemos de volar de la tierra al cielo, y por eso es menester subir poco á poco por escalera, por los escalones y grados del amor, el cual comienza en la tierra, por originarse y tener su fundamento terreno, comenzando del amor propio y subiendo por sus grados y escalones hasta lo fino y más perfecto de tu santo amor, que es lo celestial, acendrado, más esmerado y puro. Entónces, subiendo por estos grados del amor, llegamos al cielo, cuando la imperfeccion de nuestro amor se va limando, purificando y adelgazando hasta venir á la cumbre y alteza del verdadero amor; cuando ya sin respeto alguno de nosotros mismos te amamos solamente por quien tú eres, como dignísimo de ser amado, pues eres sumo bien y bondad infinita. Y porque la naturaleza flaca, imperfecta y corrupta es menester que sea ayudada y favorecida, estabas, Señor, arrimado en aquella escalera, porque con tu divino amor y auxilio de tu mano hemos de subir al excelente y soberano amor tuyo.

Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto y descende del Padre de las lumbres. ¿Pues cuánto más el

amor, que es el más perfecto don de todos? Fuego es el amor; y como el fuego en su principio, cuando introduce su forma en la materia del leño, está impuro y lleno de humo, y despues que comienza á subir á su esfera se va apurando y haciéndose más puro, sutil y claro; así el amor, aunque en su principio empiece imperfecto, impuro y terreno, va subiendo á su propia esfera, que es Dios, y perfeccionándose hasta llegar á Él, y mejorándose hasta subir al punto de su perfeccion. Entónces ha subido lo que ha de subir y está como conviene y donde ha de estar, cuando olvidado el hombre totalmente de sí mismo y de todas las cosas, es transportado y transformado en su Dios, no queriendo en el cielo ni en la tierra otro bien sinó al Criador y Señor de todas las cosas. Aquel es verdadero amante, que ninguna cosa quiere para sí, ni pretende interes propio, ni bien alguno particular que toque á él, ni en el cielo, ni en la tierra, y no busca en todo cuanto piensa, dice y hace sinó solamente la honra y gloria de Dios y hacer su voluntad en todas las cosas. ¿Quién alcanzará este grado de amor? Bienaventurado es aquel que á tan alto estado de amor ha venido, que olvidado de sí y de todas sus cosas, y enajenado totalmente de sí, se da del todo á tí, mi Dios, y se traspasa en tí. Tanta felicidad y bienaventuranza como esta no es de la presente vida, porque más es de la que está por venir que de esta, llena de cuidados y necesidades, que tiran nuestro corazon y lo encorvan é inclinan al amor de este siglo, en el cual vive el alma cautiva, aunque no quiera. Si algunas veces llegamos á este grado de excelente y puro amor perseveremos en él; porque el cuerpo corruptible agrava al alma y la hace bajar con su peso, cuando ya comenzaba á volar en altanería; y entrométese la importuna carne áun á lo que no se querria acordar de ella, desasosegándola y enojándola con mil clamores y desasosiegos y otras tantas vanidades, á la que había concedido que siquiera un poco de tiempo se sosegase y delei-

tase con su Esposo Jesucristo. Nunca faltan moscas importunas de vanos pensamientos y cuidados del mundo, que desasosieguen al santo patriarca Abraham, cuando ofrece sacrificio, ama y ora á Dios, así como el mismo Señor se lo había mandado. A este grado de perfecto amor había venido el que decía al Amado: Encendióse mi corazón en vuestro amor, Señor mío, y esta llama tan grande mata en mí todo el fuego de la concupiscencia mala. Porque ningún fuego consiente arder con él este santo fuego: de aquí es que de concupiscencia grande se han mudado mis renes en blancura y pureza de castidad, tragando y deshaciendo en mí el fuego del cielo el ardor ajeno, y me mudó del todo y me ha deshecho, y convertido en nada la potentísima fuerza del amor. Has cumplido en mí, Señor mío, lo que en otro tiempo por un profeta saludablemente amenazándonos habías dicho: Convertiré mi mano á tí, coceré tu escoria y hundiré tu estaño. Esto veo en mí verificado, porque todo lo que en mí era mío se ha consumido y gastado. Todo soy convertido en nada, porque vivo yo, y ya no yo, porque vive en mí Cristo, y no lo supe. No supe tan grande sacramento: no sabía verdaderamente el misterio de tan grande mudanza, que convino aniquilarme y convertirme en nada para que tuviese verdadero sér y que todo yo desfalleciese en mi Dios, como está escrito: Desfalleció mi corazón y mi carne en Dios vivo. Y otra vez dice: Desfalleció mi alma en vuestro Salvador. ¡Oh! ¡cuán bueno es este desfallecimiento, cuando el alma desfallece en su Dios y de sí misma pasa á Dios, y llegándose á su Dios, es hecha un espíritu con Él! Harto era conforme á nuestra naturaleza que todas las cosas se amasen por Aquel por quien todas fueron hechas. Y este amor se ha de tener por bueno y derecho, que así es conforme á la naturaleza; y si nuestras almas no fuesen tan livianas y de poco peso, este grado último de amor había de ser el primero. Así había de ser, y así fuera, si el pecado no se pusiera de por medio. Puedo también, Señor,

amarte en tres maneras, conviene á saber, con otras cosas, y más que á otras cosas, y sin otras cosas. El que con otras cosas te ama, igualándote en el amor con ellas, divide este tal el corazon, y no cumple el mandamiento del amor. El que te ama más que las otras cosas, aunque ama las otras cosas lícitamente contigo, no divide el corazon, aunque en alguna manera le aparte y divierta á otras cosas. Este tal el mandamiento cumple del amor, aunque no ha alcanzado la perfeccion; mas el que ama solamente á tí, Señor, y sin otra cosa, éste ya ha alcanzado la cumbre de la perfeccion y puede decir con la Esposa: Mi amado á mí, y yo á él, el cual se apacienta entre los lilios. El primer amor edifica para el infierno. El segundo edifica, sobre el fundamento de la fe, estopa, maderos y pajas. El tercero, oro, plata y piedras preciosas, segun la palabra del Apóstol.

MEDITACION LXXV

De las propiedades del amor de Dios

¿Qué lengua, Señor, bastará para decir la virtud grande, efectos maravillosos y propiedades excelentísimas de tu santo amor? San Lucas dice que fueron perdonados á Santa María Magdalena muchos pecados porque amó mucho. Muchas lágrimas derramó aquella santa penitente: con grande cuidado te buscó en casa del fariseo: diligente fué en negociar la salud de su alma: no dilató la conversion, ni dejó para adelante la penitencia: no estuvo ociosa en tu presencia la que con preciosos unguentos ungió tus sagrados piés y los regaba con sus lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos; pero todas estas buenas obras, ni otras mayores, no fueran bastantes para alcanzar el perdon de los pecados, sin el amor divino. Aunque hiciera todos estos bienes, si no te amara, no le fueran perdonados sus pecados. El amor de Dios perdona los pecados, y la contricion, donde se halla remision de pecados, va acompañada del amor de Dios, pues ha de ser, por la ofensa que el pecador hizo á Dios, más amado que todas las cosas, la cual contricion perdona la culpa y de hijos de perdicion nos hace hijos de Dios y herederos de la gloria y todo esto por virtud del santo amor. Todas cuantas buenas obras hay, se pueden hacer estando en pecado mortal, excepto amar á Dios sobre todas las cosas; porque amar á Dios y vivir en mal estado es imposible. El amor de Dios echa fuera el pecado, expele la culpa, perdona la ofensa, reconcilia nuestra alma con Dios, hácela su esposa y amiga, ábrele las puertas del cielo, enriquécela con tesoros inestimables y abrázala con Jesucristo, el cual dice: Yo amo á los que me aman. El que

ama á Dios, es de Él amado; y si es de Dios amado, ¿cómo no es su amigo? Hablar por lenguas de hombres y ángeles, saber todas las ciencias, dar toda la hacienda á los pobres, y entregar su cuerpo á fuegos, bestias bravas, espadas, cuchillos y cruel muerte, todo es nada sin amor de Dios. No hace el mártir el martirio, sinó la causa de él. El amor le hace mártir santo, y este es el que le da la corona y premia sus trabajos; porque donde no hay amor de Dios no hay mérito de gracia ni gloria, ni premio de bienes eternos. Con él vive nuestra alma vida de gracia, es amada de Dios, temida de los demonios, venerada de los ángeles, heredera del cielo y participante de los bienes de todos los que temen á Dios, segun aquello del salmo: Participante soy, Señor, de todos los que te temen y guardan tus mandamientos. El es de quien dice San Pedro que cubre la multitud de los pecados, y con él es el alma rica, hermosa, fuerte, graciosa y llena de todos los bienes; así como sin él es muerta, fea, triste, aborrecida de Dios, abominable á todo el mundo, cautiva de los demonios y despreciada de toda criatura. Con este santo amor es llena de bienes y sin él llena de todos los males y hecha vil y miserable.

Hace el santo amor fervientes nuestras buenas obras; porque así como el calor levanta la sustancia donde está, como se ve en el fuego, que sube á lo alto las centellas inflamadas, y levanta el agua que hierve, así el verdadero y divino amor hace subir los deseos de nuestra alma al amor de las cosas celestiales, y levántase de estas cosas inferiores. Es comparado al fuego, el cual es más activo y de mayor fuerza y vigor que los otros elementos, y por eso de más perfeccion, y así el verdadero amor es de tanta virtud, que no sólo hace á los hombres y á los ángeles subir á Dios, excediendo á sus naturalezas humana y angélica, pero al mismo Dios hace bajar de su naturaleza, condescendiendo con las criaturas por el amor que les tiene. El fuego de su naturaleza junta las cosas que son del mismo género y aparta las que son de diverso género, como vemos

en el oro, que cuando lo queremos purificar lo echamos en el fuego, donde se aparta la escoria y se apura el oro, juntándose todo. Así el amor procura semejanza, apartando lo que no es semejante, porque jamas amó uno á otro que no fuese por semejanza antecedente ó consecuente procurada; y esto hace el amor divino, que habiendo los hombres pecado, quita lo semejante que es la culpa, y apártala del alma, quitando de ella la escoria y convirtiendo en humo el mal azogue del pecado, y volviendo el alma, hecha á la imágen de Dios, á su primera hermosura, sér y semejanza que tiene con Dios. Es el amor orgulloso como fuego, porque donde quiera que está se echa de ver, y nunca se ha visto que uno disimule con el fuego que tiene en el pecho, y cuando su paciencia fuese tal que lo pudiese disimular, el humo lo manifestaría. Lo mismo hace el amor donde está, el cual no se puede encubrir, por mucho que quiera disimular el amante. Por los resquicios de las puertas se manifiesta la luz del fuego que está dentro. Propiedad es del fuego volverse á su esfera y subir á lo alto, lo cual hace el santo y buen amor, levantando nuestros corazones y subiendo nuestras almas á su esfera celestial, para donde fueron criadas. Llévanos á Dios, y vamos á Él, no andando, sinó amando, al cual tanto tenemos más presente cuanto fuere más puro el amor con que vamos á Él. Amar á Dios es llegarse á Él y entrar y gustar cuán suave es el Señor. El verdadero amor de Dios no consiente medio entre él y entre Dios, y va á su amado con grande vehemencia inmediatamente, y no descansa hasta que, pasando por todo, llega al amado. El que es herido de la saeta del amor piensa que todos hablan de su amado, y que todos entienden su lenguaje, y piensan y tratan de lo que él trata y piensa. Cuando la gloriosa María Magdalena buscaba al Señor en el sepulcro, dijo al mismo Redentor, no conociéndole: Dime si tú lo tomaste. No dice lo que busca ni se declara, porque el que ama cree que todos tratan de lo que él trata, y que buscan lo que él busca. De esto es tam-

bien testigo la esposa en los Cantares, cuando dice: Conjúroos, hijas de Jerusalem, que me digáis donde está mi amado. No lo nombra ni da señas, porque el amor quiere que todos adivinen y entiendan sus cifras. Parecíale que todos sabían lo que buscaba y que todos entendían lo que decía, y que no hablaban de otra cosa, por lo cual no se ha de mirar en esto que la esposa dice á las palabras, sinó á los afectos, porque no ama con la lengua y boca, sinó con la obra y verdad. El amor habla, y el que quiere entenderle es menester que ame, porque el pecho frío no puede recibir las palabras encendidas del amante. Como el que no sabe latin no entiende al que habla la lengua latina, así es bárbaro el lenguaje del amor al que no ama. Tiene el amor su propio lenguaje y estilo de hablar, y Demóstenes y Tulio no son tan elocuentes oradores en hablar del amor como el verdadero amante. Explica sus conceptos con razones imperfectas y cortadas; quiere con media palabra ser entendido, y que estén todos donde él está y que sientan lo que siente, porque cree que están en su pensamiento, y que no tratan otra cosa sinó de lo que él trata. Tambien dan testimonio de esto aquellos reyes orientales, los cuales, como amaban á Dios y ardía en sus santos pechos el divino amor, cuando llegaron á Jerusalem preguntaron dónde estaba el que nació Rey de los judíos, porque les pareció que en aquella ciudad no se trataba de otra cosa sinó de lo que ellos trataban, y que todos podían responder á su pregunta. Propiedad es tambien del amor ser desconfiado, congojoso y muy solícito, y por eso Santa María Magdalena con las otras devotas mujeres vinieron la mañana de la resurreccion del Señor á ungir su santo cuerpo. Casi cien libras de mirra y áloes trajo Nicodemus para este efecto, y perfecta y muy cumplidamente estaba ungido el cuerpo del Señor, y con todo esto viene la Magdalena con unciones, porque el verdadero amante no se fía de nadie, y parécele que no se hace nada si él no pone la mano, y lo que sobra le contenta, y aún no queda

contento. Aquella mujer Sunamites no se fió de ninguno de su casa; pero ella misma en persona vino á Eliseo, porque resucitase el hijo muerto, que mucho amaba. Toda diligencia ajena, por grande que fuese, le parecía á ella muy perezosa, porque de veras amaba. Es muy desconfiado el amor y muy atrevido, por amor de lo cual se ofrece la Magdalena que llevará el cuerpo del Señor difunto, no temiendo la ira de los fariseos ni el peligro en que se pone, ni considerando el peso del cuerpo muerto y sus flacas fuerzas, porque el amor no teme, no considera, y ninguna cosa tiene por imposible, y todo le parece fácil y ligero. Por lo cual el Apóstol dice: La caridad todo lo sufre, todo lo sustenta, todo lo cree y en todo espera.

MEDITACION LXXVI

Como el amor transforma el amante en el amado

Tan grande y tan extraña es la fuerza del amor, que tal me conviene, que sea cual es lo que amo, y segun aquello á que por amor me llego; no hay engrudo ni cola que así pegue como el amor, el cual así nos une y junta con el amado que transforma al amante en el que ama. El amor no es otra cosa sinó una virtud mutua y unitiva. Como el hierro despues de muy encendido en la fragua es hecho fuego, así mi corazon ardiendo, Dios mío, en tu divino y santo amor es todo en tí transformado por amor, deificado y endiosado. El hierro duro, frío, negro y oscuro es convertido en fuego y hecho blando, caliente, resplandeciente y claro, y tiene todas las operaciones de fuego, haciendo todos sus efectos y todo lo que hace el fuego, porque quema, alumbra y enciende. La Escritura, Dios y Señor nuestro, te llama fuego, y tales somos nosotros llegándonos á tí por amor; porque de pecadores que éramos ántes, duros como hierro, obstinados, fríos, oscuros y torpes, llegados á tí por amor, y metiéndonos el amor en esa fragua de vivas llamas, como te vió Moises en la zarza, somos convertidos en tí y hechos fuego, y así obramos obras divinas, y somos varones espirituales, de carnales y terrenos que ántes eramos. Así estaba transformado y convertido en tí el Apóstol San Pablo, que vino á decir á los galatas: Vivo yo, y ya no yo, porque vive en mí Cristo. De tal manera vivía en tí el santo Apóstol, y así estaba en tí transformado, que su vida ya no era suya, y él no estaba en sí, sinó en el amado. ¡Pluguiese á

tí, mi Dios y Señor, que así fuese mi alma absorta en ese pié-lago de infinito amor y bondad, que yo no fuese yo, sinó por divina participacion fuese un traslado y retrato de tu soberana bondad y clemencia! ¡Oh! ¡quién me diese que todos mis pensamientos se volviesen en uno, y toda la fuerza de todos se emplease en arder ante tu divino acatamiento, y de suerte que pudiese decir con el profeta: El pensamiento de mi corazon siempre está en tu presencia! ¡Oh! ¡pluguiese á tí, mi Dios, que no hubiese sinó una lámpara que ardiese en el altar de mi alma, encendida con fuego de verdadero amor, y se cesase de todo cuanto siento y oigo de tus admirables perfecciones, para que este fuese el aceite purísimo que antiguamente mandabas quemar en el santuario! ¡Oh! ¡pluguiese á tí, Señor, hicieses con mi alma aquel amoroso castigo con que amenazas por el profeta Oséas, diciendo: Cercaré tu camino con espinas y con paredes que no las puedas romper! Pondré en todo dificultades, porque si buscares otros amores nunca los halles, y así te vuelvas para mí. Dichosa necesidad, que obliga á no querer sinó al que solo merece ser amado. Pues hagamos ya fin, alma mía, á los vanos discursos, y recogiendo tus pensamientos, pon todo tu cuidado y amor en sólo tu Esposo, Jesucristo. Si verdaderamente amases á Dios, te olvidarías de todas las cosas del mundo. El Apóstol tiene todas estas cosas por estiércol, por amor de Jesucristo. Así cuando nuestro Padre estaba en el estado de la inocencia le mandó Dios que comiese de los árboles del paraíso. Fué menester que le acordase Dios que comiese, porque el amor grande que le tenía pudiera ser que le hiciera olvidar de tomar el mantenimiento necesario para conservar la vida.

Si con grande y verdadero amor amases á tu Dios y Señor, no tendrías tan solícito cuidado de estas cosas exteriores, que tanto te distraen y derraman. Cuanto más se lleva nuestra voluntad á Dios, tanto más se aparta de nosotros mismos, y así deberíamos tenerla pegada y asida con Dios, que andu-

viésemos olvidados de todo lo de acá, andando todos transformados, convertidos y elevados en Dios. Si de veras, Señor, te amase, la fuerza del amor me haría que fuese como lo que amo, porque transformándome en tí sería semejante á lo que amo. Y si la semejanza es causa de amor, subiría, y así se aumentaría este amor, que se alzase con el homenaje y con todo cuanto hay en mí, no quedando cosa que no estuviese presa de tu amor. Mira, pues, alma, á tu hermosura, y entenderás qué hermosura debes amar. Tienes Esposo y no le conoces; y siendo el más hermoso de todos, no le amas, porque no viste su rostro. Si le vieses no dudarías de su hermosura, ni te podría nadie detener para que no le amases. Tan grande es la fuerza del amor, que allí verdaderamente moras donde por la contemplacion amas. Este es el reino de Dios, que está dentro de tí, el cual desechas cuando amas las cosas de fuera. Aman-do este reino de Dios eres reina en él, y teniéndole dentro de tí gozas de infinitas riquezas que tiene consigo el amor de Dios; y si tanto eres mejor cuanto son mejores cosas las que amas, síguese claramente que si amas el cielo eres celestial; y si pones tu amor en las cosas de la tierra, que eres tierra. Pues hace el amor tan maravillosos efectos en mi alma, que transformada por amor soy lo que amo, te amaré, Señor, mi corazón hasta lo último de su potencia, fuerzas y virtud y cuanto le es posible; pues por esta vía soy llevado á tan alto y noble estado y subido á dignidad tan suprema y aventajada, que todo lo criado es ménos, cuando no te ama, que el corazón que arde en tu divino amor: y este traspasamiento del amante en la cosa amada no es violento, ni forzoso, ni penoso, ni trabajoso; mas voluntario, libre, dulce y muy deleitable. Y de aquí es que la voluntad que así por amor se junta con la cosa amada, no puede ser por alguna violencia apartada de ella, sinó por su libre querer. Y pluguiese á tí, mi Dios, que fuese mi voluntad privada de tal libertad y de tal querer, para que despues que una vez te amare, no pueda volver atras ni mudar el

amor ni el querer, amando para siempre jamás esa suma Bondad y bien infinito, donde arda mi corazón perpetuamente en vivas llamas de amor; pero queda el mismo amor libre, aunque traspase la voluntad en la cosa amada, y asimismo la voluntad siempre queda voluntad y en su libre poder y querer, aunque por el amor sea transformada en el que ama. Cosa es maravillosa que en esta transformación que hace el amor del amante en el amado, que cual es la cosa amada tal es el amor, y cual es el amor tal es la voluntad de donde nace. De donde se sigue que la cosa primero y principalmente amada da nombre, naturaleza y forma á la voluntad que ama; y de aquí se concluye que porque es propiedad del amor trabar, convertir y transformar al amante en el amado ó en la cosa amada, que si la voluntad primero ama tierra, tierra se hace, y terreno se hace. y terreno se llama su amor; y si cosas mortales ama, llámase mortal y humana voluntad; y si ángeles ama, angélica es; y si ama á tí, mi Dios y Señor nuestro, es divina. En esto se descubre y manifiesta una grande dignidad del hombre, y es que por el amor se puede transformar y mudar en cualquier cosa que él quisiere más alta ó más baja que él. Nabucodonosor, que como bestia seguía sus apetitos bestiales, rigiéndose por los sentidos, por los cuales solamente obran y se gobiernan los brutos irracionales, la Escritura dice que como bestia anduvo paciendo las yerbas del campo. Y de los hombres espirituales que aman á Dios habla David en el salmo, diciendo: Yo dije: vosotros sois dioses é hijos del muy alto. Pues puedo yo alcanzar tan alta dignidad amando, justo es, Dios mío y mi Señor, que te ame mi corazón de noche y de día en todos los días que viviere. Y si dijeres, alma mía, que entre tantas angustias y dolores de esta vida no puedes con tristeza levantarte al amor de tu Dios, como dijo Aaron, que con ánimo triste no podía hacer fiesta á Dios, mira que estos trabajos son golpes de eslabon que te da Dios para sacar del pedernal duro de tu corazón centellas de fuego de amor y

que te aflige porque le ames. Porque ve el clementísimo Señor que no se ablanda tu corazón con beneficios, te fatiga con trabajos, porque de esta manera vayas á Él por amor, y amando cobres nuevo sér y honra, transformada por amor en Dios.

MEDITACION LXXVII

Como el amor de Dios enciende á nuestra alma en deseos celestiales

Sufre, Señor, bienaventuranza mía, que te manifieste yo el deseo que de tu vista enciende tu divino amor en mi alma, no para que de nuevo conozcas algo de lo que no sabías, pues miras claramente lo secreto del corazón, sinó porque no hallo en el cielo ni en la tierra á quién ir con mis quejas, sinó á tí, que como Dios todo lo ves, y como Padre te apiadas, y como Todopoderoso me puedes remediar. Y también porque las penas que nacen de tu santo y casto amor consigo traen consuelo cuando se refieren á tí, y cuando juzga el que las sufre cuán dichoso fin suele alcanzar de tus manos. Más ¿qué haré, Señor, que decir lo que de tí siento? No sé cómo el entendimiento guiado de tu lumbre me guió á tí y dejó la voluntad así prendada, que cuando quiere manifestar lo que en tí halla, ó por mejor decir, lo que en tí hallar espera, falta consideración, cuanto más la lengua y la mano. Poco te ama y desea quien todo lo que siente puede explicar; porque como la medida de tu amor ha de ser no tener medida, así el deseo de tu presencia se ha de manifestar con lágrimas y no con palabras. De donde viene que si quiero por alguna semejanza declararme, hallo á todas tan diferentes de lo que para llegar á su medida es menester, que mejor podré decir que no es mi deseo que sacarle al vivo como Él es. No te deseo solamente como la esposa la vista de su querido esposo, por más que cuente los días y las horas, porque nunca pudo llegar amor de hermosura ó deleite corporal á lo que se desea la hermosura de Aquel que pintó las estrellas, en cuya comparación, como dice

Job, los cielos no son limpios y los ángeles en su presencia no tienen parecer. No es mi deseo como el del fiel hijo que no puede sufrir la ausencia de su amoroso padre, con cuya venida espera mucha honra y acrecentamiento de estado, porque tú eres más que padre, y contigo están todos los bienes, segun aquello que dijiste á tu siervo Moises: Yo te mostraré todo el bien; y quererlos en particular referir es más dificultoso que contar las gotas de la lluvia. Poco es lo que desea el preso y cautivo que está en continuo peligro de vida, que llegue el verdadero amigo, por cuya diligencia salga de tanto mal y vuelva á su tierra y naturaleza, porque el que te amare y llegare á tí tendrá cierta la redencion del cuerpo, y estará seguro de la tiranía de este mundo, y su alma alcanzará presto libertad para sujetarse del todo á tí y cesará la libre servidumbre de poderte perder, porque no estará ya más en sus manos, sinó en las tuyas, y tú darás libertad para que siempre goce de tí, mas no para que se pueda apartar luégo. Pone, pues, Señor, tu divino amor tan grande deseo en mí, que te desea mi alma, no como lo que acá se desea, sinó como quien desea á Dios, que tal deseo á tí solo se puede comparar; y si algo dijere que es semejante, quiero decir que le parece en algo, y no que sea retrato uno de otro, por no hacer agravio en cosa que en tí toca si la midiere con cosa baja. Con esta salva me atreveré á decir con el salmista: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea á tí, mi Dios. Como este animal, fatigado de la sed interior y perseguido de los monteros y perros, y llagado, con apresurado camino va á las fuentes, donde piensa aliviar su trabajo, sanar de las heridas y asegurar su peligro y refrescarse del excesivo calor que tiene, así mi alma, á quien enciende el interior fuego de tu santo amor, y es de fuera combatida de muchos enemigos, viéndose por algunas partes derramar sangre, desea á tí, para que tu piadosa mano la cure y tu fuerte brazo la defienda, y la guíes á la fuente de las aguas, á donde con las aguas frescas, que salen

de golpe, se acaba la sed. No tendrá sed quien viniere á tí, fuente de aguas vivas; no tendrá más que desear el que llegare á tu presencia, segun aquello de Isaías: No tendrán hambre ni sed, y no serán heridos del estío ni del sol, porque el Señor misericordioso les regirá y los llevará á las fuentes de las aguas. No tendrá entónces mi alma más que desear, ni mi voluntad tendrá más que querer, porque me saciaré cuando tu gloria pareciere. Este deseo hizo aquel hijo pródigo, que desamparando y dejando el vil oficio en que servía á los torpes deleites, te buscase con diligencia, volviendo al amor primero que te tenía; y así llegando á tu presencia se acabó en él el hambre que padecía y todos los otros trabajos que pasaba en el servicio del mundo. Falta el agua de tu divina consolacion, como faltó á Agar fuera de la casa de Abrahan; conviene, pues, á mi alma que vuelva á tí, mi Dios, ardiendo en llamas de vivo fuego de amor, porque con estos deseos encendidos en amor te busque con cuidado y vaya con diligencia á tí, Señor, donde viva y descanse.

Aborrece todo lo presente quien de veras te ama y desea, y todo lo que el mundo me representa es estrechura que aprieta y congoja mi corazon, acordándome de tus celestiales palacios y de las riquezas inestimables de tu gloria. ¡Oh, Señor! ¡quién con el favor de tu espíritu se ha levantado á ver las anchuras grandes de tu omnipotencia y aquellas espaciosas moradas de tu santa ciudad, y cuán estrecha le parecerá toda criatura! ¡Oh! ¡cómo halla luégo la vista con que tropezar, mirando otra cualquier cosa! No me espanto de lo que dijo tu profeta Isaías, cuando despues de la contemplacion de tus grandezas, se volvió á mirar lo de acá abajo: Mirad que todas las gentes son como una gota de agua que se rezuma de una redoma. Estimélas como un grano el menor que se pesa, y todas las islas como un polvo menudo. Y áun parecióle que comparándolo á algo había dicho poco; y así da otra sentencia más á propósito, diciendo que todo es nada y como cosa

vacía, y por tal se ha de estimar: la cual sentencia es de más valor que el juicio de los vanos hijos de este siglo, vecinos de acá, que se deshacen por extender los términos, como si por ser un poco más ancha la cárcel creciese más la libertad del espíritu, para la cual es tan poco todo lo temporal. Viendo, pues, mi alma y habiendo por experiencia conocido como no llenan sus deseos todo esto de acá, movida con el estímulo de tu santo amor, desea á tí, Señor, y arde en deseos celestiales; y atormentada con la dilacion, susténtase en esta vida, confiando en aquello que está escrito: Se dará á los justos su deseo. Oíste, Señor, el deseo de los pobres y la preparacion de su corazon oyó tu oído. Delante de tí está todo mi deseo, el cual no es otro, sinó de amarte y verte donde hay cumplimiento de deseos, donde el deseo no tenga más que desear y el corazon, estando lleno de tu santo amor, esté seguro y cierto que nunca te dejará de amar, confirmado en tu gracia y amor. No dilates, Señor, misericordia mía y mi bienaventuranza, el cumplimiento de mi deseo, pues el amor me da empellones y me incita para que vaya á tí y te ame para siempre.

MEDITACION LXXVIII

Como al que ama á Dios le es penosa esta vida

Conociendo por fe ser la presencia de tí, mi Dios y Señor, el remate de todos mis deseos y que tanto bien no se puede alcanzar en esta vida, segun aquello que dijiste á Moises, no me puede ver el hombre miéntras vive, necesario es que la dilacion de esto sea molesta á quien entiende la diferencia que hay de lo que tiene á lo que espera. Y aunque el deseo de la vida natural es tan grande que hace sufrir muchos trabajos alegremente por conservarla, suele tanto sobrepujar el deseo que de verte añade la gracia, que si no temiese, por acortar el camino, perderle, me quitaría este embarazo con mis propias manos. Mas ya que á esto no da lugar tu divina ley, á lo ménos llega mi corazon á estado en que con el Apóstol pueda decir: Atrevémonos ya, pues que en cuerpo no se puede andar este camino y tenemos determinada voluntad de perder la compañía del cuerpo y hallarnos en la presencia del Señor. Por una parte, por la esperanza, que mi alma tiene llena de fe, no puede quitar sus ojos del cielo, á donde le tienen labrado el asiento, y pasa por todo, sin quedar en nada de lo que hay en medio, diciendo con el profeta: ¿Qué tengo yo en el cielo que me baste, y qué quiero yo en la tierra? Aunque sea dado, Señor, por tu mano, es todo tan poco que queda el alma desmayada con hambre, porque á la gloria, que es espejo de lo uno y de lo otro, nada de esto se iguala, y no es mucho, porque la naturaleza inclina de tal manera áun á las cosas que no tienen conocimiento, que no les deja tener reposo fuera del lugar á donde las guía su natural instinto. No hay redoma de oro, por rica que sea, en que el agua esté con-

tenta y así, en hallando por donde salir luégo deja el lugar ajeno y se va al suyo. ¡Oh! ¡qué debe sentir el alma, á quien la fe descubre lo que le está guardado y á quien tú, Señor, dices en secreto lenguaje lo que con voz clara dijiste el patriarca Abrahan: Yo soy tu premio extrañamente grande! ¿Qué deseos debe tener de verse contigo, á quien la esperanza, como inclinacion impaciente, la lleva tras los dones de aquel infinito bien, en cuya presencia desaparece todo lo que acá se tiene por bueno? Sintió este gozo el justo viejo Simeon, y conociéndote por fe y viéndote tras la pared de este cuerpo mortal y pasible, luégo comenzó á alear el deseo que tenía de verse libre de las ataduras de la carne, que le tenía preso; y alegrándose en el espíritu, comenzó á cantar tus alabanzas, porque aunque sabía que hasta despues de tu muerte, no podía gozarte en el cielo; pero alegrábase, porque apartada su alma de la pesadumbre de este cuerpo, podía mejor contemplarte. Ardía el pecho del santo en amor y deseaba verse con el amado, porque es natural á nuestra alma caminar al sumo bien, del cual, cuando acá se comienza á gustar, es penosa la vida presente al alma que siente la suavidad y fragancia de tus olores. El ave detenida en la jaula, aunque sea la cárcel en que está de oro y plata, no le satisface, ni se quieta, y naturalmente desea su libertad y volar por el aire, para lo cual fué criada, y saca la cabeza fuera y busca lugar de salida. ¡Oh, bondad infinita de mi Dios! ¿Y qué cárcel de cuerpo, por hermoso que sea, ni vestido de brocados, ni ricas joyas, ni qué regalos de la vida podrá dejar de ser clausura y detenimiento enojoso y molesto al alma criada para verte y gozar de tu divina esencia en el cielo? ¡Oh! ¡qué penosa tardanza y qué prolija dilacion la de esta vida, breve para los que la aman y muy larga para los que te aman! A los mundanos breve y jocunda y á los que desean verse contigo muy amarga y larga vida. Todas las cosas van á tí y con impetuoso aceleramiento corren á su fin. Y si

para entretener un sér tan grosero tanta priesa se dan las cosas, que de tí, mi Dios, no han tenido nueva, ¿qué sentirá mi alma, que cuando llegare mudará su sér espiritual en el divino y quedará transformada en tu claridad? No me maravillo de que los santos lloren tanta soledad, sinó espántame cómo vivimos contentos sin tal compañía. No es mucho que el justo desee salir de esta vida, pues su vida es Cristo y el morir es ganancia; pero es mucho de maravillarse que seamos tan amigos de nuestro bien, que la principal diligencia sea tratar de lo presente, olvidados de lo por venir. La caridad, no tan deseosa de hallar su propio bien como de gozarse en lo divino, é impaciente por la ausencia, enciende con suspiros continuos y lágrimas el fuego que siempre arde, y en todo lo que ve busca el rastro de lo que ama. A todos con la esposa pregunta si han visto á su amado; y áun se atreve á pedir á los que viven con Él que le envíen de allá algunas flores y frutos con que la vida se pueda sufrir. Hace impaciente el dolor de esta llaga al que la siente, porque con el remedio crece; y cuanto más se añade la medicina, es la llaga mayor. Se hace un maravilloso círculo, conforme al movimiento de los cielos, porque el alma no puede sinó considerar el bien que ama y todo otro pensamiento tiene por adulterino, como dicen que hace el águila á sus pollicos si no sufren la luz del sol. De esta consideracion nace siempre el deseo, y de allí el amor, porque siempre se descubren más razones de amar, y así con sus propias centellas se vuelve á abrasar el alma, de donde nace aquella hambre que no se puede saciar, sinó contigo, pan vivo que descendiste del cielo; y esto solo basta para que la vida sea aborrecible á quien sabe conocer más de lo que pasa por los sentidos. ¡Oh, celestial hermosura! ¿cuándo quitarás el velo de mis ojos y me mostrarás tu rostro, para que yo vea aquella luz inaccesible y nunca de tu presencia me aparte? Lo primero que yo ganaré con tu presencia es que yo me hallaré, porque verdaderamente ahora ando perdido, no sola-

mente cuando te ofendo, sinó áun tambien cuando te deseo buscar en el secreto de mi corazon, y le derramaré como agua ante tí á deshora. Presentándome ante tí desaparezco, sin saber cómo, y no me hallo á donde te quería buscar, sinó perdido en unas fantasías que contra mi voluntad me llevan tras sí. Cuando viniere á tu presencia apareceré, y quedará la lumbré de tu gloria para que puedas ser visto. Entónces quedará llena mi voluntad y mi deseo cumplido, y entónces cantaré himno al Señor Dios nuestro de las fuentes de Israel, cuando viendo á tí, mi Dios, beberé la abundancia de las aguas de la gloria y bienaventuranza eterna en su propia fuente. Ahora en este destierro cercado en Betulia del ejército de los asirios, que me combaten alma y cuerpo con tentaciones y dolores, conténtome con una muy poca agua, entreteniéndome con estas limitadas consolaciones tuyas, hasta que venga el tiempo que beba la abundancia copiosísima de aguas en los cuatro caudalosos rios que corren en ese paraíso de deleites. En tanto que llega este dichoso día, tan deseado de mi alma, extiende, Señor, tu misericordia, comunica conmigo algo de esos infinitos tesoros y no mires de tal manera mis males, que te olvides de tus bienes; y si yo merecí por donde me condenes, tú no perdiste por donde me salves. Hazme, Señor, gustar por afecto lo que alcanzo por entendimiento y hazme sentir por amor lo que siento por conocimiento. La carga es pesada y áspero el yugo de mi trabajosa vida; es menester que tú, clementísimo Señor, encogiendo en tí tu justicia y entendimiento, sobre mí tu infinita misericordia, alivies la carga, esfuerces mi deseo y visites mi alma con tu gracia, para que el entretenimiento de esta vida penosa sea tolerable, hasta que del todo goce de tí perpetuamente en el cielo.

MEDITACION LXXIX

Como el amor se manifiesta en las obras

Con mucha razon es comparado el amor al fuego, el cual nunca esta ocioso, ántes siempre obra en la materia dispuesta ¡Oh, fuego del santo amor, que siempre obras, donde quiera que estés, y acudes siempre que la necesidad se ofrece! Como no es posible tener fuego en el seno y no quemarse las vestiduras, así no cabe en razon, ni se compadece tener amor y ser frío en las obras. Por lo cual en los proverbios está escrito: ¿Por ventura puede el hombre esconder el fuego en su seno y que no ardan sus vestiduras, ó andar sobre las brasas y que no se quemen las plantas de sus piés? De aquellos santos cuatro animales dice el profeta Ezequiel que eran como fuego, y su vista como unas lámparas encendidas, porque ardían en el divino amor; pero no estaban quedos, mas ántes andaban delante de sus caras. De esta manera, Señor, los que hierven en el espíritu de tu santo amor no viven ociosos, ni están quedos, ántes andan por el camino de tus santos mandamientos, haciendo buenas obras y ocupándose en santos ejercicios. Mandabas, Señor, en el Levítico que ardiese siempre fuego en el altar, el cual sustentase el sacerdote, cebándole con leña, y puesto el sacrificio, que se hace por la paz, sobre él, quemase la grosura é interior del animal. Este es el fuego perpetuo, el cual nunca ha de faltar en el altar de mi corazon, y tengo de sustentarle de noche y de día y de continuo con santas obras, con buenos pensamientos, con leccion, oracion y santos y loables ejercicios, porque por ventura no venga el Esposo á la hora que no pensamos, y faltando el aceite y muerta la lámpara, seamos echados de su compañía para

siempre y oigamos aquella espantosa voz, que dirá: No os conozco. Susténtase este fuego con aceite, como el amor de Dios con buenas obras. Por amor de esto el profeta Zacarías en aquella maravillosa vision que vió con siete lámparas, vió tambien siete aceiteras, con las cuales el fuego de las lámparas era sustentado, porque no faltase; y de aquí es que Salomon con saludable consejo amonesta á cada uno de nosotros, diciendo: En todo tiempo tus vestiduras sean blancas, y nunca falte aceite de tu cabeza: conviene á saber, que nunca falte en tí el amor y ejercicio de las buenas obras; porque con este aceite, como con un sustentamiento, se aumenta y se cría la llama de tu divino amor. ¿Por ventura tú, Señor y Dios mío, siendo tan grande amador nuestro, fuiste tibio en las obras? ¡Oh! ¡con cuánto fervor nos serviste, con cuánto calor negociabas nuestra salud, y con cuánta diligencia y cuidado trataste nuestra redencion! Nunca parabas, ni descansabas, andando de una parte á otra, cercando ciudades, villas y aldeas, predicando, enseñando y confirmando tu doctrina con grandes y manifiestos milagros. Estabas predicando y curando á los enfermos y dando salud á los que tenian calenturas, la vista á los ciegos, el andar á los cojos, limpiando á los leprosos y sanando á todos los enfermos, que á tí venían de diversas partes, y despues de ser muy importunado y apretándote la multitud de los pueblos, hasta puesto el sol, cansado y molido, estabas en el monte toda la noche, velando en oracion, y aun no había amanecido cuando ya estabas en el templo para predicar y convertir á los pecadores y recibirlos á penitencia. Así madrugaste para usar de tus acostumbradas misericordias con la mujer adúltera; y contéplote, Señor, sentado en medio de los publicanos y pecadores con aquella mansedumbre y benignidad al fin más divina que humana, como les hablas dulcemente del reino de Dios y les perdonas sus pecados. ¡Oh, infatigable predicador! ¡oh, grande trabajador y solícito Redentor mío! ¿y qué hombros de gigante pudieran llevar la

carga de trabajos y sudores que por nosotros llevaste? ¿Qué hombre, aunque fuera, no de huesos y carne, sinó de acero ó de otro más recio y fuerte metal, no se acabara y deshiciera con tan grande peso? No trato ahora de tu acerbísima muerte y muy dolorosa pasión, sinó de tu trabajosa y penitente vida, de los trabajos de la predicacion y largos sermones, de aquella suma diligencia con que buscabas la salud de nuestras almas y del trabajo incomportable que por nosotros sufrías. Pues si obras son amor, digan el amor que nos tuviste, los endemoniados que curaste, los cojos que sanaste, los enfermos que diste salud, y los muertos á quien diste vida. ¿Qué mayores testimonios quieres, alma mía, del amor inefable que te tiene tu Esposo Jesucristo? ¿Qué más claro argumento del extraño y estupendo amor con que eres amada de tu buen Señor y Redentor? Obras grandes, trabajosas y penosas, y que no se pudieran tolerar, si el amor tan sin medida del que las hacía no las sustentara. Y como por todo el discurso de tu vida, clementísimo Señor, amases á los tuyos que tenías en el mundo y con tan esclarecidas obras mostrases el amor que les tenías, en el fin cuando te despedías de ellos, claramente con manifestas obras les declaraste cuan de veras los amabas dándoles tu propio cuerpo en manjar, y haciendo á tí mismo como amoroso y gran pastor, mantenimiento de tus ovejas. ¿Duermes, pues, ahora, alma mía, con estas cosas? ¿Qué dices á esto? ¿Te parece que será justo que estés ociosa y durmiendo, viendo á tu Esposo Jesucristo sudando, cansado y fatigado, y hecho pedazos por tu servicio? ¡Oh, verdadero Amador de nuestras almas, Redentor mío y dulzura de mi vida! ¿cómo no amaré á ti, mi Dios, bondad infinita y todo mi bien, y cómo no trabajaré y sudaré, sin estar un punto ocioso, y por qué no me ocuparé en obras buenas, hasta acabar la vida en tu servicio y perderla, si fuere menester, por el que la perdió por dárme la, y trabajar hasta morir por aquel que á sí mismo se deshacía por darme descanso? Aquel que con tantos traba-

jos nos amó, que dice de él un profeta que trabajó sufriendo mucho, no es razón que sea amado con vida ociosa, sino que den las obras testimonio del amor que le tenemos. Por lo cual tú, bienaventuranza mía y Salvador mío, siempre que nos encomendaste el amor trataste luego de las obras. Hablando de este tu amor santo dijiste en el Evangelio: Si me amáis, guardad mis mandamientos; y también dices otra vez: Si alguno me ama guardará mi palabra; y del amor de los próximos dijiste: Esto os mando, que os améis; y añadiste luego, tratando de las obras: Ninguno tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. Y cuando dabas doctrina del amor que hemos de tener á los enemigos, en mandándonos que los amásemos, dijiste: Haced bien á los que os aborrecen. Trajiste el fuego de amor del cielo á la tierra, y como no querías que estuviese ocioso, sino que obrase, ardiese y quemase, dijiste de esta manera: Fuego vine yo á traer á la tierra, ¿y qué quiero yo, sino que arda? No quieres, Señor, que el verdadero amante deje morir el fuego de tu divino amor en su pecho, sino que arda y se descubra, obrando y dando testimonio con santos ejercicios del amor que te tiene. ¿Por qué destruiste, Señor, la higuera, que estaba plantada en la viña, sino porque no daba fruta? Por amor de esto tu santo Apóstol San Juan nos aconseja, diciendo: Hijos, no amemos con sola palabra y lengua, sino con obra y verdad. Así tú mismo estás diciendo á una alma santa en los Cantares, enseñándole cómo quieres ser amado: Ponme por señal encima de tu corazón y por señal sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como la muerte. Hablando, Señor, del amor y de sus fuerzas, quieres que te traigamos en el corazón y en el brazo, porque el amor, no sólo ha de estar en el corazón, sino también en el brazo, manifestándolo con las obras. Quieres, Señor y Dios nuestro, que de dentro y de fuera resplandezca en nosotros tu santo amor, amándote interiormente y mostrándolo en las obras exteriores; y por amor de esto dijiste á

tus Apóstoles: En esto conocerán que sois mis discípulos, si hubiere amor entre vosotros. Las obras de fuera dan testimonio del amor de dentro, y con este testimonio y señal de amor quieres, Señor, que anden almagradas tus ovejas. Está uno desmayado, y piensan que está muerto; pero hallándole pulso, dice el médico que está vivo, y cuando no le halla pulso tiénelo por muerto. El pulso no es vida; pero da testimonio de vida, la cual consiste en tener el cuerpo dentro de sí el alma. La vida del alma es el amor de Dios, y el que éste tiene vive; pero las buenas obras, así como el pulso, dan testimonio que hay vida de amor en el alma, así es justo, Dios mío, que yo te ame y que declare el amor que tengo con obras, pues las tuyas fueron tan grande testimonio del infinito amor con que nos amaste.

MEDITACION LXXX

Como el amor de Dios da el mérito á nuestras obras

Tan noble cosa es, Señor, este tu santo y divino amor, que aunque nos mandas hacer buenas obras, ningunas de ellas, ni todas juntas, por muchas y muy grandes que sean, las aceptas para darnos por ellas gracia ni gloria si no van acompañadas de tu santo amor. Tu santo amor es el crisol donde se purifican todas nuestras obras virtuosas, las cuales tanto tienen de mérito cuanto hubiere de amor. Este es aquel siclo ó peso del santuario con el cual se pesan todas las cosas; porque así está escrito en el Levítico, donde dice que toda estimacion y todo valor se pesará con el siclo del santuario; y como se hacía en aquello figurativo, así se hace en esto verdadero. Lo mismo se hace en el santuario del cielo, donde todos los dones se pesan en el siclo del amor. Si ofrezco, Señor, á tu divina Majestad lágrimas, oraciones, ayunos, limosnas ú otra cualquier obra buena, es menester que se pese en el peso del amor; porque segun los granos que cualquier moneda tuviere de amor, tendrá el peso y mérito ante tu divino acatamiento. Tanto tendré en el cielo de gloria y honra cuanto aquí llevare lo que hiciere de amor y gracia. Medida lléna, buena y abundante me será dada en mi seno, pero ha de ser pesada con este siclo y peso del santuario donde se pesa todo lo que se ofrece. Miraré que, puesto en la balanza, no sea hallado falto y tan sin peso, que perezca; y por amor de eso es bien que procure ahora mucho y con todas mis fuerzas en esta vida mortal no carecer de este tesoro y peso de amor. Mira, pues, alma mía, que no carezcas de esta perla preciosa y sobrepujante margarita, y que vendas todo cuanto tienes por comprarla, y que ames cada día más y

más, y en eso siempre te confirmes; porque vano y ocioso es todo el tiempo que en esto no se gasta, y vana y sin fruto es toda la obra que á esto no se endereza. Eres, Señor, tan liberal y tan bueno, que ninguna cosa recibes de nuestra mano sin que te ofrezcamos primero nuestro amor y voluntad. Buena obra hacían aquellos doscientos cincuenta varones que ofrecían incienso en el tabernáculo; pero salió y quemólos á todos, porque no tenían tu santo amor, sin el cual no aceptas nuestras obras. Todas las virtudes y cuantos bienes hacemos son de pequeño mérito sin la caridad y amor tuyo. El carmesí ningun color recibe si no se engrana primero; y así las virtudes no reciben color de mérito eterno si no se engranan con la caridad. Por amor de esto mandabas que los sacrificios que se habían de sacrificar pasasen por fuego. ¿Qué quieres de todos estos mis pequeños servicios, sinó que vayan mis obras y todo lo que hago, acompañado de tu santo amor? ¿Qué hiciste tú por mí, que no viniese echando de sí fuego y ardentísimas llamas de amor? Así quieres que todo sacrificio que te ofreciere y todas las buenas obras que hiciere vayan llenas de tu santo amor, para que sean á tu divina Majestad aceptas. Por amor de esto aceptaste el sacrificio de Abel y no el de Caín; porque el uno ofreció con amor, y no el otro. Lloró Esaú y lloró la Magdalena; y las lágrimas de la Magdalena fueron aceptas y las de Esaú reprobadas, porque amaba la verdadera penitente; y las lágrimas y arrepentimiento de Esaú estaban sin tu divino amor. ¿Qué aprovechan los mares de lágrimas, los encendidos deseos, los ardientes suspiros y el muy intenso dolor y grande arrepentimiento, sin este tu santo amor? La vida es trabajosa, cercado ando de dolores, rodeado de enfermedades y de muchas cosas que me dan enojo y molestia, y el hombre nacido de mujer es lleno de muchas miserias. Pues el trabajo no se excusa y la pena no puede nadie evitar, por muy alto y próspero estado que tenga, ¿por qué, Dios mío, seré yo tan imprudente y mal avisado, que estos males, que

así como así tengo de pasar, sin poder de ellos huir, no los aprovecharé amándote, pues podría, mezclándolos con tu santo amor, merecer con ellos el cielo y alcanzar la bienaventuranza? ¡Oh! ¡cuán locos son, Señor, los que no te aman, y cuán perdidos y desatinados andan los que dejando tu santo amor, traen la salvacion en balanza y la vida en continuo tormento y pena! Locura es no aprovechar el tiempo, no dar vida á los trabajos de esta vida esmaltándolos con tu divino amor, haciendo la vida sabrosa y meritorios sus trabajos de vida eterna, cuando viviendo en caridad son por amor de tí alegremente sufridos. Gracias te doy infinitas, Señor, pues por tan breves trabajos y pequeñas obras nuestras tienes por bien darnos tu gloria, y porque la compremos más barata quieres que te amemos, porque más dulcemente vivamos. Deseas para nosotros todo bien y no quieres premiar con bienes eternos, sinó las obras hechas en amor y caridad, porque por este camino nos traigas á tu divino amor y así vivamos aquí vida jocunda y entremos despues en la vida gloriosa. Así como la tierra es de sí estéril y no da fruto, si no es ayudada de las influencias celestiales, de esta manera la esterilidad de nuestra alma es causa que ninguna obra suya, por buena que sea, pueda dar fruto, si no fuere hecha en gracia y amor tuyo. Hay unas peras de invierno que no se pueden comer si no se asan primero al fuego. No comes, Señor, nuestras obras, ni las aceptas, por buenas que sean, para hecho de premiarlas con gloria perdurable, si no fueren asadas con el fuego de tu divino amor. El amor es el que da sabor á todo cuanto hacemos, y el amor da el valor y precio á nuestras buenas obras; porque no solamente, Señor, este tu santo amor es en sí precioso, mas es el precio de todas las otras cosas. ¿Qué es la ciencia, qué es la elocuencia, qué es el rezar, ni la limosna y ayuno, ni otra cualquier cosa, por grande que parezca, sin el amor? El Apóstol por nada tiene la fe, aunque traspase los montes, ni las lenguas de los ángeles, ni hombres, ni el mar-

tirio, ni el dar todos los bienes á los pobres, sin la caridad. Más agradable y graciosa te fué la pobre ofrenda de la viuda que los ricos dones que te ofrecieron los poderosos en el templo; porque tú, Señor, no miras al cuánto, sinó de cuánto: no miras á la hacienda, sinó á la voluntad; y no miras cuánto damos, sinó con cuánto amor lo damos. Por amor de lo cual tu santo Apóstol dice: Haced todas vuestras obras en caridad. Este es el artificio que tienes en tratar con los hombres que más estimas y pesas la voluntad y principio de donde mana la obra que la misma obra. Aunque yo quiera comprar en las tiendas, no hallaré cosa que busque, por un poco de cobre que diere; pero si pusiere en él las armas del rey, y fuere moneda corriente, compraré lo que quisiere. Son nuestras obras de tan bajo metal, que no teniendo las armas reales de tu divina gracia, no hallaré sinó poco, pues no mereceré con ellas sinó bienes temporales; pero si en ellas estuvieren esculpidas las armas del Rey celestial, que son gracia, y tu santo y divino amor, podré merecer vida eterna. ¡Oh, inestimable don del amor! ¡Oh, precioso tesoro y soberano bien, pues tanto vale y puede que no sólo en sí mismo es bien sobre todo bien y vale lo que no tiene precio, pero da el valor y precio á todas las otras cosas! Por este somos hechos celestiales, de terrenos y viles que somos, y por él nuestras obras bajas y pequeñas suben al cielo y entran en el acatamiento divino.

MEDITACION LXXXI

Del fin del verdadero amor de Dios

Como el fin, aunque sea postrero en la ejecucion, es el primero en la intencion, así el amor, que, como dice tu santo Apóstol, es el fin de todos los preceptos, ha de ser el que ha de ir delante en todo lo que yo, Dios mío, hiciere por amor de tí. El fin da el sér á cualquier cosa, y tales serán mis obras qual fuere el fin último é intencion que tuviere en obrarlas. Tú, Señor nuestro, eres el que dices: Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será claro, y si tu ojo fuere malo será el cuerpo lleno de tinieblas. No quisiste en este significar otra cosa, sinó enseñarnos que el fin y buena intencion de la obra es la que la hace buena ó mala, cuando la tal voluntad y buena intencion va regulada por tu santa ley.

El fin último y perfecto que ha de tener mi amor no ha de ser otro, ni será otro para siempre, sinó sola tu bondad infinita. Voluntariamente te sacrificaré, Señor, y confesaré tu nombre, porque eres bueno. ¿Por ventura confesaré tu nombre y te alabaré porque das dineros ó nos haces ricos? No; sinó porque eres bueno. Amamos á uno porque es bueno y virtuoso, que la misma justicia nos obliga á hacer virtud; ó por mejor decir, la virtud nos obliga á hacer justicia y tenerle amor, ó porque nos ama, ó porque esperamos de él algun bien provechoso. Y si cualquiera de estas cosas basta para amar á uno, ¿cuánto más debo amar á tí, mi Dios, en quien concurren todas las causas de amor? Si tengo atencion á virtudes y bondad, ¿quién más digno de ser amado que tú? ¿Quién tan perfecto como Aquel de quien procede toda perfeccion? ¿Quién tan bueno como el que es suma

bondad? Verdaderamente, Señor, aunque no hubieras padecido por nosotros, ni nos hubieras criado ni hecho algun bien, sólo por quien eres te debemos amar; porque el amor es una natural inclinacion que tenemos al bien; y así cuanto la cosa es más buena tanto es más digna de ser amada. Pues ¿qué cosa más buena ni más digna de ser amada que tú, mi Dios? ¿Qué cosa buena puedo yo amar, que no la haya en tí en grado eminente? ¿Qué cosa más bella y de mayor perfeccion puedes amar, alma mía, que á tu Dios? Dilata, pues, los senos de tu corazon, y extiende tu deseo cuanto quisieres y cuanto pudieres, que toda la hartura está en Él. A Él solo debes amar, por ser sumo bien y bondad infinita; por lo cual, si pecaste, más te debes arrepentir porque con tus pecados ofendiste á Dios que por la gloria que perdiste pecando, y que por las penas del infierno á que te obligaste. Si amas á Dios más que á tí, más debes sentir la ofensa, que es contra Dios, que el daño, que es contra tí. Saul y David pecaron, y ambos fueron reprendidos por dos profetas y lloraron sus culpas, y David fué perdonado, y Saúl no porque el uno lloraba por haber ofendido á Dios y el otro por haber perdido el reino. Si haces buenas obras, todo tu estudio sea procurar agradar y contentar á sólo tu Dios y Señor, y trabajar por darle contento, y porque Él lo manda y se sirve de ello, sin pretender tu interes ó propio provecho. No busques á tí misma; mas busca á Dios en todas tus cosas, y á Él solo has de traer delante de tus ojos, segun aquello que Él mismo dice: Ponme por blanco en tu corazon. Sinchen y su padre Emor recibieron la circuncision, despreciando la idolatría; y aunque esto era bueno, tuvo mal suceso, porque no se movieron por Dios, sinó por codicia de poseer los bienes de la casa de Jacob, como se declararon cuando dijeron á su pueblo: Si circuncidamos á nuestros hijos será nuestra su hacienda y sus ganados y todo cuanto tiene. ¿Qué aprovechó, Señor, el servicio que éstos te hicieron, pues no te dieron su amor? ¿Qué damos, aunque demos cuanto te-

nemos, si no damos nuestro amor? Todos los dones nacen del amor; y cuando damos nuestro amor damos todo lo que somos, y á quien el amor no damos ninguna cosa damos. El primer don es el amor; y ninguno nos dió jamas alguna cosa por amor sin darnos primero su amor. Y cuando tú, Señor y Dios nuestro, comenzaste despues de tu ascension gloriosa á alumbrar á tu Iglesia con tantas gracias y beneficios, lo primero que hiciste fué enviar el Espíritu Santo, el cual no es otra cosa sinó amor. No quieres, Señor, que te volvamos las gracias que tú nos diste; pero quieres que te volvamos el amor, amándote, pues nos amaste, y dando amor por amor; y si eres todo amor y debemos ser á tí semejantes, hemos de ser hijos y no siervos. ¿Cómo podemos ser á tí semejantes, y cómo podemos ser hijos tuyos sin amor? En otro tiempo querías ser temido, porque aquellos corazones de siervos no se podían levantar á tanta generosidad de ánimo que te amasen, lo cual es propio de ánimos nobles y corazones generosos. No somos hijos de la sierva, sinó de la libre, la cual libertad nos dió Cristo. Levantemos, levantemos nuestros corazones como libres é hidalgos, para que amemos á nuestro Librador y Redentor, pues nos sacó de la servidumbre del pecado y cárcel tenebrosa, y nos trajo á su admirable luz. No puedo vivir sin amor; y así es necesario que yo ame á mí mismo, ú otra cosa que no sea yo. En mí no hay cosa buena si no está Dios en mí: y fuera de mí ninguna cosa es digna de mi amor; y sobre mí no hay sinó Dios, cuya imágen y semejanza soy. Muy frío es el que no se calienta; muy duro el que no se entiernece, y muy ingrato el que no da lugar á tu santo amor. El espíritu del hombre nos hace ser hombres, y el espíritu de Cristo nos hace cristianos. ¿Y cuál es el espíritu de Cristo, sinó el Espíritu Santo? ¿Y qué es el Espíritu Santo, sinó amor? No tienes, Señor y Dios nuestro, necesidad de nuestros sacrificios, ayunos ni limosnas. Amor pides, amor quieres; y aunque tampoco tienes necesidad de nuestro amor, quieres que te

lo demos, y con él te contentas, y no aceptas los servicios que te hacemos si no van esmaltados con amor. ¡Oh, dulce Jesús! ¡Oh, dulce Amor! haz que yo guste con amor de lo que gusto por entendimiento. Conozco, Señor, con cuán ardiente é inflamada caridad te debo amar, pero soy tibio para amarte. Soy todo tuyo por deuda y obligacion; haz que tambien sea tuyo de esta manera por amor, para que no ame á otro sinó á tí, ni piense en otra cosa sinó en tí, no desee otra cosa sinó á tí, no se enderece el ojo de mi intencion sinó en tí, ni sirva á otro con el cuerpo ni con el alma sinó á tí. Ante tí está, Señor, mi corazon y trabaja por ponerse en tus manos; y esto no puede hacer por sí solo; haz tú que puedes lo que él solo no puede, y admíteme en el amado seno de tu amor. Yo te busco y llamo; y pues tú haces que yo te busque, haz tambien que te halle. Tú me das la gracia, para que te busque y ruegue; concédeme lo que te ruego. Tú moviste mi mano, para que yo llamase á las puertas de tu misericordia; no permitas que esté fuera de tu amor, del cual está pendiente mi vida. El es vida de mi alma, y el que da el mérito y valor á todo lo que hago, sustenta mi alma y es dulce manjar de ella, y la guía y encamina para que llegue á la bienaventuranza eterna. El me lleva á tí, y me muestra el fin último y verdadero bien que debo para siempre amar, y la intencion que he de tener en todas mis obras. ¿Cuántos hubo que hicieron muy grandes cosas, y despues de muchos trabajos y gastos no hallaron nada? El Apóstol San Pedro dijo: Por toda la noche trabajando, ninguna cosa tomamos; pero en tu nombre, Señor, echaré las redes en el mar; y como esto hiciese, sacó grande multitud de peces. Todas mis obras irán, Señor, reguladas y registradas por la ley de tu santo amor, y por tí solo, pues en tí vivimos y nos movemos y somos. Esto es lo que tu santo Apóstol dice: Si coméis ó si bebéis, ó hacéis otra cualquier cosa, haced todo esto á honra y gloria de Dios. Y en otro lugar dice: Todo lo que hiciéredes sea en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando siempre gracias á Dios.

MEDITACION LXXXII

Como el amor de Dios es muy provechoso.

Si no quieres, alma mía, amar á tu Dios, porque es Dios, ámale siquiera por tí. Porque ¿qué cosa hay más provechosa que el amor de tu Dios, con el cual aquí y en el otro mundo vive bienaventurada vida todo amante? A los que aman á Dios (dice la Escritura) todas las cosas les salen bien. Mira el buen suceso que tuvo José en Egipto, al cual, despues de ser vendido de sus hermanos, y falsamente acusado de su señora, infamado y encarcelado, sacó Dios con mucha honra para ser señor de aquel reino. Hizo la casta Susana lo que debía como amiga de Dios; y aunque condenada del mundo á cruel muerte, cuando parecía que su inocencia quedaba del todo oprimida y perdida su vida y honra, sin esperanza del remedio, vino el socorro y favor divino, y sucedióle tan bien, que ganó vida honrosa y perpetua fama y gloria. Lo mismo leemos en las divinas Letras haber acaecido á los mozos que Nabucodonosor echó en el horno de fuego en Babilonia, y á Daniel puesto en el lago de los leones; á los cuales, con otros muchos que dejó el amor que tuvieron á su Dios, libró de los peligros y les sucedió bien en todas sus cosas. Los pastores, que amaban á Dios, y deseaban ver al Verbo divino humanado, viniendo á Belen en la noche del nacimiento del Señor, hallaron lo que deseaban y les fué dicho por el ángel, y todo lo que querían, muy á su gusto y placer; porque entiendas y veas claramente como á los que aman á Dios todas las cosas suceden en bien; y aun, si lícito es decirse, hasta los mismos pecados suelen á los enemigos de Dios servir de aviso para adelante, pues levantándose de ellos por verdadera penitencia, son des-

pues más humildes, fervientes, cautos, recatados y más prudentes. Más humildes y santos fueron David, San Pedro y San Pablo después que pecaron que antes que cayesen en pecados; el cual bien tampoco se ha de atribuir á cosa tan mala como la culpa, sinó á la bondad y gracia divina, que saca bienes de nuestros males.

No permitiría Dios los males en el mundo, si no juzgase sacar de ellos muchos bienes; ni se hace cosa en el mundo que no traiga algun provecho al bien universal: y así todos los bienes y males, así propios como ajenos, se convierten en bien á los buenos; mas á los que no aman á Dios, aunque parezca tener algunas virtudes, por el contrario, se les convierte en mal y los despeña en el infierno. Ensoberbeciéndose en las virtudes, se levantan en alto, para que más ligeramente sean despeñados, segun aquello que está escrito: Bajaste á los que se levantaron. Y otra vez dice: Porque levantándome me heriste. A los que aman á Dios todo el mundo parece que se les ríe: toda criatura les obedece y son grandes señores de todo, porque sujetándose ellos al Señor de todos, de todo se hacen señores; mas á los malos y menospreciadores de la divinidad parece que toda naturaleza los persigue y toda criatura los aborrece. Nunca les falta un temor, nunca un trabajo; siempre están con recelo, siempre en mil sobresaltos; porque donde quiera la criatura se enfurece contra los malos en venganza de su Criador, como está escrito: Peleará por Él la redondez de la tierra contra los insensatos. ¿Y quién más sin seso que aquel que puede, amando, poseer todas las cosas, y las pierde todas no amando? Si la amistad del rey es cosa tan noble que ninguno hay que no la estime en mucho y se honre de ella, ¿cuánto es cosa más prestante la amistad de tí, mi Dios y Señor? ¿Cuánto de mayor estimacion y excelencia es ser el hombre tu amigo? Pues en mi mano está alcanzar esta amistad, la cual conseguiré amándote. De esta amistad se sigue mucha honra para mí, conforme á aquello que está escrito en el sal-

mo: Muy honrados son, Señor, tus amigos. Pues si esto es así, ¿qué es la causa, alma mía, que tan de asiento y de propósito andas apacentando tu corazón en el amor de las criaturas, mendigando en ellas unas gotillas de agua turbia y desabrida, que más te provoca y enciende la sed y desechas la limpia y abundante fuente de todos los bienes, en la cual sola se puede matar tu sed? ¿Qué cosa puedes desear que no la halles muy enteramente en tu Dios? Si te deleita el saber, sapientísimo es, porque su sabiduría no tiene número. Si la hermosura, hermosísimo es, porque hermoso es más que los hijos de los hombres. Si el poder y fortaleza, fuerte es y poderoso, porque es señor fuerte y poderoso, Señor fuerte en las batallas. Si deleites y placeres, sus deleites están á la mano derecha hasta el fin. Si hartura, serán embriagados con la abundancia de su casa. ¿Pues cómo, sabiendo yo que esto y mucho más hay en tí, mi Dios, y que todos estos bienes alcanzamos amándote, ando perdido y desalado tras la miseria de las criaturas? Como la cera blanda recibe en sí la figura del sello que imprimen en ella, así mi alma, aplicándose á tí, mi Dios, por amor, recibe en sí la forma de tu hermosura. Y como ninguna hermosura sea mayor que la suma hermosura, ni le falte alguna condición de hermosura, por lo cual el alma, levantada por amor á la suprema hermosura, no carecerá de hermosura superior á ella y toda otra hermosura resplandecerá muy poco delante de ella. ¿Quién dirá, Señor, los provechos y bienes que alcanza mi alma llegándose á tí por amor? Participa y goza de los infinitos tesoros que hay en tu divina Majestad: comunicando tu infinita bondad, das riquezas inestimables á quien te ama. Hace el amor que participemos de tu infinita sabiduría; porque el amor es conocimiento de la misma sabiduría divina. No sé por qué trabajamos tanto y nos fatigamos cada día por cosas que son nada, como podamos poseer al Criador de todo y tener con Él todas las cosas. ¿Pues qué buscamos ahora y queremos? Si yo puedo con tanta faci-

lidad poseer á todo el bien, ¿por qué busco con trabajos cosas llenas de calamidades y miserias? ¡Oh, Señor y Dios mío! ¿Qué hago yo sinó injuriarte, dándome tú á tí mismo tan liberalmente? Ningun bien te se acrecienta por estar con nosotros: y así nos amas, que estar con nosotros dices que son tus deleites. ¿Por qué, Señor, me amas tanto, que te das á tí mismo de mejor gana á mí que ninguna otra cosa que te pido? No sabes dar poco; y por darnos todos los bienes contigo, te nos das á nosotros; y para hacernos tanta merced quieres que te amemos. Sólo el amor es nuestra posesion; y á quien damos nuestro amor, damos todo lo que poseemos; y si éste perdemos, es cosa clara que perdemos cuando tenemos; y entónces perdemos nuestro amor cuanto le damos á quien no le habíamos de dar. Y pues todo nuestro bien ó mal es nuestro amor bueno ó malo, síguese que la virtud es otra cosa sinó un buen amor, y el vicio ó pecado no es otra cosa sinó mal amor. Aquel es virtuoso cuyo amor fuere bueno; y vicioso ó malo aquel cuyo amor fuere malo. Si una vez yo conociere como todo mi bien consiste en el verdadero y buen amor, teniendo de éste entera noticia, conoceré luégo cuál es todo mi bien y cuál es todo mi mal. Este es mi único bien y mi precioso tesoro, el cual no debo yo dar sinó á quien es todo mi bien y gloria mía. ¡Oh! ¡cuánto bien hago á mí mismo, y cuán provechoso es para mí amar á tí, mi Dios, pues por amor te poseo, y poseyéndote, gozo contigo de infinitos bienes y riquezas sin cuento!

MEDITACION LXXXIII

Como Dios nos llama para que le amemos

Siendo tú, mi Dios y Señor, la suma bondad y perfeccion infinita, Hacedor y conservador de todas las cosas y lleno de deleites y riquezas, ¿qué es esto, que andas entre las mismas criaturas que criaste, buscando alguno que te ame, y apenas le hallas? Tú eres, Señor, el que dices en el Evangelio: Si hay alguno que me ame, guarde mi palabra. ¿Cómo es esto, Dios mío, y qué quiere decir que digas: si hay alguno que te ame? ¿Es posible que siendo quien eres haya alguno que no te ame? ¡Oh! ¡qué lástima tan grande! ¡Oh! ¡qué confusion y vergüenza la nuestra, que anda Dios buscando uno que le ame y aún casi no le halla! ¡Oh, gentes ciegas y perdidas! ¿Y de cuántos hay entre vosotros, que amáis la carne y el mundo y á vosotros mismos, no habrá alguno que, volviendo las espaldas á tan grandes abominaciones y cosas dignas de sumo aborrecimiento, ame al sumo Bien y Bondad infinita de nuestro Dios? El que es infinitamente bueno y por el mismo caso infinitamente atractivo, y en el mismo grado digno de ser amado, halla tan pocos que le amen, que en número singular dice, si por ventura hay alguno que le ame. Y viendo, Señor mío y todo mi bien, que mostrándote quien eres á todos los hombres en las obras de tus manos, no basta para atraer á tu amor su rebelde y obstinado corazon, sinó que les haces muchos bienes y les prometes bienaventuranza eterna, porque te amen; y con todo esto ninguno quiere ni aún mirarte, porque los míseros mortales determinaron bajar sus ojos á la tierra. Veo que en los Cantares estás rogando á tu criatura y la provocas y la incitas á tu amor, diciendo: Abreme, amiga mía,

paloma mía, inmaculada mía y por todas maneras mía, ábreme; y si no quieres abrirme por mí, á lo ménos ábreme por tí, porque mi cabeza está llena de rocío: mi divinidad está llena de toda suavidad y dulzura; pues ábreme luégo y cenaré contigo, y no á costa tuya, porque yo de mi hacienda haré todo el gasto y te pondré delante manjares suavísimos y muy deleitables. Y el alma ingrata con todo esto respondió con indignacion desde la cama, diciendo: Heme desnudado de mi vestidura y tengo ahora de volverla á vestir. Lavé mis piés; ¿cómo los tornaré á ensuciar? ¡Oh, ingrata! ¡Oh, mísera y ciega! ¿Así respondes á tu amado y á tu Dios? ¿Así menosprecias á tu Criador y amador tuyo? Abre, misérrima, que no te ensuciarás, mas antes te lavarás: no trabajarás, ántes descansarás; no serás inquieta, ántes te alegrarás. No la dejó el piísimo Amador suyo en su dureza, mas ántes metió su mano; y así la que primero había despreciado la voz á su llamamiento se le movieron las entrañas, y vencida y sobrepujada de la fortaleza de aquel tocamiento, se levantó congojosa para abrir á su Amado; mas Él ya se había ido y desaparecido: y con mucha razon, pues que loca y protervamente, y con tanta indignacion, lo había ella ántes menospreciado. Y la veréis ir á la infeliz discurriendo por las calles y por las plazas, voceando, llorando y conjurando á las hijas de Sion, que si hallaren á su amado que le denuncien y digan su amor. Búscales, y no le halla: llámale y ninguno la abre. Llámale, y no hay quien la responda: por lo cual toda llorosa se derrite y deshace de amor, y enferma justamente, recibiendo en sí la venganza de su dureza, para que así como menospreció al que la buscaba, ahora ella, que buscaba, sea menospreciada; la que no tuvo sea tenida en nada.

Así lo acostumbras hacer, Señor y Dios nuestro; porque tocas para que seas conocido, y huyes para que seas buscado. Llamas y te escondes: provocas y te vas: convidas y te apartas, no ménos piadoso cuando te vas, que cuando vienes. ¿Por

ventura no vemos por experiencia acontecer esto muchas veces, cuando sigues á uno mucho tiempo con inspiraciones, mercedes, tribulaciones y enfermedades, para despertarle á tu amor, y que despreciando el mundo te siga, el cual, finalmente vencido por tí, deja el mundo y cuanto tiene, y te sigue? Entónces, cuando más eres buscado y con mayores deseos, te escondes de él y dejas al que mucho te ama, y tienes por bien de no ir al que en pos de tí vocea. Mas no quieras cesar, alma mía; no quieras cesar ni desfallecer, ni desmayes. Cerca la ciudad; conjura á las hijas de Jerusalem; solicita á los ciudadanos; pregunta á las guardas, que ellas te saldrán al encuentro, ellas te ayudarán á que llegues presto, porque puedas correr, y te despojarán de tu vieja vestidura, y como los hubieres pasado un poco, sin duda ninguna hallarás al que desea tu corazón. Pásalos y no te detengas en ellos, porque no te ayudarán, ántes te estorbarán. Entónces te alegrarás y gozarás: entónces te gloriarás de todo el trabajo pasado: entónces quitarás de tí toda tristeza y gozarás de tu deseado bien y esposo tuyo en la gloria celestial. Gozarás de la fuente perenne de la dulzura, que mana del abismo de las consolaciones celestiales, que refresca y recrea el corazón abrasado y encendido en amor. ¡Oh! ¡cuán grande es, Señor Dios mío, la multitud de tu dulzura, la cual escondiste á los que te aman! Escondístela, porque la guardaste, y no porque la escondiste. Escondístela, cuando más la multiplicaste. Suele buscarse lo que se esconde con más diligencia, y hallado, amarse más fuertemente. Los deseos que tú dilatas no se disminuyen, mas ántes se acrecientan. Tu amor no es transitorio, sinó eterno. Los que te aman no estan tibios, sinó fervientes. No está tu amor ocioso: tu memoria es más dulce que la miel; y pensar en tí, más suave es que todo manjar. Hablar de tí es refeccion cumplida: conocerte, consolacion perfecta: llegarse á tí, vida eterna: y apartarse de tí, muerte perpétua. Fuente viva á los que tienen sed de tí y manjar que nunca falta á los que tienen

hambre de tí: gloria á los que te buscan, y gozo á los que te hallan. Tu olor resucita á los muertos: tu vista sana á los enfermos: tu luz expelle toda tiniebla: y tu visitacion desecha toda tristeza. Dios mío, gloria mía, escondes tu tesoro, para incitar al codicioso: guardas la perla, por acrecentar el amor del que la busca: dilatas el darla por enseñar á pedirla: haces que no oyes al que la pide, porque persevere. Así te escondías de tu devota discípula Santa María Magdalena, cuando te buscaba entre los muertos estando vivo, porque perseverase buscándote; y porque perseveró esperando y con esperanza perseveró, mereció hallarte y verte resucitado. ¡Bienaventurada vista tan gozosa y alegre! ¡Oh, sumo gozo y alegría consumada, deseable rostro y vista jocunda! ¡Oh, esperanza y dichosa perseverancia! Si no esperara, no perseverara; y si no perseverara, no alcanzara el fruto de la esperanza. Pues así, Dios mío y esperanza mía, te escondes á los que te temen que puedas ser hallado de los que esperan en tí; y así te apartas de los que te buscan, que te llegas á los que perseveran. Escrito está: Perecerán los que se apartan de tí; pero los que esperan en tí no serán confundidos. Los que te temen, esperen en tí, porque tú eres su protector y ayudador de ellos. Por el temor se viene al amor. Has de ser temido como Señor y amado como Padre. Tu temor santo permanece por todos los siglos, porque hace permanecer á los Santos que posee. Ninguna cosa falta á los que te temen, porque tus ojos están sobre ellos y tus oídos en sus ruegos. Misericordia mía, refugio mío, recibidor mío y librador mío, ponme así tu santo temor, que no me niegues tu amor: escóndete así de mí, que acrecientes mi deseo y hazme así participante de los que te temen y guardan tus mandamientos, que por la servidumbre del temor venga á la alteza de tu divino amor, de manera que arda mi corazón perpetuamente en el fuego de perpetuo amor.

MEDITACION LXXXIV

Como el amor nos lleva á Dios

El amor es fuego que enciende y abrasa mi alma; y así en la sequedad y sed que tengo de tí, mi Dios, que eres (como dice el salmista) fuente de aguas vivas, te buscará mi corazón con ardientes deseos. Tengo sed, porque la prolijidad del tiempo no falta aquí; sí la pasión, si tal nombre puede convenir á tan razonable pena. Otros trabajos el tiempo los ablanda y cura; pero este cada día es mayor; porque naturalmente ardiendo mi alma en tu divino amor no sosiega ni descansa hasta ver al amado fuera del velo de la carne, que impide esa noble y gloriosa vista. No daré descanso á mi corazón, ni entrará alegría en él, hasta que, libre de la cárcel de este cuerpo, llegue el amor á su centro por clara y beatífica visión. El movimiento natural más ligero es en el fin que en el principio; y así todas las cosas naturales cuanto con su movimiento más se llegan á su término, llevan mayor priesa, como vemos en la piedra que cae de lo alto: y así el alma que á tí camina con amoroso deseo, cuanto más á ti se llega más querría caminar, y con la congoja del camino crece el deseo y sed que tiene de tí: de manera que cuanto la sed de tí es más antigua, es más crecida. Por lo cual, para mejor muestra de mi pena, digo que tuve sed y deseo de tí, no para dar á entender que ha pasado, porque quien una vez te deseó, si no perdiere el tino y gusto, nunca perderá el deseo; porque es tan sabrosa el agua de esta fuente, que con dar hartura, no mata la sed, segun lo que dice tu Sabiduría: Los que me beben tendrán sed otra vez; y siendo el deseo cumplido, hallo que siempre desee no tener otra cosa nueva, sinó con-

servar lo que cada día es nuevo á quien lo posee. No hiciera mucho el alma, si solamente deseara á tí, porque todas las cosas convertiste á tí; y de tal manera, que muchas veces, sin saber lo que hacen, te saben buscar y todo su apetito emplean en parecerte en algo, porque no tienen más sér de aquello en que tú quisiste que te pareciesen; mas el alma racional y enseñada por tí va á tí como á sumo bien, y conoce que eres su principio, su término y fin. Las aguas, que salen del mar, nunca paran hasta que se vuelven á juntar á su principio, segun aquello que está escrito: Todos los ríos entran en el mar y el mar no crece. Vuelven los ríos al lugar de donde salen, para que corran otra vez. Tambien la centella de fuego sube á lo alto y no para, buscando su esfera. Mi alma, que de tu infinito poder tiene vida, no puede parar hasta que llegue á la fuente viva; y esto es lo que mi alma desea gozar de tí y de tu santo amor, como fuente de aguas vivas, que de tí procede. Desear beber de aquel caudaloso y resplandeciente río, como cristal, que procede del trono de Dios y del cordero. Desea hartarse de aquel pan que da vida eterna al que le come, y gozar del amado en la carta de su Madre, pues no hay otra bienaventuranza si no conoce á tí, Dios verdadero, y á tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como Él mismo lo dice hablando contigo: Esta es la vida eterna, que te conozcan á tí solo, Dios verdadero, y á Jesucristo, que tú enviaste. ¿Pues cuánto más es amarte que conocerte? Mejor es el fin que los medios y cosas ordenadas para el fin. El fin del precepto es la caridad de corazon puro, de buena conciencia y de fe no fingida. Pues si es bienaventuranza conocerte por fe, ¿cuánto mayor bienaventuranza y gloria será, Señor mío, amarte? ¡Oh! ¡si tras el conocimiento se arrojase sin un punto detenerse mi voluntad en ese horno encendido de fuego de amor, para que siempre, sin nunca cesar, ardiese mi alma en llamas de fino amor! ¡Oh, Señor! y si como le es comun al entendimiento creer que eres solo el Autor de los bienes, así tambien se le

comunicase á voluntad algun pequeño gusto de los regalos, ¡cuán solos se quedarían los falsos placeres, que el mundo ofrece! ¡Oh! ¡cuán pocos serían engañados de las caricias y fingidos halagos y blanduras de Dálida, y cuán pocos dormirían sueño tan propincuo á la muerte eterna del infierno, durmiendo descuidados del peligro en que viven,* no ménos de lo que estaba el capitan Sisara, por haber bebido la leche dulce que le dió Jael, la cual hizo que, adormecidos sus sentidos, con arrebatada muerte acabase miserablemente su vida! ¡Oh! ¡á cuán pocos engañaría aquella mujer del Apocalípsis con su copa de oro, que con una engañosa dulzura les da á beber ponzoña y lleva á tantos tras sí las bocas abiertas! Si una gota de agua de esta fuente viva de tí, mi Dios, tocase la lengua, para que se pudiese gustar tu suavidad (porque saber ahora no se permite), no era menester más para tener por acíbar todo lo que á tí no sabe y por más amargo que hiel todo lo que tiene resabio del mundo y sabor y algun rastro de carne y sangre.

Todos tienen deseo y sed de tí, y buscan agua con que sosegarla; y así, porque todos aman sus contentos, te buscan aún los mundanos que no te quieren, porque aquello tras que andan no tiene otra razon para no ser dejado sinó alguna sombra de tu bondad que tú pusiste en ello, no para que por ella te dejasen, sinó para que fueses por ella más conocido. La diferencia es grande, porque los tuyos buscan las aguas tuyas en la fuente viva; y los ajenos se ceban del agua turbia de las lagunas rotas, que tan presto la pierden; como te quejas de esto por tu profeta Jeremías: ¿Qué es la causa de salir de un principio fines tan diversos, sinó que los tuyos han probado las aguas de Siloe, que corren por secretas venas del monte Sion, y al pié de él destiladas, las cuales, aunque no bastan para saciar, bastan para gustar cuán suave es el Señor, y aún para que, lavándonos en esta fuente, y tocando estas aguas, se abran nuestros ojos en el conocimiento divino, conociendo tu bondad y gloria, como se abrieron los ojos del

que nació ciego? Allá en la cumbre beben los escogidos en abundancia y te conocen claramente, y no te ven por sombras, sinó rostro á rostro, y ponen la boca á la fuente; pero acá apénas se sufre bañarla; pero queda la lengua tan sabrosa de su dulzura, que la sed que de nuevo cobra de tí hace olvidar la sed que algun tiempo había, y parece que por experiencia conoce lo que tu Hijo enseñaba á la samaritana: Quien bebiere del agua que yo le daré no tendrá más sed. Entiéndese que no tendrá más sed que la que ántes tenía, porque el gusto del bien verdadero echa fuera á los falsos sabores de las aguas mundanas; mas no perderá la sed, sinó mudará la causa del deseo, y por ser mejor empleado crecerá más y más. ¡Oh, fuente de agua viva! ¿Y cuáles son aquellos bienes que se hallan en tí? Mas ¿qué pregunto yo, Señor? Que si yo acá los pudiese saber, no serían tantos como yo pienso. Eres fuente que de nadie recibes y á todos largamente das, como á tu magnificencia conviene; y viva, porque nunca tus tesoros se acaban, por mucho que á otros enriquezcas. Tienes aguas de vida, para hacer inmortal á quien á tí llegare; agua de sabiduría eterna, para alumbrar al entendimiento que te bebiere; aguas de inefables deleites, para saciar la voluntad que contigo se abrazare, y aguas de amor infinito, para encender nuestros corazones con tu soberana caridad y glorificar más almas en el cielo. Este tu santo amor es el que me lleva á tí, fuente de aguas vivas, y es mi alma incitada y movida, para que vaya á su centro donde huelgue para siempre, descanse contigo, sin nunca poder ser apartada de su amado Esposo. En caridad perpetua me trajiste, teniendo de mí misericordia.

MEDITACION LXXXV

Como el divino amor despierta nuestra memoria

Pues no puedo huir de mí ni dejarme del todo, tendré por remedio, en tanto que esta peregrinacion durare, el acordarme de tí. Si me olvidare de tí, olvídense de mí mi mano derecha, y péguese mi lengua al paladar, si de tí no me acordare. Todo el daño que recibo de la consideracion de mis males se repara con la memoria de tu grande bondad y nobleza. De tu memoria se dice, muy mejor que de la memoria del rey Josías, que será dulce en la boca como miel, y tan sabrosa como la música en el alegre convite, porque no hay sabor que á este llegue. Causa tal dulzura tu memoria, que con ella puedo tragar la amargura de mis males; porque si me veo flaco acuérdomeme de tu omnipotencia, y veo que con la flaqueza venciste las fuerzas del mundo. Elegiste lo que tiene el mundo por locura para confundir á sus sabios, y las cosas flacas para confusion de las fuertes, y las cosas viles y despreciadas del mundo, y las que no son por su poco sér y precio para destruir las cosas que son, porque no se gloríe nadie en tu presencia. Por mano de una mujer quisiste humillar la soberbia de Oloférnes, príncipe del ejército de los asirios, segun que despues de la victoria, dándote gracias, lo canta la santa y valerosa Judith, diciendo: El Señor omnipotente lo destruyó y lo entregó en las manos de una mujer, y lo confundió. No murió el más poderoso de ellos por mano de mozos valientes, ni los hijos de Titan le hirieron, ni le resistieron los grandes gigantes; pero Judith, hija de Meraria, les deshizo. Tampoco quisiste, Señor, vencer al tirano Faraon con leones, osos ó tigres, sinó con cinifes, ranas y moscas, que son viles y pequeños animales. Pu-

siste las grandes fuerzas de Sanson en los cabellos, que son cosa muy flaca y delicada; y la fuerza y virtud de la predicacion evangélica en unos humildes simples pescadores, con los cuales sujetaste á tí al mundo universo. No desconfiaré, pues, Señor, de tu misericordia y omnipotencia, aunque me veo flaco y para poco; porque poderoso eres para hacer de las piedras hijos de Abrahan y para obrar con cosas flacas tus acostumbradas maravillas. Si me hallo incierto cerca de la disposicion de mi vida, acuérdome de tu infalible providencia, que tan sabrosamente por una parte y con tanta certidumbre por otra sale con cuanto pretende. Así gobernaste maravillosamente á tu pueblo de Israel por el desierto cuarenta años, sustentándolo con pan del cielo, y proveiste á Elías y á Jonas en el vientre de la ballena y al profeta Daniel en el lago de los leones. Si me ocurren mis pecados, que cada día hacen mayor bulto, me acordaré de tu inmensa bondad, y me pararé aquí mudo, pensando como al tiempo que nadie me podía valer tú, Señor, me diste la mano cuando tenía yo empleadas mis manos contra tu ley. Así llamaste desde el cielo á Saulo, perseguidor, cuando actualmente iba metido en fuego de ira y saña persiguiendo á los tuyos. Muchas veces iba huyendo de tí, y me saliste al camino porque no me perdiese; porque tu misericordia me previno y me convidaste con la paz, siendo indigno de ella, poniéndome las condiciones más á mi propósito de lo que yo las supiera pedir. Así recibiste, clementísimo Señor, al hijo pródigo con beso de paz y cordial amor, saliéndole á recibir al camino, y quisiste ser convidado de Zaqueo, príncipe de los publicanos, y lo justificaste y diste salud á su casa. Si me veo falto de buenas obras, me acordaré de aquel tesoro de infinito merecimiento que dejaste, para que se comunicase á tus miembros. En tí están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Si me turba mi vista y mi propia figura, me acordaré de tí con firme pensamiento, y se regalará en tí el alma, que tanto se es-

pantaba de sí misma. La memoria que tuvo el hijo pródigo de la abundancia de la casa de su padre, y la bondad que concibió que había en él, le dió alas y esfuerzo para levantarse de la culpa, implorando la paternal misericordia. Si no puedo gozar de tu vista, me alegraré con tu memoria, y con ella me consolaré; porque si el amor temporal en la ausencia de los que se aman tiene por gran prenda la memoria, ¿cuánto mayor será al que de veras te ama y conoce, que sólo hay ausencia de su parte, y que tú no faltas á ninguno y mucho ménos al que siente tu ausencia? Con tu dulce memoria se sustenta mi vida, acordándome, Señor, cuán sufrido eres en nuestros males, cuán paciente en esperarnos, cuán misericordioso en recibirnos, cuán piadoso en perdonarnos y cuán liberal y magnífico en tus largas promesas. La memoria de tus beneficios me obliga á servirte; cautiva mi corazón el amor que me tienes, y la gloria de tu Majestad enciende mi voluntad en deseos celestiales. Tanto, Señor, deseo verte, que con tener algo de tí, aunque no sea más de la memoria, me entretengo, segun aquello del salmo: Acordéme de Dios, y recibí deleite. Y pluguiese á tí, Señor, que ántes tenga yo olvido de todos mis cuidados que falte de tí mi memoria; porque cosa muy digna de lágrimas es que vaya mi pensamiento en otra parte, pudiéndose emplear en tí. Sintiendo la apretura de esta habitacion, no hallo cómo espaciarme sinó en tu memoria, y con ella se alivia el enfado que me causa lo presente. Tu memoria me es jardin donde cojo rosas de suave olor, cuando me acuerdo de los favores que he recibido de tu mano. Me es arboleda donde hallo algunas frutas tempranas que son algunos gustos que sienten acá tus escogidos, como muestras de los de allá, aunque son frutas de sombra, y por eso no bien maduras, pero todavía sabrosas, segun aquello que una alma devota dice: A la sombra de mi deseado me senté, y la fruta es muy sabrosa á mi paladar. No á los labios (quiero decir, á los

sentidos), sinó á lo interior del espíritu, que significa el paladar. Allí hallo verdes y grandes campos, cuando considerando tu gran potencia y lo que me has prometido, espero que será fácil de seguir el camino comenzado ayudado con tu gracia. Y aunque de muchas cosas buenas se cebe la consideracion de los tuyos, entre todas halla la mía espiritual sabor en tí, y por eso he de acordarme de tí, en tanto que la memoria hace su oficio y mis ojos no pueden verte, y en tanto que dura esta peregrinacion, hasta que llegue á beber de aquel río de paz que alegra tu ciudad. Este es aquel río de paz que alegra tu ciudad. Este es aquel río de quien dice el profeta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios; santificó su morada el Altísimo. Aquí llegarán las potencias de mi alma al punto de su perfeccion, á donde la memoria no servirá sinó de referir el estado que pasó, para que el presente sea más sabroso y gocen el entendimiento y la voluntad, el uno sin cubierta y el otro sin temor alguno.

MEDITACION LXXXVI

Como el amor de Dios nos trae en conocimiento de Él

Cuanto con más amor te amo, Dios mío y Señor mío, tanto más claramente te veo, por lo cual el amor muchas veces procede y se anticipa al conocimiento, porque aunque te amé, Señor, porque te conocí, pues no se puede la voluntad mover en lo que no alcanza, ni conoce el entendimiento; pero después mucho más es lo que supe amando y lo que el amor descubrió de tus divinas perfecciones de lo que el entendimiento al principio me había enseñado. Sigue al amor la contemplación, como á cosa más excelente y más perfecta y que perfecciona al entendimiento contemplativo. Manda la voluntad, como reina en el reino del alma, que busque el entendimiento la noticia que es su perfección. El amor sobrepuja á la ciencia, y es mayor que el conocimiento. Muchas veces es Dios más amado de lo que es conocido, y el amor entra y se llega á Dios, quedándose la ciencia de fuera. Y no es mucho esto, porque el amor presume más y confía; mas todo lo penetra y sigue el ímpetu del deseo ardiente, y no puede disimular, ni se sufre hasta llegar al amado. Todo lo interior penetra el amor, y escudriña los secretos y las cosas profundas de Dios. Ningun bien es perfectamente conocido si perfectamente no es amado. Los que teméis á Dios, amadle, y alumbrará vuestros corazones. El amor sigue á la contemplación y la perfecciona, aunque una cosa es imposible ser amada sin ser primero conocida. Cuanto más cerca está el amante del amado, tanto más verdadera, sutil, y profundamente es conocido. La operación amorosa sobrepuja á la intelectual. El amor contiene los principales suspiros en Dios, los fervientes deseos y los resplandecientes fervores, á los cua-

amor tie

ne res-

me más

eleva des

que las del

entende-

miento

les sublimados excesos no puede subir el conocimiento, sino sólo el amor, que une á nuestra alma con Dios. Entónces la contemplacion será perfecta cuando es elevado el que contempla al amor de la cosa contemplada. Conviene, pues, alma mía, que subas y seas elevada en la contemplacion, levantando, no sólo el entendimiento, pero tambien el afecto y voluntad al amor de tu Esposo Jesucristo. Es menester que no sólo el entendimiento obre, mas tambien que la voluntad ame y no esté ociosa. En la contemplacion de las cosas divinas es el amor ferviente y agudo; porque el verdadero amante no se contenta con lo exterior del amado, mas trabaja en cuanto es posible penetrar lo interior del corazon y lo secreto del alma. Muchas veces el amor penetra donde el conocimiento natural queda fuera, como leemos de algunos santos, no doctrinados en las ciencias naturales, los cuales alcanzando la mística teología con la alteza y potencia de su espíritu, penetraron los cielos y sutilísimamente trascendían todo conocimiento natural hasta llegar á Dios. Por amor de esto, el salmista amonesta, diciendo: Llegaos á Dios y seréis alumbrados. Ninguno se puede llegar á tí, mi Dios y Señor, sino por amor; porque el que no ama muy léjos está de tí. Muy bien, pues, dice tu santo profeta, que nos lleguemos á tí, amando á tu divina Majestad, y que seremos alumbrados en tu conocimiento, porque tu santo amor es fuego sin humo, que alumbra y enseña al entendimiento, para que te conozca más y más de lo que al principio te conocía, cuando por el conocimiento que tenía de tí te comenzó á amar. El amor del mundo ofusca el entendimiento, turba la razon y embota el juicio; pero tu santo amor adelgaza el ingenio, enseña nuestra alma y descubre grandes tesoros de tus divinas perfecciones. ¿De dónde vino al santo mozo José que interpretase los sueños del copero y panadero de Faraon, y declarase tambien los sueños de este mismo rey de Egipto, sino del amor que te tuvo? Fué de su señora convidado á ofenderte y no consintió

en la culpa, porque te amaba, y así conoció las cosas secretas y declaró las que estaban por venir. Quien anda fuera de tu gracia y caridad no es maravilla que caiga en ceguedades y errores. Aquel verdaderamente sabe mucho, que sabe amarte. Sólo, Señor, el que te ama es sabio, porque los demás muy ignorantes y ciegos son, y andan en tinieblas, Tu eres el que dices que el que te sigue no anda en tinieblas; pero tendrá luz de vida. ¿Y quién te sigue sinó quien te ama? En las gerarquias celestiales los ángeles inferiores son alumbrados por los superiores, así como en los cielos los más altos llevan á los más bajos con su movimiento. Los serafines, que son los que están inmediatos á tí en la gloria, están todos ardiendo en tu amor, y son unas llamas de fuego encendidas de tu santo amor. Estos alumbran á los querubines, que están luégo despues de ellos en el segundo coro, los cuales están llenos de ciencia y sabiduría, segun el nombre que tienen de querubines. El amor grande de los serafines se difunde en el conocimiento y ciencia de los querubines, porque amándote, venimos en grande conocimiento de quién tú eres. ¡Oh, Señor! y ¡cuán grandes cosas manifiestas á los que te aman, y qué multitud de secretos saben los que por amor se llegan á tu Majestad divina! En este ardiente fuego se metió Moises cuando ardía y se quemaba el monte Sinaí, donde tú estabas, y en medio de este fuego le diste la ley y le enseñaste. Del fuego donde le hablabas bajó enseñado de lo que había de hacer y de lo que al pueblo había de enseñar para acertar á servirte. ¿Qué lengua dirá lo que conoce de tu bondad y lo que entiende de sí mismo el que amándote, y dándose á tí en la oracion y contemplacion, se entrega todo en las manos de este tu santo amor? Allí conoce cuán suave es tu conversacion y sabe lo que es el mundo y lo poco que vale esto de acá; entiende quién tú eres y gusta de la dulzura que das á los que se llegan á tí. Cuando enviaste á tu Santo Espíritu desde el cielo á tu Iglesia, vino sobre los santos Apóstoles en

lenguas de fuego, para inflamar y encender en amor los pechos y corazones de aquellos santos discípulos tuyos; y como es propio del fuego, no sólo calentar, mas aún también alumbrar y resplandecer, así también, no solamente les diste tu santo amor, mas aún el don de sabiduría y entendimiento, porque encendiéndolos en amor, fueron llenos de ciencia y conocimiento de doctrina y hablaron diversos lenguajes; por lo cual un profeta tuyo dice así: De lo alto envió el Señor fuego en mis huesos y enseñóme. Desde el cielo dice este santo profeta que enviaste, Señor, el fuego de tu amor divino y enseñaste á quien das tu amor, porque tu santo amor, no sólo enciende, mas aún también enseña. ¡Oh! ¡de cuánta luz de divinos resplandores goza el alma que á tí se llega! ¡Y qué lleno está el entendimiento del que te ama del conocimiento que el amor descubre de esos infinitos bienes que hay en tí! ¡Oh, Redentor mío y dulzura de mi vida! aquí está delante de tí mi corazón: desea llegar á tí y no puede por sí solo: haz tú, piadoso Padre, lo que él no puede. Recíbeme dentro del retrete de tu amor. Pido, llamo y busco; y pues me das gracias para que pida, haz que reciba. Dásme que te busque, dame que te halle. Enseñas á llamar; abre al que llame. Llégate á tu Dios, alma mía: abrázate con tu Esposo Jesucristo: sé importuna, hasta que te dé este santo amor, para que amando le conozcas, y conociéndole siempre le ames.

MEDITACION LXXXVII

Como el conocimiento de Dios nos lleva á su amor

Aunque muchas veces te amamos, Señor y Dios nuestro, y el amor descubre tus divinas perfecciones, y te conocemos porque te amamos; pero si somos tibios en amarte y no nos arrojamos con impetuoso aceleramiento en ese abismo de amor, para que amándote hieran en nuestros ojos los resplandores de tu bondad infinita, es porque andamos en tinieblas y fuera del conocimiento que debemos tener de tu Majestad divina. La falta de no amarte y la causa de haber tanta tibieza en nuestros corazones, nace de no tener la consideracion y conocimiento que debemos; porque, como la experiencia nos enseña, la causa del amor temporal es la corporal hermosura: así como la contemplacion de la hermosura espiritual es la causa del espiritual amor: de aquí viene, Señor, que amo tan aficionadamente las cosas que veo con los ojos corporales y tan tibiamente á tí, mi Dios, porque no considero tu hermosura, que es bondad infinita, teniendo tantas cosas que me llevan á su conocimiento, por muy ciego que yo sea.

Si deseo vivamente amarte y darte de veras todo mi corazon y voluntad, cerraré mis ojos, porque no vean las vanidades, y abriré mi entendimiento, y miraré y escudriñaré tu bondad infinita y excelentísimo amor que me tienes. Maravilla será grande, conociendo quién eres, no ir por los montes y desiertos dando voces, abrasado en caridad y herido de tu amor, y diciendo con la Esposa: De amor estoy enferma. Maravilla será si no tuviere ardiente deseo y grande sed de servir á tí, mi Dios, del cual nacerá una llena determinacion de

guardar de toda voluntad tus mandamientos para siempre. Incliné mi corazón para guardar todos tus mandamientos en todo tiempo, que son el camino de tus justificaciones. Aunque mi vida hubiera de durar para siempre sobre la tierra, quiero determinada y perpetuamente guardar tus mandamientos. ¡Oh! ¡qué bien siente el que así propone y ofrece su alma al servicio perpetuo, y guarda de los mandamientos de tí, mi Dios! El que te ama guarda tus mandamientos, así como no los guarda el que no te ama; y si alguno no te ama, sin falta procede de no conocerte. Poniendo yo mis ojos, como otra ave fénix, en ese claro Sol de justicia, que dijo el profeta Malaquías nacería para nosotros, y considerando los resplandores de tu soberana bondad y los resplandecientes rayos de amor que con tantos beneficios nos mostraste, procediendo del infinito amor que me tienes, batiré las alas de mis encendidos deseos, hasta arder todo en amor y ser convertido en gusano y ceniza. ¡Oh, bondad inmensa de mi Dios! Y ¿cómo podré yo contemplar en ese abismo de perfección, y no arder en llamas de divino amor? ¿Cómo será posible que mi entendimiento, empleado en descubrir tanta bondad, hermosura y sabiduría, y representando estas perfecciones á la voluntad, esté ella floja, tibia y fría en tu servicio? ¿Cómo no te amaré la voluntad, y estará toda ella como una brasa encendida en tu amor, y hecha una pura y viva llama de amor, mostrándole el conocimiento que de tí tengo tan grandes y soberanos bienes? Si el mantenimiento que mi voluntad come, y el manjar de que se mantiene, ceba y gusta, no es otro sinó la bondad, y según su naturaleza, no se inclina ni aficiona sinó al bien, ¿cómo podrá mi voluntad, por muy fría y dura que sea, dejar de amar al sumo bien, que eres tú, mi Dios, bondad infinita y amor eterno, dignísimo por todas vías de ser sumamente amado? En estas consideraciones y contemplaciones de quién tú eres gastaré el silencio de la noche, alumbrando mi entendimiento con el conocimiento de tu divina Majestad; porque pueda decir con

el profeta: La noche es mi lumbre en mis deleites: lumbre para mi entendimiento, y deleites sabrosos para mi voluntad y muy dulces á mi alma. Con estas contemplaciones y meditaciones de quién eres, es el pobre enriquecido con caridad; y sin este conocimiento y amor todo rico es pobre. El que está de este tu santo amor enriquecido, es fuerte entre las pasiones duras y dificultosas; es muy alegre en las buenas obras, y no hace con rostro ni semblante torcido los bienes que obra; no es penoso entre los buenos hermanos, y es paciente y sufrido entre los falsos. Muéstrase alegre con Abel, ofreciendo sacrificio á Dios, y declara con Noé la grande seguridad que tiene en las adversidades y tribulaciones; porque pereciendo en el diluvio general todo el mundo, el justo Noé es guardado en el seno del divino amor. Pues ¿qué diré de cuán fiel compañero es tu santo amor en la peregrinacion? Considero lo que aquel gran patriarca Abrahan hizo, el cual sale de su tierra sin saber á dónde le llevabas, acompañado de tu santo amor, y va muy seguro entre las naciones peregrinas y reinos que no le conocieron. Considero, Señor, la alegría que da este tu santo amor para sufrir cualesquier injurias, por graves que sean; lo cual hallaré en Moises, que, injuriado y perseguido muchas veces de su pueblo rebelde, todo lo sufre con el amor y caridad que tiene. Acompañado de este amor divino hallaré á David en sus persecuciones é injurias lleno de mansedumbre; y veo tan grande fortaleza, brazo de virtud, en los tres mozos en el horno de Babilonia, y como entran sin temor en aquel grande fuego, al cual hizo suave la caridad. Con sólo tu amor viviré vida dulcísima en este valle de lágrimas; porque de él está escrito que el amor es fuerte como la muerte; porque así como la muerte mata el cuerpo, así el amor de la vida eterna mata los deseos de las cosas temporales. No puedo yo, Señor, declarar con palabras la vida tan dulce que se pasa sin deseos de la vida presente y de lo que en ella hay. Pues en la amargura de este mundo pone su dulzura el amor, haciendo insen-

sibles á las cosas de este mundo los que el amor tiene hechos vivos y muy dichosos á las alegrías del cielo. Siendo esto así, ¿qué es la causa, Señor, por que te dejan los hombres, y aman la vanidad y buscan la mentira? De esto te quejas por un profeta, diciendo: ¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres, para que me dejasen y anduviesen tras la vanidad? ¿Cómo se quejaría, y con mucha razon, un varon perfecto, muy sabio, rico y generoso, siendo dejado y despreciado de su esposa por otro hombre necio, torpe, pobre y muy vil? Así te quejas, Señor, viendo que el alma, tu esposa, desampara esta bondad infinita y tesoro donde están acumuladas innumerables riquezas y perfecciones por el estiércol y amor de la tierra. ¡Oh, mi Dios! ¡Oh, bondad infinita y hermosura que no tiene término, cuyas riquezas son infinita gloria! Dejándote sigo la vanidad de mis pecados, quitando de tí el amor que te debo y poniéndolo en la mentira de esta vida, en la codicia de la carne, en las falsas riquezas y vana honra del mundo. Ninguna falta hay en tí; mas toda la maldad es mía, y en mí está la falta y perversidad cuando dejo de amar á tí, Dios mío, que eres todo el bien, sér y sabiduría, verdadero Esposo de mi alma y fuente de hermosura y gloria. Tú eres el que dices: Varones de Judá, juzgad entre mí y entre mi viña. ¿Qué más pude yo hacer por mi viña, ó en qué le fuí enojoso, y qué pude yo hacer por ella que no lo haya hecho? ¿Por ventura no me hice hombre, y quise morir por darle vida? Pues ¿por qué me dejas, esposa mía, habiéndote yo criado á mi imágen y semejanza y redimido con mi sangre, y te vas tras la vanidad? Compara lo que el mundo te ha dado y prometido; compara los regalos y deleites, tu carne y riquezas con lo que yo te doy de presente y te tengo prometido, y verás cuán vana eres andando en pos de la vanidad. Proverbio es, y comun habla del pueblo, que si la mujer se aparta de su marido y se llega á otro ya no hay camino para que vuelva á él, porque se hizo inmunda y contaminada en el adulterio. No soy yo de esa

condicion, aunque tú eres de aquella. Has cometido adulterio con tus amadores; buscaste tus codicias deshonestas; y con todo eso no te despreciaré si vuelves á mí. Vuélvete á mí desde ahora y llámame Padre.

MEDITACION LXXXVIII

Que amor se levanta á querer cosas mayores

Es cosa muy natural y propia del amor levantarse á amar y querer cosas más altas y más excelentes que la voluntad de donde nace, lo cual se muestra por ejemplo en las otras criaturas inferiores del hombre, las cuales siempre se levantan á otras cosas mayores que ellas. Vemos que los elementos se convierten en plantas, y las plantas y yerbas en animales que las comen; y los animales en hombres, pues de las carnes de ellos se mantienen; así nuestra voluntad porque no parezca ser de peor condicion que las cosas más bajas que ella, es obligada á amar cosas más nobles y más excelentes que ella, porque le pueda traspasar y convertir en ellas, pues está en su mano y no resta otra cosa sinó quererlo; y porque sobre la voluntad del hombre ninguna cosa hay más excelente, sinó sólo Dios, razon es, si quiere hacer lo que debe y seguir su propia naturaleza, que primero y más principalmente ame á Dios, pues por este amor y union, llegándose á Él, se hace una misma cosa con Él, conforme aquello que el Apóstol dice: El que por amor se llega á Dios se hace un espíritu con Él; porque como sea cosa muy vil á la voluntad, que es reina en la ciudad del alma, abatirse debajo de sí misma á cosas viles, con mucha razon se debe levantar sobre sí misma á amar y querer á Dios y á transformarse en Él por amor, pues es sumo, eterno y nobilísimo bien, fuera del cual el alma no se puede mejorar, amando todo lo criado y poseyéndolo.

Entremos, pues, ahora en cuenta, alma mía, tú y yo, y veamos lo que ganaste de tanto tiempo perdido y mal gastado que diste al mundo. ¿Qué se hicieron tantos años tan mal emplea-

dos? ¿Qué se hicieron todos los días pasados? ¿Qué fruto tienes de las cosas de que ahora tienes vergüenza? Amando las cosas de la tierra amaste las cosas menores que tú, y diste á tí misma, siendo esposa de Jesucristo y muy noble criatura, por el vil estiércol del mundo. Debes tener vergüenza, viendo que te vencen y confunden las otras criaturas menores que tú, pues todas ellas naturalmente apetecen su perfeccion, y suben, y se levantan á cosas mayores, y transforman y convierten en cosas mejores que ellas; y sola tú, miserable, eres tan mezquina que, contra toda tu natural inclinacion y nobleza que Dios puso en tí, te mudas en lo que te fué dado para tu servicio, poniendo sobre tu cabeza lo que quiso el Criador de todas las cosas que estuviese debajo de tus piés. Levanta tus ojos en derecho; abre los ojos de tu entendimiento y considera dónde estás caída y el estado miserable en que te puso tu perversa y desatinada voluntad. Conoce tu dignidad y la honra en que te puso el que de nada te hizo. Nazca en tí una santa soberbia, estimándote en lo que tu nobleza merece, y ten por ignominia emplear tu amor en otro sinó en solo Dios. A esto te inclina el generoso apetito que Dios puso en tí; y Él quiere que en ninguna cosa de este suelo halles perfecto gozo ni contento, porque la necesidad te lleve á quien no puede faltar. Entonces gozarás de los honestos y dulces abrazos del Esposo, y serás transformada por amor en tu Dios; porque si el amor transforma al amante en el amado, siendo convertida en Dios por amor, quedarás endiosada y deificada en Él, segun aquello que de los que aman á Dios dice el real Profeta: Yo dije: dioses sois vosotros é hijos del Muy Alto. En esto se ve la grande caridad de Dios y lo mucho que puede el amor, que nos nombremos hijos de Dios y lo seamos. Y si somos hijos; luego herederos; herederos de Dios y compañeros en la herencia con Jesucristo. Pues ¿por qué, Señor y Dios nuestro, siendo nosotros, segun el apetito sensitivo y naturaleza corrupta, tan amigos de honras temporales, dignidades y estados del

mundo, no seremos amigos de la verdadera honra y dignidad que alcanza nuestra alma cuando amándote se transforma en tí por amor? Esta es la santa soberbia, verdadera ambicion y justa pretension que yo debo pretender, teniendo pensamientos tan altos que me desdeñe poner mi amor en otro que no seas tú; ni cautive yo mi corazon sinó de esa inefable y extremada hermosura, bondad infinita, soberana perfeccion y divina Majestad. ¿Qué quise yo en el cielo ni en la tierra sinó á tí? En tus manos están mis tiempos; y olvídeme de mí mismo si no antepusiere la alegría de Jerusalem en el principio de mi alegría, y el amor que debo á tí, mi Dios, mi Rey y Señor, á toda otra alegría y gozo de Babilonia. ¿Qué tienes que ver, alma mía, con la tierra, habiendo sido criada para el cielo? ¿Qué tienes que ver con el amor vano y falso de este siglo, y con los deleites momentáneos y corruptibles, siendo escogida para gozar de alegrías celestiales y perpetuas en la gloria?

Toda la gloria de la hija del rey está, no en lo interior del gozo de las criaturas, sinó dentro en lo interior de la buena conciencia, porque nuestro gozo es el testimonio de nuestra conciencia, y dentro está rodeada de variedad de diversas y muchas espirituales consolaciones. Oye, hija, y vé: inclina tu oido, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre. Si no te conoces ¡oh, la más hermosa de las mujeres! sal fuera del amor del mundo en que ahora vives y de los pecados en que andas envuelta y véte tras las pisadas de tus ganados, siguiendo los ejemplos y memorias que dejaron de sí los santos, dando pasto á tus deseos, cebando tus pensamientos y manteniendo tus propósitos, que como mudables saltan como cabritos cerca de las majadas de aquellos pastores que, como santos prelados y buenos Pontífices, gobernaron la Iglesia, y la edificaron con loables costumbres. Levanta tu amor á cosas mayores, y pon tus pensamientos en lo que no tendrá fin, y ama lo que para siempre podrás amar, pues esto es mejorarte y

subir y valer, engrandeciendo y ensalzando lo mucho que eres. Así conviene á mí, Dios mío, Señor mío y Redentor de mi alma, que yo no ame ni quiera otra cosa en el cielo ni en la tierra sinó solamente á tí, pues eres mi honra, mi gloria, mi salud y todo mi bien, dando de mano á todo otro amor extranjero y peregrino, como contrario de mi honra y enemigo de mi salud y mi gozo; porque siendo el amor cosa tan noble, tan libre y tan poderosa, que muda la voluntad en la cosa amada, poniéndola debajo del imperio y mando de aquélla, es cosa indigna y fea que algo que sea más bajo, ménos que la voluntad tan excelente, tenga señorío sobre ella y la posea; y porque mi amor es espiritual y tal cual es la voluntad de donde nace, por amor de esto todas las cosas corporales son indignas de él, y no lo merecen, pues por ser espiritual es mejor que todas ellas. No queráis (dices tú, Señor) dar lo santo á los perros, y no echéis las perlas á los puercos. No es razon que esta preciosa perla, y la inestimable margarita de mi amor, la dé yo sinó á tí, mi Dios, pues eres solamente digno de mi amor. No tengo yo de amar cosa que se pueda ver, ú oír, ó con alguno de los sentidos corporales comprender. Y porque no es cosa justa, ni lo compadece la razon, que un igual tenga señorío sobre otro igual: por tanto ninguna voluntad criada es digna de nuestro primer amor, ni de tener señorío sobre nuestra voluntad; y por esto no tengo yo de poner mi amor en las criaturas irracionales ni insensibles, por ser mi amor espiritual y ellas materiales, temporales y corporales; ni conviene que tampoco cautive yo mi voluntad de otra voluntad racional, siendo tan buena como aquélla. Por amor de lo cual, siendo tú, mi Dios y Señor, Criador de todas las cosas y no criatura, tú solo eres dignísimo y merecedor de poseer mi voluntad y tener dominio sobre nosotros, teniendo nuestro primer amor: y no solamente, si tenemos buen juicio y conocimiento de lo que somos, te debemos, Señor, todo nuestro amor, ni conviene á quien somos amar sinó á tí; mas

áun tambien hay proporcion y similitud que yo ame del todo á quien me ama del todo y por todo: de manera que dando lo poco que puedo en amar, satisfago con lo mucho que debo, deseando amar á tí, mi Señor y Criador mío y todo mi bien.

MEDITACION LXXXIX

Que el que no ama á Dios le hace injuria, y á si mismo daño

Como el amor pase la voluntad en la cosa más amada y la ponga debajo de su señorío y posesion, por amor de esto la voluntad no puede subir ni extenderse á más de aquello á que la cosa principalmente amada se extiende: de donde se sigue que si aquella cosa más amada es universal ó particular, que el amor asimismo lo será; y como no puede ser más de una la cosa mas amada, así en la voluntad no puede ser más de uno el amor. De donde puedo yo claramente conocer, Señor mío, que aquel á quien con el principal amor yo amo funda y edifica en mi voluntad un primer amor, que es la cabeza y origen de todas las otras afecciones que de la voluntad pueden nacer: de manera que de la cosa más amada se engendra en la voluntad un primer amor, del cual así como de una raíz se levanta en el alma un árbol, que se multiplica en tantos ramos cuantas cosas hubiere que, despues de la más amada, en ella y por ella se puedan amar. De un grano nace un árbol con muchas ramas, hojas, y fruto; y cual es la semilla, tal es el árbol y lo que de él procede. Así si mi principal amor fuere bueno, justo y rectamente ordenado, los otros amores que de él nacieren serán justos y buenos; y si fuere malo, los otros por el consiguiente lo serán tambien. De donde tambien se sigue que de necesidad hemos de amar todas las cosas que son amigas y conformes á esta cosa principal amada, y aborrecer por fuerza todas las cosas contrarias, que repugnan y contradicen á esta cosa primero amada. De lo dicho se concluye que el amor entrañable y profundo jun-

ta la voluntad con la cosa primero amada y tan fuertemente, que no puede de ella ser apartada sinó por otra cosa mayor y mejor, que suceda y tome el lugar de la que ántes era primero amada. Más cuando la cosa primero amada eres tú, Señor y Dios nuestro, como seas sumo bien, suma virtud y eterna verdad, el amor con que primero te amamos de necesidad será muy fuerte, eterno y verdadero. Y como nacen, Señor, de tí todas las cosas y emanan como de su primer principio, y están con él todas juntas, segun la órden de su providencia, es necesario que el que primero te ama, ame por tí, y en tí á todas tus criaturas y se haga tan ancho y tan crecido su amor cuan crecido se mostró tu amor en hacer todas las criaturas, que de nada criaste. Aunque todavía tu amor es infinito y el nuestro tiene fin, en el matrimonio el varon es el que manda y la mujer obedece, la cual no puede casar con otro, siendo vivo su marido. De esta manera la voluntad, que es como la mujer sujeta y obediente á la cosa primero amada, no puede tener más de un amor y una amada, como la mujer más de un varon; y en tanto que dura aquella cosa primero amada, no se puede apartar de ella, como la mujer no puede apartarse ni quitarse de su marido en tanto que vive. Y como la mujer que se casa con un hombre sabio, hermoso, ilustre y rico está honrada, rica y vive contenta; y por el contrario, está descontenta y afrentada cuando se ve casada con un necio, torpe, vil é infame, así nuestra voluntad está próspera y honrada, segun lo primero que ama, porque si pone su amor y se casa, amando cosas nobles y buenas, está ella bien empleada y honrada; y al reves, si ama cosas viles y terrenas, está abatida y deshonorada.

Mira, pues, ahora, alma mía, dónde pones tu amor y qué es lo que amas, porque tal eres cual es aquello á quien diste y entregaste tu voluntad. Cuando amas á Dios, estás muy honrada con tan rico y noble Esposo, como es Jesucristo; y

amando al mundo tienes marido pobre, feo, infame y vil. El amor te convierte en lo que amas. Nabucodonosor, porque amaba sus apetitos sensuales, como hacen las bestias, anduvo así como tal paciendo yerba en los montes. De unos que, dejando el amor del Criador, lo pusieron en las bajezas y abominaciones de la tierra, dice el Apóstol que mudaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de imágen corruptible de hombre y de aves, cuadrúpedos y serpientes. En estas figuras monstruosas te conviertes, cuando dejando el amor del Criador, amas desordenadamente á la criatura. ¡Oh! ¡cuán vil eres hecha, reiterando tus malos caminos! Deja, pues, este amor terreno, y mira cuánto más honrada y rica estás casando tu voluntad por amor con las cosas que para siempre duran y son celestiales y supremas. Como la doncella que se casa concibe luégo un amor á su esposo, por virtud del cual quiere bien á todos los amigos y parientes del esposo; y si este esposo se muere y ella casa con otro luégo se deshace en su corazón el amor primero y todos los amores que de él se causaron y nacían, y se engendra otro nuevo amor que asimismo es raíz de otros muchos amores; esto mismo acaece á nuestra voluntad, la cual cuando ama á Dios está rica y abundante de bienes y honrada, y ama por amor de Él al prójimo, como deudo del esposo y amigo suyo; y cuando deja á Dios, y toma otro nuevo amor mundano contrario del divino, ama estas cosas viles con todas sus torpezas y abominaciones. Y como la mujer por un mismo tiempo no puede tener dos maridos, así nuestra voluntad no puede tener dos amores, sinó un solo primer amor, con el cual ha de amar á Dios ó á alguna criatura, que es imposible amar á entrambos igualmente y con un primero y principal amor. Entre todas las criaturas aquella es primero amada de la voluntad que es á ella más amiga y cercana; y porque la voluntad puede convertir y volver sobre sí su propio amor, de aquí es que ella se ama á sí misma más que á otra criatura, porque ninguna hay más cercana á ella

ni más amiga que ella lo es á sí misma. Por tanto, cuando tu divino amor no es primero en la voluntad, de necesidad lo ha de ser el amor que la misma voluntad se tiene á sí misma, y de aquí es que cuando yo no amo principalmente á tí, mi Dios y Señor, luego me amo á mí mismo y á mi propia voluntad; pero la voluntad que principalmente se ama á sí, hácese ella á sí misma su propio fundamento fuera de su Dios; y como ella se ama á sí misma por sí, luego ama á todas las otras cosas secundariamente por sí misma, y en todas ellas no ama otro cosa sinó á sí misma. Así como el que ama principalmente á tu divina Majestad ama todas las otras cosas secundariamente en tí y por tí, de manera que en ellas no ama otra cosa sinó á tí; así la voluntad que principalmente ama á sí misma tiene por accesorio tu santo y divino amor. Tal voluntad como esta malvada es, traidora, robadora y luciferina, pues con sacrílega mano roba á tí, Señor, siendo Hacedor suyo, en cuanto en ella es tu gloria y honra y poderío eterno; porque amar su propia voluntad con primero y principal amor, solamente pertenece á tí, Señor y Dios nuestro, y ningun otro lo debe hacer. Por amor de esto cayeron los ángeles del cielo; y tú, Señor, dices que viste á Satanas que caía del cielo como un rayo. De aquí se sigue, que cuando la voluntad humana ama primero á sí misma roba á tí, Señor y Dios nuestro, y atribuye á sí misma lo que tú solo debes poseer y es propio tuyo y no de otro, y hácese Dios en cuanto en sí es, dándose el hombre á sí mismo las alabanzas, honras, amor y gloria, que á tí solo, como á Dios y Criador suyo, pertenece; y así de esta manera se hace capital enemiga tuya y muy desemejante á tí, porque injustamente atribuye uno á sí mismo las cosas que justamente son tuyas. Y si tal es el que ama cual es su amor, está claro que si su amor es malo ó falso, en odio y menosprecio tuyo, es necesario que el tal hombre sea malo y falso y menospreciado y aborrecido de tí, Señor, como enemigo tuyo y usurpador de tus divinas exce-

lencias. Pues por no venir á caer en abismo de tanta abominacion y miseria te amaré, Dios mío, esperanza mía y dulzura de mi vida, sobre todas las cosas, quitándolo de estas cosas inferiores y terrenas: porque como sea propio del amor pedir y recibir amor, ninguna cosa debe nuestra voluntad amar de quien no pueda ella ser amada con mayor amor del que ama, porque nadie da una cosa buena sinó por la que es mejor; y porque las criaturas inferiores del hombre no saben ni pueden volver amor, no deben de nuestra voluntad ser amadas; mas á solo Aquel debemos amar cuanto podemos que paga nuestro amor limitado y finito con amor infinito y eterno.

MEDITACION XC

De la contrariedad que hay entre el amor de Dios y el amor propio

Tu santo y divino amor, Dios nuestro y Criador nuestro, es raíz y fundamento de todo bien; y el amor propio fuente de todo mal. Tu amor nos hace tus amigos, hijos tuyos por adopción y herederos de tus bienes eternos. Tu santo amor alumbra el entendimiento, inflama la voluntad, alegra el corazón, enciende nuestros deseos, hace suaves nuestros trabajos y da el mérito á nuestras buenas obras. Guíanos en nuestra peregrinación, enseña el camino del cielo, confórtanos en tu servicio, asegura la conciencia, recrea lo interior del alma, es verdadera vida de ella, llévanos al puerto seguro del cielo, hácenos moradores de la bienaventuranza eterna, compañeros de los santos ángeles y perpetuos ciudadanos de la celestial Jerusalén, que es la gloria. Por el contrario, el amor propio es fundamento de todos los males, abismo de perdición, muerte del alma, verdugo de la mala conciencia, atormentador de la razón y causa de la perdición humana. Hablando de los daños que resultan del amor propio, dice tu santo Apóstol en la epístola segunda que escribió á Timoteo: En los días postreros vendrán tiempos peligrosos, y serán los hombres amadores de sí mismos, codiciosos, levantados, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, malvados, sin amor, sin paz, criminosos, incontinentes, sin mansedumbre, sin benignidad, traidores, protervos, hinchados, amadores de sus deleites más que de Dios, teniendo especie y apariencia de piedad y negando su virtud. De todos estos males que aquí pone el Apóstol es fundamento el amor propio; y así dijo al principio que

habría hombres amadores de sí mismos; y despues dijo los males que se siguieron del amor propio, escribiendo aquella cetera de vicios y pecados. Este es el cimiento de la ciudad de Babilonia, que es la confusion infernal y máquina de todos vicios y males, así como el amor de Dios es el fundamento sobre el cual se edifica la celestial Jerusalem, que es la gloria, con todos los bienes, virtudes y merecimientos. Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de Dios, hasta el menosprecio de sí mismo; y el amor de sí mismo, hasta el desprecio de Dios. Cuando nuestra alma ama de veras á Dios viene á total desprecio y negamiento de sí misma, y esta es la ciudad celestial de Jerusalem, edificada sobre el amor de Dios; y al reves, cuando el hombre malo y perverso ama mucho á sí mismo, funda la ciudad infernal de Babilonia en el amor propio, y llegan sus manos hasta el menosprecio de Dios. Dos términos hemos de considerar, de los cuales el uno es Dios y el otro somos nosotros. La voluntad está en medio; y como una cosa cuanto más se llega á un extremo más se aparta del otro, así cuanto nuestra voluntad más se llega á Dios más se aparta de nosotros, y cuanto más se aparta de nosotros más se llega á Dios. De aquí se sigue que cuanto uno más ama á Dios ménos ama á sí mismo, pues la voluntad, llegándose á Dios, se aparta de él; y por el consiguiente, cuanto más ama uno á sí mismo ménos ama á Dios, porque llegándose á el la voluntad se va apartando de Dios; y tanto puede llegarse la voluntad al alma mezquina por amor propio, que del todo se olvide de Dios y esté por amor tan cerca del hombre y tan apartada y léjos de Dios, que venga á total menosprecio de Dios, segun aquello que está escrito: El malo, cuando viniere al profundo de los males, desprecia. Por el contrario, en los buenos, tanto puede llegarse la voluntad á Dios amándole y apartarse de sí mismo, que venga el hombre justo á total menosprecio de sí mismo. Esto vemos en muchos santos de muy grande perfeccion que estaban tan transportados en Dios por

amor y convertidos en Él, que andaban olvidados de sí mismos, y como hombres enajenados de sí y fuera de sus sentidos, y olvidados de todo lo de acá, que parecían más hombres del otro mundo que de este, y así el mundo los tuvo por locos, por ver que no advertían á las cosas sensibles de la tierra. Del número de éstos era aquel santo Apóstol que decía: Vivo yo, y ya no yo; pero vive en mí Cristo.

Los piés del alma son el amor; y el amor la lleva á donde quiera que va; y del amor es llevada á Dios ó al mundo; y el amor la lleva al Criador ó á la criatura. El amor propio la aparta de Dios y la lleva al hombre para su daño; y el amor de Dios la aparta del hombre y la lleva á Dios para su honra y provecho. El un amor lleva á nuestra alma á su Esposo Jesucristo, y el otro amor la hace sierva y esclava del demonio; y así, como estos dos amores son entre sí muy contrarios y enemigos: así hay dos aborrecimientos contrarios de estos. Al amor de Dios acompaña luégo y sigue un odio, con el cual odio somos obligados á aborrecer todo lo que es contrario á la honra de Dios; porque como el amor de Dios y el amor de sí mismos son contrarios, así el aborrecimiento de Dios y de sí son contrarios y extremados; mas el aborrecimiento propio y el amor de Dios no son contrarios, ántes convienen muy bien entre sí y son en salud del hombre, así como el amor propio y el odio y aborrecimiento de Dios no se contradicen, mas convienen y son en la perdicion del hombre. Y de aquí es, que el que se aparta del amor propio, pasa al amor de Dios, de contrario en contrario; y al reves, el que se aparta del amor de Dios pasa luégo al amor propio; y tambien en apartándose del amor propio va á dar luégo consigo en el amor de Dios; y en apartándose de Dios va á dar en el amor de sí mismo. Y aunque es verdad, Señor y Dios nuestro, que puedo yo aborrecerme á mí, esto es, mi vida sensual, por ser llena de culpas y flaquezas; pero tú, Señor, no es posible ser de tus criaturas aborrecido en quanto Dios, y por respecto y razon

de tu deidad, pues eres sumo bien y objeto infinito de bondad; y esa misma bondad, aunque decimos que eres aborrecido de la malicia de nuestra perversa voluntad, no en cuanto Dios y bien infinito, porque esto repugna á la naturaleza de nuestra voluntad, sinó en cuanto eres justiciero para castigar nuestros pecados ó en cuanto eres poderoso para castigar nuestros males. Porque ¿cómo es posible que nuestra voluntad no arda en llamas de amor, poniendo delante de sí tan grande bien? Llevada es mi voluntad del impetuoso amor tuyo, porque tu santo amor la hace justa, santa, humilde y benigna; y el amor propio la hace injusta, hinchada y proterva. Tu santo amor la hace quieta, dulce y amigable; y el amor propio desasosegada, inquieta, desabrida y litigiosa. Una de las cosas en que se alaba y ensalza este tu santo y divino amor, y se condena el amor propio, es que, como el amor de Dios puede ser universal, así puede ser uno y semejante en muchos hombres, aunque sean infinitos, el cual durante entre ellos, es necesario que todos tengan paz y concordia, y que estén en contento y gozo los unos del bien de los otros; mas cuando alguno primero y más principalmente se ama á sí mismo, entónces luego busca su particular y propia honra y gloria, su propio provecho é interes, sus deleites y placeres, deshaciendo cualquier otra honra ajena para defender y conservar la suya propia, y luego murmura de los bienes que otro tiene, si entiende que contradicen á los suyos; y de aquí nacen las iras, envidias, odios, enemistades y todos los otros pecados. Es tan noble el amor de Dios, que no sólo admite compañía en amar, pero aún querría que todos hiciesen lo mismo. El que ama á Dios quiere que todos amasen á Dios, y desea traer á todo el mundo á este divino amor: y así vemos que el que es devoto de un santo quiere que todos sean devotos de aquel santo á quien ama, porque el amor espiritual es caritativo y á todos comprende. El real profeta David, en cuyo pecho ardía este santo amor, convida á todos á amar, y alabar á

Dios, no sólo á los hombres, mozos y viejos, doncellas, ángeles y criaturas racionales é intelectuales; pero áun también á los cielos, sol, luna, estrellas, lumbre, aguas, tierra, dragones, fuego, granizo, helada, montes, collados, árboles, cedros, bestias, ganados, aves, serpientes y á todas las otras criaturas insensibles é irracionales. Si en nuestro corazon estuviese este tu perfecto y santo amor, Dios mío y Señor mío, no querríamos otra cosa sinó que todas las venas del cuerpo y arterias y todas cuantas partes hay en él estuviesen siempre alabándote y bendiciéndote y que todas las yerbas de los campos y cuanto criaste, estuviese de noche y de día alabando tu nombre. No es envidioso este tu divino amor, sinó muy noble y generoso, y así por su perfeccion admite compañía en el amor y querría que todos te amasen. Muy al revés de esto lo hace el amor propio, por ser contrario en todas las cosas á tu santo amor, el cual, como es apocado y civil, quiere ser solo y no admite compañía en amar. El que sensualmente y con vanidad ama á una persona, no quiere que nadie la ame sinó él, ni que la hable, ni que la mire; y áun sobre esto suele haber cuestiones y muchos odios y enemistades entre estos locos y vanos amantes. ¡Oh, noble amor divino! vén á mi alma y envíalo, Señor, desde el trono de tu gloria á mis entrañas, para que echando fuera el amor propio, que me desasosiega y atormenta, con alegría te ame y sirva como mereces ser servido y amado.

MEDITACION XCI

De los frutos del amor de Dios y daños del amor propio

Mira, pues, ahora, alma mía, que puedes en tu voluntad plantar uno de dos amores, que son el amor de Dios ó el amor propio: porque como no puede haber sinó dos primeros amores, y entre sí muy contrarios, así no puede haber sinó dos frutos de ellos y tan contrarios como las raíces de donde nacen. Y porque de toda obra que el hombre hace no queda con él en fin de ella sinó gozo ó tristeza, que es toda la ganancia y fruto de sus trabajos y obras, por amor de esto, solos estos dos, que son gozo y tristeza, son finales frutos y galardones de todas las obras humanas, porque todo lo que el hombre hace es por alcanzar gozo y alegría, lo cual perfectamente tenido y alcanzado, ninguna cosa busca adelante. El verdadero gozo es bueno y verdadero fruto del hombre, el cual nace del amor de Dios. La verdadera tristeza es verdadero mal, podrido fruto del hombre, y éste nace del amor propio; y como Dios sea inmortal, poderoso, hermoso, bueno y sabio, así el gozo que de su amor sale en nuestra voluntad tiene estas mismas propiedades, y cuanto se extiende el amor tanto se multiplica y dilata el gozo que nace de Él; y por esto, como el amor de Dios se extiende á las criaturas y principalmente al prójimo, que es imágen de Dios, así el que ama á Dios tiene infinitos gozos de infinitas criaturas, y principalmente de aquellas que conoce ser más cercanas á su Criador. Y no sólo aquí en este destierro, amándote, Señor y Dios mío, gozaré de verdadero gozo y alegría entrañable; pero gozaré en la otra vida de inefable gozo, gozando y fruyendo del sumo bien, y viendo á los que aquí amé en caridad gozar de tu divina esencia jun-

tamente contigo; porque como tu santo amor aquí en esta vida se extiende á todos los prójimos, así en el cielo serán todos participantes del gozo, fruto de este divino amor. En aquel beatífico reino, donde todo es amor y perfeccion, tanto amará cada uno al otro cuanto á sí mismo; y por tanto es necesario que tanto se goce del bien del otro cuanto del propio suyo. Y como allí habrá innumerables hombres y ángeles, á los cuales amaremos como á nosotros mismos, y se sigue de esto que igualmente de su bienaventuranza y de la nuestra nos gozaremos, está luégo, segun esto, muy claro que el gozo que del bien de los otros recibimos será millares de veces más y mayor que el que de nuestra propia bienaventuranza tendremos en aquel felicísimo y dichoso estado. Y como entónces no habrá alguno que del todo pueda acabar de sentir la grandeza del gozo de su propia bienaventuranza, por pequeña que sea, juzgo, pues, ahora, Dios mío, cómo podré darme manos á recibir, por respecto de cada uno de todos los otros bienaventurados, gozos tan infinitos y de tan inmensa gloria. Forzoso luego es que hasta no caber más gozo cada uno esté allí lleno de gozo, como vasija muy colmada. Y á más de esto, como en aquella bienaventuranza cada uno de los bienaventurados ame más á tí, mi Dios, que á sí mismo y que á todos los otros juntamente, síguese que sin comparacion se gozará más de la gloria y bienaventuranza tuya sola, que de la suya propia y de la de todos los bienaventurados juntamente.

Mira, pues, ahora, alma mía, cuán inmenso es el gozo que te dará el amor de Dios despues de esta vida. Pues tampoco estará el cuerpo ayuno de este gozo, porque el alma, que en el cielo ama á Dios y al prójimo, ama tambien á su cuerpo, el cual desea ser reparado y á ella misma restituido, porque todo el hombre entero tenga vida bienaventurada. Y pues el alma quiere y desea que su cuerpo se repare, ciertamente será reparado; pues, como dice David, la voluntad de los que le aman

hará el Señor y oirá el ruego de ellos. Allí será, Señor, mi gozo perfecto, cumplido y lleno; el cual, como tú dices, nadie podrá quitar de mí. Estos, pues, son los frutos que de tu santo y divino amor proceden; y estos son los bienes que resultan de este soberano y esclarecido amor tuyo. Mira, pues, ahora, alma mía, si es justo que ames á tu Dios y Señor, pues su amor es causa que en esta vida lleves alegre y buena vida, y goces despues de esta vida de tales y tan excelentes frutos como tendrás en el cielo, si amares con todo tu corazon á tu Esposo Jesucristo en la tierra. Por el contrario, del perversísimo amor propio nace un gozo falso y vano, muy breve y momentáneo, el cual pasa en un punto, y deja tristeza y tormento intolerable en el alma, llevándola despues consigo al infierno. Como del amor de Dios nace vida eterna, así del amor propio procede muerte perdurable, infernal y abominable, donde la muerte, como dice el salmista, apacentará á los condenados, porque morirán y nunca acabarán de morir. Como nos acontece quebrar con la boça una nuez, que de fuera parece sana y buena, y llena la boca de polvo, por estar vana y podrida, así nos acaece, Señor, á nosotros con los frutos que nos da el amor propio, pues partiendo y gustando de los deleites y vanos placeres del mundo, que en lo superficial y exterior parecen jocundos y verdaderos, siendo en lo interior muy amargos y desabridos; frutos vanos y huecos son los frutos del amor propio, de los cuales frutos hablaba el Apóstol á unos que los habían probado: ¿Qué fruto tuvisteis de las cosas de que ahora tenéis vergüenza? El fruto que saca nuestra alma de tu divino y santo amor es hacerla estable, firme, indivisible y de perpetuo vigor, libre y á ninguna criatura sujeta; pero el amor propio la hace movible, inconstante, flaca, dividida, temerosa, cobarde y á toda vanidad sujeta. Hácela este santo amor rica, harta y abundante de todo bien; y el amor propio hácela pobre, vana, hambrienta y falta de todo lo bueno. Fruto sabroso y provechoso para nuestra alma hace

en ella este divino amor, pues hace que more en su tierra, en su casa y en su reino; mas el amor propio la destierra y hace peregrina, fugitiva y la pone debajo del yugo de Faraon. El amor divino alumbra y clarifica el entendimiento para que se conozca el hombre á sí mismo todo de dentro y de fuera, y á su Dios en el grado que le es otorgado, y á todas las otras criaturas; mas el amor propio es tenebroso y oscuro, y así anubla el entendimiento, ofusca y oscurece la voluntad, y de tal manera, que no conozca perfectamente el hombre á sí mismo, ni á su Dios, ni á otra criatura alguna. Y para concluir con estos frutos malos y buenos, que de estos dos amores proceden, mira, alma mía, los efectos del uno y del otro, y verás cuán contrarios son en todas las cosas. Quiere el amor de Dios que le ayuden á servir y amar á Dios, y que haya muchos que le hagan compañía en amarle y servirle, como vemos en Moises, que como amigo de Dios pedía á Dios quien le ayudase, y así le dió á su hermano Aaron, y otra vez pidió más ayudadores en el servicio divino, y le dió setenta varones. Así á Besele, el que era bueno, le dió el Señor á Ooliab para la obra del tabernáculo. La bienaventurada Marta, como mujer santa, que tenía en su corazón el amor de Dios, rogaba al Salvador mandase á su hermana María que la ayudase en servir á Jesucristo, y se quejó de ella, porque no la ayudaba, pues quisiera la santa vírgen que todo el mundo se ocupara en servir al Redentor del mundo. Así los que aman á Dios, como no pretenden su particular interes, sinó sola la honra y la gloria de Dios, desean que todos amen y sirvan á Dios. El amor propio lo hace al reves, porque como busca su propio provecho, lo quiere todo para sí; y así no quiere el amador de sí mismo que otro prive con el príncipe ó rey, y quiere ser solo, y hacer él solo todos los oficios, porque pretende más su provecho y honra que el buen servicio del príncipe ó poderoso. La caridad, dice el Apóstel, no busca sus propias cosas, Y si tú, Señor, no buscaste, viniendo del cielo á la tierra, sinó á mí, ni trataste de tu

interés, sino de mi bien y provecho, ¿por qué, Dios mío y Salvador mío, no te amaré yo muy de veras, buscando sola tu gloria y honra, olvidado de mí y de todas mis cosas? Pues tan buenos y dulces frutos se sacan de tu santo amor; tan perversos y dañosos del amor propio, te amaré, Señor mío, con todas mis entrañas, con todas mis fuerzas y mi corazón, porque goce de los bienes que de tan generoso amor proceden en la tierra y en el cielo.

MEDITACION XCII

Como la brevedad de esta vida nos convida á amar á Dios

Esta vida tan breve y trabajosa que padezco me está, Señor, diciendo que te ame con todas mis entrañas. Si considero la eternidad de la vida venidera, donde tendré perpetuo descanso ó perdurable tormento, y miro la brevedad y miseria de esta vida corruptible, ¿cómo podré cautivar mi corazón de las cosas que, no siendo aún venidas, son en un punto pasadas, y apartarle del amor de lo que para siempre dura? Aunque toda la vida que aquí tengo fuese jocunda, próspera, alegre y acompañada de toda recreación y pasatiempo, sólo por la brevedad de ella, y viendo que ningún fruto se saca de sus vanos y falsos placeres, la había de desamar y poner mi amor solamente en tí y en aquella vida bienaventurada que nunca se acabará, cuanto más, siendo esta vida humana tan llena de trabajos y miserias por todo el suceso de ella, que en cuanto á esto más trabajados y afligidos vivimos nosotros que los animales, que carecen de razón. La mala vida que tenía tu pueblo de Israel en Egipto le hizo que te llamase y que desease la tierra de promisión. En naciendo el hombre comienza á llorar, y en el suceso de la vida le destempla el frío, el calor le aflige, el fuego le abrasa, el agua le ahoga, la tierra le causa trabajos, las enfermedades le enflaquecen y atormentan, los dolores le fatigan, la pobreza le angustia, las riquezas le ponen cuidados, la vida le es breve y la muerte anda en asechanzas. Pues ¿cómo, viéndome cercado de tantas angustias y dolores, y más que las que pasaban los perseguidos en Egipto, ni aquellos que estaban cautivos llorando su destierro sobre los ríos de Babilonia, no llamaré á tí, mi Dios, deseando mi libertad

y la tierra de promision, acordándome de la celestial Jerusa-
len, viéndome cautivo y desterrado en este valle de lágrimas?
¿Cómo no despreciaré esta vida temporal y amaré la eterna?
Considerando toda mi vida pasada hallo por mi cuenta que to-
dos sus placeres son ménos que diezmos de sus trabajos. Los
males que aquí nos atormentan nos compelen á buscarte y
desear tu divina presencia. Así lo hizo muchas veces aquel
santo rey David, llamándote, siendo atribulado y perseguido;
y por amor de eso dijo en el salmo: Al Señor llamé en mi tri-
bulacion. ¿Qué tiene que ver mi corazon en estas cosas de la
tierra, pues todas ellas me arrojan de sí y me envían á tí? Los
trabajos de la vida me dicen que busque la verdadera vida ce-
lestial; y el cuidado y fatiga que me da el amor de la tierra
me amonesta que ame solamente á tí, mi Dios y Señor, único
bien mío y refugio de mi alma. No tenía tantas miserias, ni
estaba tan cercado de angustia, necesidad y tribulacion el co-
razon de aquel mezquino hijo pródigo cuanto está afligido y
apretado mi inquieto y desasosegado corazon cuando anda en-
vuelto en el amor del mundo. Volviéndome á tí con una nue-
va luz es alumbrada mi alma. Siempre que de veras, despre-
ciando y aborreciendo este cencerraje del mundo, amé á tu
divina Majestad, hallé una desacostumbrada alegría y entra-
ñable gozo, que comunicas á los que te aman. ¡Oh, desventu-
rados hombres, y criaturas infelices! ¿Por qué buscáis vuestros
deleites y contentos en las abominaciones y torpezas sensua-
les? Venid, y ved cuán suave es el Señor, cuán dulce y delei-
table su conversacion. ¡Oh! ¡si gustásedes siquiera por un poco
de la delicada conversacion de Jesucristo, y cuán de buena
voluntad aborrecierades todas las consolaciones del mundo!
Deja, pues, alma mía; deja ya estas vanidades y engaños que
amas, y llégate á tu Dios por amor, porque más suave es una
gota de la consolacion del Señor que los altos y profundos po-
zos de las mundanas consolaciones.

No puede durar mucho el amor de la criatura, que en

un punto pasa y tan presto deja de ser; pero el amor del Señor es el que para siempre dura. Pues ¿por qué quieres poner tu amor en cosas que tan presto has de dejar? No digas, como dijo Aaron, que no puedes hacer fiesta á tu Dios con tristeza ni amarle entre tantos trabajos; porque estas tristezas y tribulaciones que padeces no son sinó golpes que te da Dios con el eslabon de la adversidad, para sacar de la dureza de tu corazon, así como de un pedernal, centellas de fuego de divino amor. Viendo el piadoso Señor que con beneficios no quieres ablandarte, mas ántes que así como pedernal te endureces, hiere tu corazon con dolores, por sacar de él fuego de amor. Así lo hizo con Manases, rey de Judea, el cual no convirtiéndose á Dios con los muchos beneficios que le hacía, dióle golpes de adversidades, y con ellas se convirtió á Dios, estando preso en Babilonia, y amó á su Criador entre las tribulaciones. Y si la brevedad de la vida y miserias de ella no te mueven á amar á tu Dios donde hay vida eterna y bienaventuranza, muévate la pena que en el infierno padecerán los que no aman á Dios; muévante aquellas frigidísimas nieves, que dice Job, con las cuales arrojarás de tí las nieves de tu frío y helado corazon; y muévante aquellas llamas ardentísimas del divino furor, porque ardas ahora con el amoroso y dulce fuego de Jesucristo. Si en estas cosas temporales, y que se pueden ver, no hay verdadero ni permanente amor y no se puede amar lo que no se puede ver, seguirá perpetua miseria al que no halla amor que permanece. Ninguno puede ser bienaventurado sin amor, y consta ser miserable el que no ama lo que es. No sólo bienaventurado, pero ni áun hombre se podría llamar el que, olvidado de la humanidad y despreciando la pacífica compañía y conversacion humana, ama-se á sí mismo solamente con un solitario y miserable amor. La caridad es un amor gratuito que pasa á otro, por lo cual ninguno es dicho tener caridad consigo mismo, porque es menester que se extienda á otro el amor. Vil es aquel que, qui-

tando su amor á Dios y á su prójimo, le pone en sí mismo. Dístenos, Señor, la vida trabajosa, porque te amemos; y tus amigos desean verse libres de la pesadumbre de la carne, por amarte libremente. El Apóstol se llama miserable, y desea encontrar con quien le libre del cuerpo de esta muerte; y aunque los dolores corporales son causa de tristezza, los que saben algo del espíritu no sienten tanto lo que al cuerpo le va en esto como lo que el alma pierde ó deja de ganar. Aunque todos sienten las molestias del cuerpo, difieren, Señor, tus amigos de los que son del mundo, porque los mundanos las aborrecen porque las tienen por malas, y á tus amigos les suelen ser acedas en cuanto les son impedimento, para que no puedan vacar tan libremente á la contemplacion y oficio del espíritu; y no tienen en más estima su daño de lo que llega á esto que por lo demás, cuando por bien del alma se ordena; como cosa que vale ménos, libremente lo pasan. Lo que hace miserable esta vida es el continuo peligro en que está todo nuestro caudal, por los muchos enemigos que procuran y desean nuestra muerte; por las muchas armas que en las cosas de fuera tienen contra nosotros y por las pocas fuerzas que hay de nuestra parte; y lo que es peor, que es sola el alma á defenderse, y tan sola, que de la gente que tiene dentro de su casa es mayor el combate, y hacen traicion siempre que con mucha diligencia no anduviere á visitar las guardas, las cuales son tantas y tan combatidas, que cuando por una parte se quiere valer entran los enemigos por la otra, ó porque se durmió la vela, ó porque el alma, falsamente engañada, les da la llave; de manera que tan largo es el peligro como la vida, porque no es otra cosa sinó una sangrienta pelea ó una montería en que dan al alma mil alcances; por lo cual, viéndome, Señor, tan perseguido, sólo este remedio tengo, poner mis ojos llorosos en el cielo, y suspirar y desear á tí, mi Dios, amando aquella verdadera vida, donde se sentará tu pueblo en hermosura de paz. El deseo de esta vida me arrebató el co-

razon; el amor de ella me lleva tras sí; y los trabajos de esta levantan mi alma para amar á tí, mi Dios y Señor, como á verdadera vida de mi alma y todo mi descanso, único bien y refugio mío.

MEDITACION XCIII

Como lo mucho que Dios nos sufre nos obliga á amarle

Mucho me obliga, Dios mío y mi Señor, para amarte, ver el grande sufrimiento que has tenido y tienes en disimular con mi vida y esperarme. Siempre que pecaba, en cuanto en mí es, volvía á crucificar otra vez, como dice tu santo Apóstol á tu unigénito nuestro Señor Jesucristo, porque á no haber sido muerto Él, muriera por salvarme; y con todo esto, estando yo ofendiéndote, mandabas al sol y á la luna que me alumbrasen; á la tierra que me sustentase; á los ángeles que me guarden; á los árboles y plantas que me den sus frutos, y á todas las criaturas que me sirvan. Cuando los hijos de Israel te ofendían con sus murmuraciones y se quejaban como ingratos, porque sacándolos de Egipto no los mantenías en el desierto, entónces mandaste á Moises que echase un madero en las aguas saladas, las cuales fueron luégo dulces, y enviaste pan del cielo á los incrédulos y rebeldes. ¡Oh, Señor! y ¡cuánto sufres á los ingratos y obstinados pecadores, y cuán digno eres de ser amado, pues pagas y vengas tus injurias, haciendo tantas mercedes y regalos á los que te ofenden! De tu misericordia está llena la tierra, y tu misericordia tiene poblado el cielo, y hasta en el infierno resplandece tu bondad y clemencia, pues castigas áun ménos de lo que merecen las culpas de los condenados. ¿Quién es aquel tan protervo y duro de corazon, que no ama á tanta mansedumbre y bondad? ¿Qué entrañas no se enternecerán delante de tan grande benignidad y clemencia? Esperas á los que te ofenden, sufres con paciencia las injurias y recibes con suma benignidad á los que vienen á tí, perdonando los pecados, y áun buscán-

dolos primero y rogándoles con el perdón. ¡Oh, misericordiosísimo y clementísimo Señor! ¿Cómo no te amaré yo, siendo tú tan sufrido y paciente conmigo? Suplicándote Moises que le mostrases tu cara, le respondiste: Yo te mostraré todo el bien. Y declarando cuál era todo el bien, dijiste: Tendré misericordia de quien yo quisiere y seré clemente con quien me pluguiere. Mira, pues, alma mía, cuáles son las riquezas, bienes y tesoros de tu Dios, que es ser misericordioso y clemente; y de tal suerte, que tener misericordia de nosotros es todo su bien para con nosotros. No dice ser justiciero, sabio ni poderoso, sinó ser misericordioso y benigno. No sacas, Señor, á plaza lo que hace al caso á tí, sinó lo que conviene á nosotros; y por eso mandaste á Moises que hiciese un propiciatorio. No leemos en la Escritura que haya señalado casa de justicia á donde sean los malos castigados, sinó casa á donde se perdonen los pecados, como fué aquel propiciatorio en la ley vieja, y ahora en la ley de gracia las muchas iglesias que hay por toda la cristiandad, donde los pecadores son reconciliados contigo. Tambien mandaste á tu pueblo de Israel que señalase ciertas ciudades de refugio, en las cuales los homicidas y pecadores pudiesen acogerse y ser libres de la justicia. Y en aquella maravillosa vision, cuando te mostraste á Moises en el monte y pasaste cerca de él, conociendo el santo tus muchas perfecciones y virtudes de sola tu misericordia, te alabó, diciendo: Señor Dios nuestro, misericordioso, clemente, paciente, de mucha misericordia, verdadero, que guardas tu misericordia en millares y quitas las maldades, delitos y pecados. En todo esto nos muestras, Señor, lo mucho que nos amas y cuánto más amigo eres de perdonar que de castigarnos, y cuando nos castigas te acuerdas de tu misericordia. A las diez tribus de Israel que castigaste permitiendo que fuesen cautivos, consolaste, dándoles muchos profetas; y cuando tu pueblo de Israel, murmurando contra tí y despreciando la tierra de promision, se quiso volver á Egipto, les amenazaste

en pena de su grande pecado, diciendo que no entraría en tierra de promision; y despues de esto, echando mano á las armas para pelear contra sus enemigos, les dijiite: No subáis á pelear contra ellos, porque yo no estoy con vosotros, y no caigáis delante de vuestros enemigos. Cosa es esta, Señor, maravillosa. Si no estabas con ellos, ¿cómo les dices que no vayan á la guerra, porque morirán en ella? Y si estabas con ellos, ¿cómo les dices que no estabas con ellos? Estabas con ellos y no estabas con ellos. No estabas con ellos, para que venciesen, y estabas con ellos, para que no fuesen vencidos y muertos. ¡Oh, misericordia inefable y bondad infinita! Castigas las culpas y amparas á los pecadores; muéstraste enojado contra ellos, y por otra parte los estás defendiendo de sus enemigos.

Así, clementísimo Señor, castigas nuestros vicios y pecados y conservas nuestra vida; y de tal manera te enojas contra nosotros, que nos amparas y defiendes de nuestros enemigos. Como la madre, que azota al hijo, y si le ve en peligro de muerte ella se pondrá en aquel peligro por salvar la vida del hijo, que mucho ama: por una parte, Señor, nos castigas como piadosísima madre, y es tanta tu bondad y misericordia, que viéndonos en peligro de muerte, no sólo te pusiste por librarnos de la muerte á peligro de muerte, mas aún recibiste la muerte por librarnos de la muerte, y perdiste la vida por darnos vida. De esta tu muy grande é infinita misericordia dijo en otro tiempo Isaías: El Señor es el que mide las aguas con el puño, y los cielos pesa con el palmo. Habla el profeta de tu justicia y misericordia por metáforas, de las cuales suele usar muchas veces la Escritura: y así entiende por las aguas las tristezas, adversidades y tribulaciones, segun aquello que dice David, hablando contigo en el salmo: Sálvame, Señor, porque entraron las aguas hasta mi alma. No hablaba el santo rey de estas aguas materiales, pues no pueden entrar estas aguas, siendo corporales, en el alma, que es

espíritu; pero quiso decir que le librasen de los trabajos y tribulación en que estaba, los cuales males habían llegado hasta su corazón. Eres, pues, Señor tal y tan bueno, dice Isaías, que nos das los trabajos y castigos á mano cerrada, por ser muy limitados y pocos, y el cielo á mano abierta, como la abre el que mide á palmos, porque eres corto en castigar y liberalísimo y magnificentísimo en premiarnos con bienes celestiales, usando con nosotros pecadores de grandes misericordias. Mira, pues, ahora, alma mía; abre tus ojos y considera cuánto debes amar á quien tanto te ama y cuán ingrata eres en ofender á quien tanto bien te hace, y que ofendiendo á tan buen Señor das ocasion, en cuanto es de tu parte, para que reciba mayor dolor y pena de la que tienen todos cuantos están en el infierno; porque como tu Dios y Señor es infinito en su poder y bondad, así es digno de ser infinitamente amado, lo cual ninguna criatura puede hacer, por ser sus fuerzas infinitas y limitadas; pero como la virtud de Dios es infinita, así Dios ama á su bondad infinitamente; y porque sería tan grande el dolor que recibiría el injuriado, cuanto es grande el amor con que se ama, síguese que Dios recibiría infinito dolor, si recibirle pudiese, cuando es su bondad ofendida, y así sería el dolor infinito y muy mayor que el que tienen los del infierno. Abre, pues, alma, los ojos de tu entendimiento y mira cuántos momentos, horas, días, meses y años há que el Señor por sola su grande bondad y misericordia te ha esperado, para que vuelvas á Él. Contempla á muchos hombres, que al tiempo de la muerte daban cuanto tienen y todo cuanto pudieron tener, porque Dios les alargase siquiera un día de vida para poder hacer penitencia de sus pecados, y no les fué concedido. ¡Oh! ¡qué desconocida vives de todos los bienes que recibes de tu Señor y particularmente en el tiempo en el cual tanto bien podrías hacer! ¡Oh, eterna y admirable bondad de mi Dios! Bien parece que no tienes término, ni medida, ni fin en sufrir tan innumerables maneras de pecar en

los hombres, esperando con los brazos abiertos para tener misericordia de ellos, si ellos de sí mismos la quisieren tener, no cerrando los ojos ni oídos para ver los beneficios y mercedes que de tí recibieron y oír las aldabadas que das á las puertas de sus conciencias. ¡Oh, almas ciegas y sordas! ¡cómo os basta sufrimiento para poder tener estos sentidos interiores tan cerrados que no oigáis ni veáis lo que tanto cumple á vuestro remedio y salvacion! Trabaja, pues, alma mía, en tanto que puedes, por abrir los ojos y no esperar que te recuerde la muerte, pudiendo despertarte su memoria, amando luégo á tu Dios y Señor, y no dejando este noble ejercicio para el tiempo, cuando por ventura por graves pecados pasados quedarás ver tus culpas y no verás el camino por donde de ellas te escapes.

MEDITACION XCIV

Que Dios ha de ser amado por ser fiel amigo nuestro

¡Oh, Señor! y ¡cuán cercado estoy de causas para poner solamente en tí mi amor, y con todo esto apenas pueden ser llevados mi duro corazón y rebelde voluntad al amor de tu bondad infinita! Si no te amo por lo que tú eres en tí, ¿por qué no te amaré siquiera por lo que eres para mí? Quiero á mis amigos, y se me van los ojos y tras ellos el corazón, porque me hacen bien y conozco que me quieren bien; y olvídome de tí y no te amo, siendo tan grande amador, tan fidelísimo y leal amigo mío, y tan benéfico para mí. Nunca, Señor mío, tú permitas que yo me olvide de aquel agradecimiento y extraña fidelidad que tuviste con tu siervo David, pues muchos años después de su muerte, amenazando á Salomon por los pecados que cometió, templaste tu ira, diciendo que no le quitarías en sus días la mitad del reino por amor de David tu siervo. Esta ley y amistad guardas con tus amigos, no sólo cuando son vivos, pero aún también después de muertos, cuando ya los tiene el mundo olvidados, pues perdonaste á Salomon la pena que por sus culpas merecía, para que no la viese en sus días, teniendo respeto á los méritos de su padre ya difunto. Los hombres dicen que á muertos y áidos no hay amigos; y pocos se hallaron como Booz, de quien dice la Escritura que la amistad que tuvo con los vivos les guardó después de la muerte. Pero tú, Señor y Dios nuestro, eres tan fiel y verdadero amigo de los tuyos, que excedes sobremanera á todo lo que los hombres pueden imaginar en género de amistad y amor, teniendo perpetua ley y amistad fidelísima con los vivos y muertos. Tanto cuidado tienes de las cosas de

los amigos en ausencia de ellos, que cuando Agar, criada de Abraham, andaba descaminada en el desierto de Bersabé con su hijo Ismael, estando en peligro de muerte, le socorríste, Señor, en su tribulación por los méritos de tu grande amigo Abraham; por lo cual dice la Escritura divina que oyó Dios la voz del niño. No dice que oyó la voz y lágrimas de la madre, sino la voz de Ismael; porque aquel favor y milagro del agua no le hiciste, Señor, por los merecimientos de la madre, sino por los méritos de Abraham, cuyo hijo era aquel niño. Solícito es Dios en mirar por las cosas de sus amigos; y así dice la Escritura Sagrada que hizo Dios grande príncipe á Ismael por ser hijo de Abraham. No ménos cuidado tienes, Señor, de volver por la honra de tus amigos en ausencia de ellos. Murmuraron Aaron y María de su hermano Moises, á los cuales reprendíste y castigaste muy duramente, ensalzando con desacostumbrados y grandes loores á Moisés, tu fiel amigo. En el mundo hay muchos que se tienen por nuestros amigos, que suelen en ausencia de nosotros, no sólo no volver por nuestra honra, pero aún ayudar á los que nos la quitan. ¡Oh! ¡cuán fiel amigo eres tú, Señor, pues así vuelves por la honra de tus amigos! Muy honrados son, Señor, tus amigos y muy bien establecido está su principado. Con todo esto amamos la falsa amistad del mundo, dejando á tí, fidelísimo y grande amigo nuestro. Maravillábase el pueblo y aún escandalizábase de tu santo precursor y glorioso Bautista, y tenía-le por ignorante y por mudable, pues habiendo dado á las gentes claro testimonio de tí, envió estando preso á preguntarte quién eras. Pero San Juan, que puso su honra á peligro por tu servicio y bien espiritual de sus discípulos, no la perdió, ántes ganó más honra, porque tomaste tú la mano en volver por ella, alabando su constancia y sabiduría, diciendo de él que no era mudable como caña ni ignorante el que era profeta y más que profeta, y así mereció tenerte por predicador de sus virtudes. Así volviste por la honra de la Magdalena en casa de

Simon fariseo y despues en Betania, cuando Júdas murmuraba de ella por el unguento que derramó, y volviste por la honra de José en Egipto y por la de Susana, y por la de tu Madre Santísima, cuando quiso José, su esposo, dejarla. Aparecióle el ángel y quitóle las imaginaciones y pensamientos que tenía. ¿Quién se fió de tí que le faltases? ¿Quién fué tu amigo y se vió en su necesidad desamparado? Halláronte presente los mozos en el horno de Babilonia, Daniel entre los leones y Jonas en el vientre de la ballena. Todos quieren el amigo fiel: todos desean que no los dejen en sus trabajos; y siendo tú tal como lo buscan ellos, y no hallando en los hombres lo que pretenden, ¡oh! ¡cuán pocos son, Señor, los que te aman! Pues aunque no fueras quien eres, bondad infinita y único bien nuestro, sólo por ser tan verdadero amigo era justo que te amásemos sobre todas las cosas. No hay cosa que se compare con el fiel amigo, y en la necesidad se conoce. De más altos quilates es la amistad que el oro ni la plata, y más preciosa que las piedras preciosas: y así, Dios mío y Señor mío, habiéndote yo hallado tan buen amigo en todos mis trabajos, ¿por qué no te amaré sobre todo lo amado y estimaré y apreciaré tu amistad más que todo lo precioso?

Mucho amamos á nuestros amigos, y estimámoslos en mucho, cuando tenemos experiencia que son verdaderos amigos nuestros y ellos son nuestro regalo y contento, y con ellos comunicamos nuestros secretos. ¡Oh, Señor y Dios nuestro! ¡cuánto te debe amar mi corazon, cuán dulce es á mí tu conversacion y cuán deleitable tu amistad! ¿Qué más podías honrarnos y estimarnos que llamándonos amigos tuyos? A vosotros dije yo mis amigos, dices, Señor, en tu Evangelio, hablando con tus Apóstoles. Este nombre, amistad, denota igualdad entre los amigos, porque cuando son dos muy diferentes y desiguales en poderío, riquezas, dignidad y estado, no se llaman amigos, aunque se amen, y es impropio lenguaje decir que el rey y el pastor son amigos. ¿Pues qué

bondad es esta, Señor, que siendo tú Dios infinito, eterno, todo poderoso y Señor del cielo y de la tierra, y siendo yo un vil gusanillo y criatura tan miserable y de todas partes sujeta á tantas necesidades, me llames amigo y quieras tener amistad conmigo? ¿Qué cosa es el hombre, que tanto lo engrandeces, que pones cerca de él tu corazón? Viendo la desproporción grande que había entre tí y el hombre, y que no podía haber amistad entre dos cosas tan desiguales, deseando nuestra amistad, quisiste bajarte tú, humillándote hasta ser hombre, y subir á nuestra naturaleza humana, uniéndola con tu divina persona en un supuesto, y haciéndola tan igual contigo que todo lo que se dice de tí, en cuanto Dios, se dice de tí hecho hombre, por la comunicacion de los vocablos y títulos. Si el rey se enamora de una esclavilla vil y desechada y se casa con ella por el amor que la tiene, ya goza ésta, que era mujer vil, de título, honra y dignidad de reina y señora y es servida y respetada como reina, y llamada majestad y tratada según la dignidad en que el rey la puso. ¡Oh, amador nuestro y Rey de la gloria, que tan terribles y desafortunados fueron los amores que tuviste á nuestra naturaleza humana, esclava y cautiva del pecado, que determinaste casarte con ella en el tálamo virginal de tu sacratísima madre y así la ensalzasse que es adorada nuestra humanidad en tí con adoracion de latría, debida sola á tu esencia y divina Majestad, que supositada en el Verbo divino, es un supuesto y una persona con Él, siendo Dios y hombre y hombre y Dios. ¿Párecete, pues, ahora, alma mía, que podrá Dios llamarnos amigos, habiendo igualado consigo á nuestra naturaleza humana? ¿No te parece que nos podrá llamar amigos y que nos da su divina clemencia y bondad infinita licencia para que le llamemos amigo? Verdaderamente nuestro amigo y verdadero amigo es Dios, y Él dió traza maravillosa como pudiese ser llamado amigo y llamarnos á nosotros amigos suyos, porque el nombre de amigo, que trae consigo amor y fidelidad, te re-

galase el corazon y enterneciese las entrañas, para que ames perpetuamente al que tanto hizo por ser amado de tí, sin tener necesidad de tu amor.

MEDITACION XCV

Como Dios ha de ser amado por ser guarida y casa nuestra

Siendo el ciervo perseguido de los perros, viendo que no se puede escapar, conociendo por instinto natural ser el hombre animal manso, llevado de su propia naturaleza, se va á él, por salvarse. ¿Pues cómo, Señor, sabiendo yo que tú eres mi Señor clementísimo y benigno, viéndome perseguido de los enemigos de mi alma y que muchos perros me han cercado y el consejo de los malignos me combate entre tantas tribulaciones y trabajos de mi vida, á quién iré, sinó á tí, clementísimo Padre, único refugio mío y verdadero amparo? Dios nuestro, refugio y virtud, ayudador en nuestras tribulaciones, que nos hallaron. ¿Pues cómo te buscaré sinó amando? ¿Y cómo tengo de ir, sinó con amor, pues el amor me lleva á donde quiera que voy? Como el sol es depósito de la luz, así tú, Redentor mío y buen Jesus, eres depósito de nuestras consolaciones y remedio. ¿Pues por qué, Dios mío, no te amaré yo, é iré á tí amándote, viviendo entre tantos peligros y siendo tú mi refugio y consuelo? Servirte es amarte; porque el que no te ama no te sirve; y el que te ama te sirve, y el que poco te ama poco te sirve; y el que mucho te ama mucho te sirve; y el que perfectamente te ama, te sirve perfectamente. De esta manera, Señor, como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma ir á tí. Gozando mi alma de la libertad que de tu don posee, tiene muchos enemigos que, codiciosos de la presa, la persiguen: unas veces á lo descubierto, con calumnias y maltratamiento de los mundanos, á quien ofende la diferencia de la vida: otras veces se esconden con arco y flechas en una enramada, para tirarme de

secreto al corazón, teniéndome armada traición con alguna conversación ó negocio que yo tengo por seguro: otras veces arma lazos encubiertos con color de la misma yerba, encubriendo algunas veces el pecado con color de algun espiritual ejercicio, y prende con adulterino color á quien no anda muy avisado. Suele el ángel de Satanás transfigurarse en ángel de luz, y por eso pedía David que lo librases del demonio del medio día, porque siendo tiniebla quiere hacer creer que es luz y cosa buena lo que persuade. No faltan perros que sigan la caza, que son muchas veces los falsos hermanos y sentidos exteriores y la inclinacion del apetito á los bienes de fuera; y aunque no fuese más el daño que su importuno ladrar, es gran trabajo, cuanto más que siempre salen con algo, y así del dolor de lo presente como del temor de más grande daño resulta esta agonía y este no poderme hartar de resollar; ni tengo otro respiradero, sinó poner los ojos en tí y mirarte como á casa y guarida de mis males y peligros. Oigo el ruido y murmurio de las misericordias tuyas, que salen de tí como fuentes, y por eso te deseo, como el ciervo las fuentes de las aguas. Eres fuentes, no porque haya en tí diversos principios, pues eres uno indivisible, mas porque todas las diferencias de bienes tienen su origen de tí. Del paraíso terrenal salía un copioso río que despues se repartía en cuatro ríos caudalosos, y de cada uno de ellos se derivan muchos. Así tú, Señor, eres un mar de todos los bienes; y siendo tú uno, te repartes y comunicas de diferentes maneras, no siendo tú partido, ni ménos en una parte que en otra, segun la medida de tu voluntad y sabiduría, dando á cada uno segun su disposicion. Esta es aquella agua viva que prometias á aquella mujer samaritana. Pues quien tanto mal tiene de cerca, y quien tanto bien tiene de léjos, estando en este valle de lágrimas desterrado de tu gloria, no es mucho que te desee mi alma, pues eres tú su amparo y todo su remedio. Tú eres mi refugio y vida, y podrás, si quieres, reme-

diarme, porque eres Dios vivo, cuya providencia se extiende á todas las cosas, sin que falte alguna. Siendo nuestra vida y todo nuestro socorro, seguramente te puede pedir remedio. Estoy ahora debajo de las alas de tu amparo; pero tiempo vendrá, Señor, que estaré en el mismo refugio y socorro de mi alma, teniendo todo mi bien delante de mis ojos, cuando como en morada propia serás hallado y cesará aquel congojoso buscar de los que van diciendo: ¡Oh, amado de mi alma! ¿dónde te apacientas y á dónde tienes la siesta del medio día? Allí, Señor, nadie me preguntará dónde está tu Dios; ni yo andaré buscando lo que siempre tendré presente. Entraré en tu morada, que tiene tantos aposentos cuantos serán los que se salvaren, porque en la casa de tu Padre hay muchas moradas; y aunque unos sean mejores que otros, porque una es la claridad de la luna, otra la del sol y otra la de las estrellas, y como una estrella difiere de otra en claridad, así será la resurrección de los muertos; pero con todo esto todos serán tales que con razón ántes escogeré allí el menor lugar que vivir en las moradas de los pecadores. El desecho de tu casa, Señor, es de de más precio que lo más alto de la tierra, si desecho puede llamarse algo donde todo lo que hay es escogido. No hace mucho el que dice: Señor, amé la hermosura de tu casa y el lugar donde mora tu gloria; porque aunque en todas partes si quisieres podrías ser gozado, quieres tener particular aposento para esto, porque convenía para el oficio que tal edificio respondiese. Los príncipes de la tierra siempre escogen en sus grandes palacios alguna pieza para su retrete, la cual con más primor está labrada que todas las demas; y así, aunque todo el palacio de este mundo y de este cielo sea tan hermoso que sólo mirarle pareció á algunos ser bastante bienaventuranza, creemos que en ese cielo empíreo tienes labrado un retrete á donde están las mejores piezas de tu casa. Por amor de esto me da pena esta pobre choza en que

vive mi alma, sabiendo con el Apóstol que si esta morada corruptible se cayere tenemos un soberano edificio labrado en el cielo, no por mano de hombres, sinó por la tuya, que puede cuanto quiere. No será ménos que locura querer explicar la grandeza de tu casa, el órden de los que te sirven, los aderezos y concierto de ella, la gloria de los moradores y magnificencia del dueño, pues siendo en todo cuanto haces tan grande y tan admirable que dejas muy atras á todo entendimiento, en sólo este dice un profeta que eres magnífico. Si aquella reina de Sabá quedó tan maravillada que salió como fuera de sí y estuvo muda y espantada, cuando vió la sabiduría de Salomon, sus riquezas y órden de su casa y concierto en su servicio, ¿qué será ver esa gloria y palacio tuyo y el órden y concierto maravilloso que hay en él? Aunque todo lo que haces en la tierra es cosa grande, si se compara con la glorificacion de los justos, veremos que allí solamente te muestras magnífico, pues aunque lo seas en todas las otras mercedes que les haces, en esta más en particular te señalas magnífico y generoso en las mercedes que les haces. ¿Qué mayor magnificencia que abrir todos tus tesoros y dar libremente todo lo que quisiere tomar á cualquiera que allí entrare y dejar al apetito tan contento que no puede más desear? ¡Oh! ¡qué debe sentir el alma que, saliendo de este valle de lágrimas, entra en tu palacio real para vivir en perpetua sabiduría y gloria! No dirá haber sido engañada en la nueva que acá tuvo, pues en compañía de todos dirá: Como lo oimos, así lo vimos en la ciudad del Señor de las virtudes, en la ciudad de nuestro Dios. Justo, pues, es, Señor, que arda mi corazon en llamas de tu divino amor, pues eres mi refugio y casa perpetua de mi alma y vida.

MEDITACION XCVI

Que Dios ha de ser amado por ser refugio nuestro

Proponía, Dios nuestro y Señor nuestro, el santo rey David amarte de todo su corazón y con todo cuidado y fervor, y despertándole á ello muy particulares dones y especiales mercedes que de tu mano había recibido, decía en el salmo: Ámeos yo, Señor, fortaleza mía; el Señor es firme piedra sobre quien estoy fundado; es mi refugio y mi librador, y en Él esperaré; es mi defensor y amparador, y la fuerza de mi salud, y el que me recibe. De todo corazón y con grande deliberación del ánimo y ferviente voluntad debes ser amado, pues tanto bien haces á quien tan grande necesidad padece, como el hombre. Mucho debe ser amado quien es nuestro bien, nuestro firmamento, nuestro refugio, nuestro librador, nuestro ayudador, nuestro defensor y la fortaleza de nuestra virtud. ¡Con cuánto fervor y calor debe ser encendida nuestra voluntad en tu divino amor! Desmenuza, pues, ahora, alma mía, cada cosa de estas, y hallarás lo que digo. Es el hombre miserable á cada paso y flaco en todas sus cosas, si quieres mirar su enfermedad y flaqueza, que aún no trato de la espiritual, sinó de sola la corporal. Con cualquiera tentación caería el alma, y con pequeña ocasión sería también desmayado el cuerpo, si tú, Señor, fortaleza nuestra y refugio nuestro, no nos sustentases corporal y espiritualmente. Si Dios no me ayudara (dice tu siervo David) ya casi morara mi alma en el infierno. Bien conocía el santo Apóstol que eras tú su fortaleza, y por eso dijo que todas las cosas podía en tí, que lo confortabas. Mucho, pues, Señor mío, me debe despertar á tu divino amor el conocimiento de la propia enfermedad y la fortaleza

que hallo en tí, Señor; porque ciertamente, Señor, arena movediza es toda la virtud é industria humana, y cada hora se caería el edificio fundado sobre ella; pero tú, Señor, eres piedra firme sobre que está fundada nuestra morada espiritual. Y ¿quién nos recibiría y ampararía en nuestras adversidades, si Dios no abriese las puertas de su misericordia y nos recogiese dentro? Él es nuestro refugio. Torre de refugio han menester los flacos y perseguidos de sus enemigos y que ya desmayan y no pueden resistir. Llamando al Señor oyóme el Señor de mi justicia; en mi tribulacion me ensanchaste. De los enemigos que nos persiguen y combaten cada día, dice el Apóstol que son tan poderosos, que no tenemos solamente lucha contra la carne y la sangre, mas aún contra los poderíos infernales y contra los príncipes de estas tinieblas. Y Job dijo que no hay poder sobre la tierra que se compare con el poder del demonio. ¡Cuánto, pues, debo desear, entre tantos enemigos que de día y de noche no cesan de buscar por donde destruirme, una torre y casa de refugio para ocultarme dentro y librarme de sus persecuciones y heridas! Esta merced nos haces tú, Señor, dándote á tí mismo en torre de refugio y amparo, en la cual somos libres de los daños de nuestros enemigos; por amor de lo cual á tí, Señor, debo yo acudir en la tribulacion y tentacion, donde hallaré las puertas de tu misericordia abiertas, y entrando dentro seré recibido y vencidos mis enemigos, alcanzando de ellos esclarecida victoria. En esto veré yo cuánto te debo amar, pues tantas, estando á punto de perderme y ya casi vencido de la tentacion, me socorriste con tu favor y misericordia, librándome de la muerte. ¡Oh, Señor! y ¡cuánto amor te debo, y cuánto me convida á amarte ser librador mío, amparador mío y casa de refugio en mi tribulacion y tentacion, que así me llevaba tras sí, que ya iba vencido, si tu bondad no me socorriera! Ama, pues, alma mía, á tan buen Dios, que nos tiene abiertas las puertas de su fortaleza para que éntre nuestra flaqueza á ser amparada y defen-

dida. Sube de punto la causa del mayor amor que á Dios debes; porque una cosa es ser Dios nuestro refugio y otra ser nuestro librador. Refugio de nuestra huida es Dios, y así no hay haber caído en las manos del enemigo; mas ser librador nuestro es sacarnos del poder del enemigo despues que nos tiene presos y cautivos. Así te considero, Señor, unas veces, que me amparas y recoges debajo de tus alas; y por esto diré con el profeta: Ampárame debajo de la sombra de tus alas. Amparásteme con tu misericordia, y previniéndome con tu gracia ántes que cayese, como lo hiciste con tu pueblo escogido de Israel, cuando yendo ya en el alcance contra él Faraon, rey de Egipto, con mano armada, libraste tu pueblo ántes que llegase á él el tirano ni lo hiriese, cortándole los pasos y ahogándole en el Mar Bermejo con toda su armada. ¡Oh! ¡cuántas veces, Señor, has hecho esto conmigo, yendo el enemigo en mi seguida y queriendo cautivar á mi alma! Dios mío, tu misericordia me previno. Anticipóse tu bondad, y el amor te hizo diligente, para que, ganándome por la mano, áun ántes que te llamase, fuese de tí socorrido. Te alabará para siempre jamas mi corazon, y mi boca no estará ociosa, cantando con tu pueblo esta gracia y merced preveniente, diciendo: Cante-mos al Señor, porque gloriosamente se ha engrandecido, pues al caballo y al caballero anegó en el mar. Otras veces, Señor, despues de caído y preso de mis enemigos, me libraste y sacaste de las tinieblas infernales á la luz y claridad de la gracia y amistad tuya. Enviaste tu favor desde el cielo, y me recibiste y me sacaste de las muchas aguas. Librásteme de mis enemigos fortísimos y de aquellos que me aborrecieron. Voluntariamente te sacrificaré y confesaré tu nombre, porque es bueno, porque me libraste de toda tribulacion. Quebrantaste mis ataduras, y sacrificaré sacrificio de alabanza. Te amaré, pues, Dios mío, con el santo rey David, pues eres mi refugio y mi ayudador. Grande regalo de amor hallo yo en esta palabra, y de veras se despierta la voluntad para darse toda ente-

ra á su Dios. Eres tú, Señor, nuestro ayudador, y somos nosotros flacos y no diestros en el ejercicio de esta guerra espiritual, y por eso eres tú nuestro ayudador, para que con tu favor y auxilio podamos vencer, pues sin tí (como lo dices tú mismo) ninguna cosa podemos hacer. Dispones de tal manera y ordenas de tal suerte el favor que nos das, que quieres para nosotros el provecho é interes de la victoria y coronas en nosotros tus dones, como si de sola nuestra virtud y fortaleza naciesen las obras que son dignas de alabanza y premio. ¿Quién hizo al santo Job tal y tan excelente? Ciertamente tu bondad y el buen uso de la libre voluntad del santo, y con ser lo principal tu gracia y haber venido de tu mano; no haces, Señor, sinó alabarlo y pregonar sus virtudes delante de tus santos ángeles y en presencia de su enemigo Satanas. Nacen estas cosas de su fuente, que es del grande amor que nos tienes; y como el amor procura hacer muy propios los bienes que da al amado, alábaslos tú, Dios nuestro, y corónaslos como si el hombre de su natural condicion y con sólo el albedrío, sin tu gracia y ayuda, los hubiera ganado. Ahora veo á dónde tengo de acudir para ser amparado en mis necesidades, y con tanta honra, que por las obras victoriosas que con tal ayudador tuviere seré magnificado y coronado. Es tan grande este favor y fortaleza que das, Señor, á los tuyos, que para más encenderse David en tu amor lo considera como los cuernos del toro, que lo que en ellos se arrebatá, si lo ha herido, lo arroja por el aire con gran victoria. Ámeos yo, Señor, que sois el cuerno, que quiere decir la fortaleza de mi salud, porque sin Vos yo no la tuviera para defenderme de mis enemigos, cuanto ménos para vencerlos y destruirlos. A esta misma manera de hablar pertenece lo que dijo en otra parte: En Vos y en vuestra virtud ventilaremos nuestros enemigos, y como toro con sus cuernos venceremos á nuestros contrarios. Quiere decir el profeta: Por todas estas mercedes y por todos estos dones, que conozco me vienen de vuestra liberalísima miseri-

cordia y soberana caridad, propongo, Señor, amaros con todas mis fuerzas y con toda mi voluntad y virtud. Todo esto me levanta el entendimiento, para que conozca en qué bondad tengo de emplear mi amor, y me enseña que pues tú, mi Dios, eres infinito bien, en quien hallo todo lo que he menester para mi salud eterna, á tí solo dé yo mi voluntad y en tí solo emplee todo mi amor enteramente.

MEDITACION XCVII

Como Dios ha de ser amado por ser librador nuestro

Entre otros muchos títulos y nombres que el santo rey David canta de tí, Dios nuestro y Señor nuestro, es llamarte nuestro librador, pues por tu infinita bondad y misericordia inefable nos quisiste librar de todos nuestros males, y tan á costa de tu honra y vida, que no dudaste de perderla por librarnos de nuestras culpas y de las penas, que por ellas merecíamos. Mira, pues, ahora, Señor, si te debo yo amar, siendo tú misericordia mía y refugio mío, recibidor mío y librador mío. Cuando el elefante cae en la hoya, de la cual no puede salir, ama al cazador que lo libra y saca de ella y le sigue y obedece. Si esto hace una bestia, siendo criatura que carece de uso de razon, ¿qué debo yo hacer, criado á tu imágen y semejanza y dotado de razon y entendimiento? Siendo tú, mi Dios y Señor, el que me sacaste de la hoya del pecado y me libraste de las redes del demonio, ¿por qué no amaré y seguiré á tan noble bienhechor? Quebróse el lazo, y nosotros fuimos libres: nuestra ayuda es en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Si eres librador nuestro, procede del grande amor que nos tienes, segun aquello que dices por boca del profeta Jeremías: En caridad perpetua te amé; y por eso te atraje, teniendo de tí misericordia. El amor que nos tienes es perpetuo, y éste es la raíz de nuestra salvacion, y por este amor nos sacaste del pecado y nos abriste la puerta del paraíso, y nos abrazaste siendo pobres y flacos. A tí se llegan, como á otro David, todos los adeudados y de amargo corazon, y en tí hallan acogida y segura defensa, porque tú haces hijos de Dios á los que eran esclavos del demonio y libertas á los que con-

dena la ley. A tí, Señor, hemos nosotros de mirar, y en tí solo poner nuestros ojos, como en fiel amigo nuestro y librador de nuestros males, porque las aguas de nuestros pecados no nos turben, desvanezcan y derriben en desesperacion, como los que pasan el río, que miran al cielo ó á la ribera. Mi alma se turba en mí mismo, y por tanto me acordaré de tí. En tí solo tiene vida y descanso, y en tí solo halla seguridad y reposo; y todo lo que no eres tú, mi Dios, es enfermedad para mí. Tú eres la verdadera salud, que como buen pastor suelda lo quebrantado, sana lo enfermo y guarda lo sano y recio: das fuerzas contra mis enemigos, sanas las llagas mortales de mis culpas, y si algun bien hay, tú lo conservas. Tú eres, Señor, el que dices por un profeta: Yo buscaré mis ovejas y las repastaré: buscaré lo perdido y reduciré lo desechado: ataré lo quebrantado y esforzaré lo enfermo, y lo grueso y debilitado guardaré, y las apacentaré en juicio. Tú, Señor, eres salud de nuestras enfermedades, ciudad de mi destierro, casa de refugio en mi tribulacion y descanso de todos mis trabajos. En tí y por tí vivo, y por tu virtud he sido mil veces librado, resucitado y levantado de las puertas de la muerte. En altas voces, que suenen hasta el cielo confesaré que tú eres la salud de mi rostro. Dulzuras tiene el divino amor para entretenerte y enternecerte, alma mía, y yo llamo á tu Dios salud de mi cara. El rostro del hombre es la superior parte del alma, la cual enferma cuando se humilla á la criatura, y sana cuando se levanta al Criador y del resplandor del divino rostro queda glorificada: por lo cual se puede ver cuán bien ordenada iba aquella bendicion antigua, que el sacerdote legal daba, el cual decía: Bendígate el Señor y te guarde; muéstrete su cara y tenga de tí misericordia: vuelva su rostro á tí y te dé paz. Con esto vive nuestra alma, cuando el Señor vuelve su rostro al nuestro, no porque en el suyo haya mudanza, sinó porque la mejoría del nuestro consiste en el favor de su gracia, que se llama volver el rostro á nosotros. No te congojes,

alma: espera en el Señor, que Él es tu librador. Lo hallarás desocupado y solo en todas las horas que lo quisieres; y no sólo para oírte, sino para hablarte, si le entiendes, y para tu ayuda, si lo llamas, y para tu refugio, cuando acudieres á él, y para librador tuyo, si quieres ayudarte. El agua que nace de alto principio, cuanto más quisiere alguno detener su corriente, tanto con mayor fuerza se levanta, como vemos en los caños de las fuentes. Esta vena de agua viva que bulle en mi corazón tiene su nacimiento de tí, Señor, que eres muy alto, principio de todas las cosas; y si nuestros enemigos la quieren detener, da mayores saltos hacia la vida eterna; por lo cual, cuanto los interiores trabajos más crecen y los combates de fuera son más recios, tanto más el alma se esfuerza contra ellos, y no sólo se encoge de cobarde, mas aún sale de sí y da más larga rienda á sus deseos, para que vayan á tí, librador y refugio suyo. Y como los hijos de Israel, cuando más afligidos eran de los de Egipto, entónces más se multiplicaban, y el arca de Noé, cuanto más crecían las aguas, tanto más se levantaba en alto; así para los que están infundidos de tu gracia no hay labor que más valga que la persecucion y trabajos. Entónces más se llegan á tí, y te conocen por su librador y Redentor, y te llaman, conociéndote por su único amparo y refugio. Siendo Jonas atribulado y echado en el mar, sabiendo el profeta que tienes tú, Señor, nombre de librador de los trabajos, exclamó y te llamó en su tribulacion, diciendo: Llamé de mi tribulacion al Señor y oyóme. Del vientre de la ballena lo llamé y oyó mi voz. Lo mismo hacía David, siendo perseguido de Saul; y cuando lo tuvo una vez cercado en una montaña, cercándolo el ejército de Saul alrededor así como corona, tú, como librador nuestro, lo libraste, pues por orden y traza tuya, permitiéndolo tu divina providencia, entraron los filisteos en la tierra, y fué menester que alzase Saul el cerco y fuese libre el que te llamaba, ejercitando tú el oficio de librador, pues lo eres de nuestros males y de to-

dos nuestros trabajos. Tú libraste é Enoc y á Elías de la comun muerte del mundo. Tú libraste al justo Noé de las aguas del diluvio, y á Abrahan de los caldeos. Tú libraste á Lot de sus trabajos y á Isaac de mano de su padre Abrahan, cuando quiso sacrificarle. Tú libraste á Lot del fuego de Sodoma y á tu pueblo de Israel de mano de los egipcios. Tú libraste á Daniel del lago de los leones; y á los tres mozos del horno de fuego y del poder del rey tirano. Tú libraste á Susana del falso testimonio, estando ya condenada á muerte; y libraste á David de las manos de Goliat y de las persecuciones de Saul, rey de Israel; y libraste á San Pedro de la cárcel de Heródes; y á San Pablo de la tormenta del mar, estando casi á punto de anegarse. ¡Oh, librador nuestro, poderoso y fuerte! ¿y quién dirá los males de que nos libraste y el amor con que nos sacaste del abismo de miseria en que estábamos caidos? Envíasnos trabajos, porque te busquemos, y para que llamándote conozcamos que eres librador nuestro y veamos el amor inmenso que nos tienes, y amemos á quien tanta razon hay para ser amado de nosotros. En su tribulacion te llamaron los buenos, y tú los libraste de los peligros en que estaban; y por eso los atribulaste, porque te llamasen. Los árboles olorosos, cuanto son del viento más combatidos, esparcen más su suavidad; y cuanto el viento de la tribulacion más combate al alma que tiene en sí plantas del cielo, tanto más suben los olores de sus deseos y el fervor de sus oraciones. No juzgo que por otra causa en el libro de los Cantares se dice de tu parte: Levántate, cierzo, y venga el abrego, y sacuda mi huerto, para que sus olores se derramen. En el principio, cuando la Iglesia se fundó, así era; y entónces el jardin dió verdaderos olores, floreciendo con rosas del martirio, azucenas de virginitad, lirios de pura conciencia, y jazmines de delicadas meditaciones. Sopló en la Iglesia el viento de la persecucion que los príncipes tiranos hicieron en tu escogido verjel, y dió tu huerto flores de olorosos ejemplos de santos que con su paciencia

y sufrimiento en los trabajos, y perseverancia en la virtud, olieron suavísimamente en tu santa Iglesia. Así también á cada justo en particular acontece ahora, que nunca tanto muestra su valor como cuando más apartada se ve la virtud. Dichoso mal, que puede ser principio de tanto bien. Ni tú, Señor, tampoco permitirías males en el mundo, si no juzgases sacar de ellos algunos bienes. ¿Cómo supiéramos la grande fe que tenían Abraham, patriarca fidelísimo, y el Centurion en el Nuevo Testamento, y la Cananea, si no fueran tentados y atribulados, cuya fe estan alabada en la Escritura? ¿Cómo supiéramos nosotros que eres librador de nuestros males, si no nos halláramos primero dentro de ellos? Conocemos, Señor, tu muy alto poder y grande amor que nos tienes, pues de tantos males nos libraste: por lo cual conviene que yo te ame perpetuamente, pues eres mi refugio, librador mío y todo mi bién junto.

MEDITACION XCVIII

Como Dios ha de ser amado por ser hartura nuestra

Pusiste gusto en tomar el manjar, porque era tan necesario para conservar nuestro sér y sustentar nuestra vida corporal, la cual sin mantenimiento no se conserva, ni el manjar se recibe en el estómago sin pasar por el gusto. Así, Dios mío y Señor mío, para que mi alma viva, pusiste un hambre en mi corazón y deseo, que mi alma tiene de tí, que no quisiste que fuera de tí pudiese hallar hartura en otra cosa alguna. Testigo sea de esto aquel hijo pródigo, el cual fuera de la casa de su padre perece de hambre, y no le es quitada hasta que vuelve al padre que desamparó, donde halla hartura y gozo. Mi alma, apartada de tí, anda hambreado por el mundo, y deseando saciar su deseo de los viles deleites de la carne, verdadero manjar de puercos, le es negado este vil manjar, pues todo es hambre y miseria, según el deseo y apetito tan generoso y noble que en ella pusiste. Su estómago es su capacidad; el deseo, el apetito que de tí tiene, que eres su manjar, al cual no sacía ni puede satisfacer todo lo criado. Ahora eres mi mantenimiento y sustentación en la tierra, y después serás mi hartura en el cielo, cuando te viere sin velo y gozare de tu divina esencia, según aquello que hablando contigo dice el real profeta: Me hartaré cuando pareciere tu gloria. El olor del manjar sustenta entre tanto que llega la hora del banquete; y mejor es esta hambre que la hartura de los que se ceban en otra cosa fuera de tí, porque el sabor temporal se paga con bascas mortales de su estómago, según aquello que dice un profeta: Su pan después que llegare al estómago se volverá en hiel de áspides allá en las entrañas; vomitará las

riquezas que comió, y Dios se las sacará de su vientre. No solamente es esto verdad, cuando por los breves deleites se hallarán en tormentos eternos, cuando de veras amargarán los ajos y puerros de Egipto, y ruin comida: mas aún acá se siente, pues con angustia arrojarán del estómago lo que mal en él se recibió. Dan aquí los manjares del mundo dolor de cabeza y estómago, pues atormenta la mala conciencia al malo, y despues recibirá perpetuo tormento. Pero el que llega á tí, Señor, y come en tu mesa, siéntase en ella con hambre que de tí tiene, y es admitido á la dulzura del escondido maná, y llegando con esta hambre y deseo, no podrá ser sinó grande el gozo del convidado cuando se hallare sentado á la mesa. Para este convite mandaste, soberano Padre de familias, que se matase aquella gruesa ternera que era la mejor de todo tu ganado. Para este banquete se ordenó la encarnacion gloriosa y preciosa muerte de tu unigénito Hijo. Para éste se mataron los toros y aquellas aves de grande precio de que se hace mencion en la parábola del santo Evangelio. Verdaderamente, Señor, si el hambre que tiene mi alma de tí es grande, excesivamente será mayor la comida, de la cual está escrito: Hará el Señor de los ejércitos un banquete á todos los pueblos en este monte, convite de manjares gruesos y sustanciales, delicados y provechosos. Todas son palabras que explican bien la grandeza, así de parte del que hace la fiesta, que es el Señor de los ejércitos, como de parte de los llamados, porque será universal para todos, y el Señor limpiará las lágrimas de sus ojos; y por eso habló muy bien el que dijo que la bienaventuranza es un conjunto de todos los bienes. Los hará este manjar inmortales, y les dará la vida para siempre. Por eso dice el Sabio: Arbol de vida es para los que la alcanzaren, y bienaventurados son los que la tuvieren. Esto dice, hablando de la divina Sabiduría, en cuya contemplacion consiste la mayor parte de este convite, Como el árbol de la vida, si el estado de la inocencia durara, fuera causa de vida inmortal, mediante tu di-

vino favor, que fuera la principal causa; así tambien en aquel reino esta comida hará á los bienaventurados inmortales y en alguna manera eternos, porque estarán tan vueltos á tí, bien soberano, que participarán de inmortalidad y no quedarán sujetos á mudanza; y hay grande diferencia de esta comida á todas las otras, porque en las otras comidas el manjar es convertido en el que le come, y aquí el manjar convierte en sí á quien le come; por lo cual un profeta dijo: Se convertirán todos los que se sientan á su sombra. No se oye allí sinó voz de regocijo. El celestial alegra el corazon, y el manjar esfuerza el pecho y deja tan limpia la garganta, que se oyen las voces de su alegría, donde dan muestra de lo que sienten, y confiesan tus maravillas y la grandeza de tus beneficios; y como es infinita la materia de que tratan, así será sin término su confesion. ¡Oh! ¡qué música tan celestial, y qué diestros los cantores! ¡cuán á compas que debe ir, y cuán sentido el maestro de capilla que rige el coro, pues siendo tantas y tan diferentes las voces que dice San Juan en el Apocalípsis, que son voces como de muchas aguas, hacen tan suave y acordada consonancia! Bienaventurados los que moran en tu casa, porque para siempre te alabarán. Voz de alegría y de salud en las moradas de los justos. Esta es aquella suave cancion, de la cual un profeta hace mencion, diciendo que los que entraren en la santa ciudad oirán la cancion como de fiesta y solemnidad de grande júbilo y alegría. ¡Oh, hartura nuestra y delicado manjar de nuestras almas! ¿Cuándo, Señor, vendrá el día en que se vea mi alma en esa opulentísima mesa, gustando del mantenimiento celestial y música de tu gloria? Mi alma te deseó en la noche, porque no pudiendo con paciencia sufrir las tinieblas y oscuridades de esta vida, desea verse contigo y gozar de la luz del cielo. Susténtome ahora con los relieves de esa mesa; porque así como aquellos mozos que se criaban en Babilonia, para que despues pareciesen delante del rey Nabucodonosor, eran mantenidos con el manjar de la

mesa del rey, para que siendo bien criados y hermosos, y sin mácula, pudiesen asistir en la presencia del rey, de esta manera los que te han de ver, Señor, en el cielo, si quieren ser dignos de tu presencia, conviene que cuando allá entraren en el cielo sean sin defecto ni fealdad alguna de pecado, y que se críen desde acá y aquí en este destierro babilónico con esos manjares celestiales. Con los relieves de tu gracia, que desciende del cielo en nuestras almas, me tengo yo de mantener aquí si quiero dignamente verte en la gloria. Los que se crían con los viles y groseros manjares del mundo no son para parecer delante de tí en la bienaventuranza. Son los tales echados del palacio de Nabucodonosor, como rústicos que hieden á los ajos; por tanto conviene que me mantenga con pan del cielo, si quiero ser de tu celestial palacio y del número de los cortesanos que te sirven en las moradas perpetuas. Este es el manjar real que envía de su mesa el rey David á su fiel siervo Urias. Son estos los gustos espirituales y consolaciones divinas con que sustentas á los tuyos en este mundo, como con las sobras de los abundantísimos manjares que se comen allá en la mesa de tu gloria. ¿Con qué pan se sustentó Elías cuarenta días y cuarenta noches, sinó con el pan que le dió tu santo ángel, y con él llegó hasta tu santo monte, llamado Oreb? El Señor me rige, canta el salmista; y como dice otra traslacion, el Señor me apacienta, y ninguna cosa me faltará. Faltará á los mundanos el mantenimiento, y así padecerán hambre como perros y cercarán la ciudad; pero aquel á quien tú, Señor, apacientas, no faltará cosa alguna, porque estará harto y contento siendo de tí mantenido. Me pondrá en los pastos de su gloria y en los abundantes y altos montes de Israel, donde veré á Dios, y me llevará sobre las aguas de refecion, satisfaciendo mi apetito y saciando mi deseo, comiendo de aquel pan vivo que desciende del cielo y es vida y hartura de nuestras almas.

MEDITACION XCIX

Como de parte de las criaturas hemos de amar á Dios

Son tantas las razones que hay para amarte, Dios mío y dulzura de mi alma, que cuando no quisiere alzar mis ojos al cielo para acordarme de quien tú eres, y tus infinitas y admirables perfecciones, si los pusiere en la tierra y mirare todo este universo y lo que tus divinas manos de nada criaron, aquí hallará mi alma muy grande causa para amarte, pues no puede convertirse á parte alguna sin ver tus obras maravillosas.

De parte de las criaturas te debo amar, pues todas ellas te sirven con lo mejor que tienen y en la mejor manera que pueden, y perfectamente te obedecen. Pues así yo con lo mejor que poseo, y en la mejor manera que puedo, perfectamente te tengo de servir, á ejemplo de las otras criaturas inferiores á mi vida, dando á tu divina Majestad lo mejor que yo tengo, que es el amor. ¿No miras, alma mía, como el árbol endereza todas sus obras á una, que es la mejor de todas, que es á producir la fruta, para que goce el hombre? De esta manera debo yo, Señor, ordenar todas mis obras á una, que sea la mejor de ellas, y darla á tí, mi Dios, como el árbol me da á mí lo mejor que tiene. La mejor obra que yo puedo hacer y la mejor fruta que yo te puedo dar es amarte. En el Evangelio nos comparas á los árboles, de los cuales el árbol que no acude con buena fruta á su Señor, dándote amor, que es la fruta que de nosotros quieres, será cortado y echado en el fuego del infierno. Sirvente, Señor, las criaturas con todas sus fuerzas continuamente, de noche y de día, en tiempo sereno y turbio, así yo te amaré, Dios mío y Hacedor mío, con todas mis fuerzas

de día y de noche, en prosperidades y adversidades. Las criaturas sirven á mí solo y segun su propia naturaleza; así yo debo á tí solo servir y amar de libre voluntad con alegría. Las criaturas me dan sus dones en la mayor perfeccion que pueden, y si así no me las dan no las tomo, pues de mi árbol quiero el fruto bien maduro, sano, dulce y á su tiempo y perfecto; y cuando así no lo hace le corto por la raíz para el fuego. Así trabajaré yo en dar á tí, mi Dios, el amor, que es fruto á tí debido, bien maduro, dulce, sano y perfecto, y en todo tiempo, porque este fruto en todo tiempo tiene sazón. Las criaturas no me sirven á mí con engaño, ni pereza, ni doblez. mas con simple y pronta atención; así yo tengo de servir y amar sin engaño y sin pereza. De todo lo que, Señor, hiciste y criaste tengo yo de tomar doctrina como he de servirte. En todas ellas veo resplandecer tu infinito poder y sabiduría, y en cada una de ellas te hallo presente, pues todo lo llenas con tu presencia, como tú mismo lo dices en la Escritura: Ni el centro de la tierra es lo más léjos de tí, ni el cielo más cerca, aunque tus efectos sean diferentes y en diferentes lugares. Todo estás en todas partes y todo estás en tu presencia. Desnudo está el infierno ante tí, y no tiene cubierta la perdición, por ser su estado tan diferente del tuyo. Todas las cosas están desnudas y patentes á tus ojos. Siento ahora algunas veces tu presencia, cuando me detienes de mis malos caminos y me enderezas á los buenos. Siento tu favor y que eres librador mío, y oigo alguna vez aquella tu dulce voz, que me despierta del sueño y me da nuevos alientos de vida; mas acontéceme como dijo Moises al pueblo: su voz oíste, pero no viste su rostro. Veo las obras de tus manos; pero con ser tan grandes y hermosas, por todas ellas no podré conocer la hermosura de tu pié, cuanto más la belleza de tu cara. Pasas siendo inmudable tan de corrida por estas cosas, que me dice el profeta que andas sobre la mar, y sobre sus profundas aguas dejas sendas. Eres tan grande sin cantidad y tan infinito sin medida ni tér-

mino, que el cielo es tu silla y la tierra el banquillo de tus piés. Por estas cosas que criaste vengo rastreando al conocimiento de quién eres, ya que no puedo ahora ver tu presencia en esta vida, pues ninguno de los mortales te verá y vivirá en el mundo. Y despues que eres mi Dios de majestad eterna, vida mía y omnipotentísimo Señor, y yo criatura tuya, que de nada me criaste, es tanta tu bondad y clemencia que, despues de tantas obligaciones que el hombre te tiene, no quisiste obligarle á cosa penosa, sinó sólo á que te amase, el cual es un oficio dulce, jocundísimo y deleitable. Veo, pues, ahora otra mayor bondad tuya, pues quisiste que aquella misma obligacion que tiene el hombre de amarte se convirtiese en solo provecho suyo; porque aunque tú nos amas y deseas nuestro amor, no lo haces por algun provecho tuyo, pues no tienes necesidad de nada; pero lo haces porque el hombre amándote se enriquezca de verdaderas riquezas, y tenga grandes provechos y se enriquezca mucho. De dos cosas tiene el hombre muy grande necesidad. La una de ser y conservar su ser, y la otra de buen ser y conservar su buen ser; porque el que no tiene buen ser mejor le sería no ser. Del servicio de las criaturas, que naturalmente sirven al hombre, conserva su ser el mismo hombre; mas del provechoso servicio del amor que el hombre libre voluntariamente da á tí, Señor y Dios nuestro, recibe buen ser y provechosísimo ser; y perseverando en tu divino amor conserva el hombre su buen ser, que es el ser de gracia. Y así como el servicio de las criaturas es continuamente necesario al hombre para que sea y conserve su ser, así el servicio y amor que el hombre dé á tu divina Majestad ha de ser continuo, si el buen ser, que es el ser de gracia, quiere que dure y persevere en él. Y como es necesario á mí el morir en negándome las criaturas el servicio que me deben, así me será necesario morir espiritualmente, quanto al alma, si yo no diere á tí, Señor, como á Criador mío, el servicio del amor que te debo. Porque si la vida de mi cuerpo humano depende del servicio de las criatu-

ras, y éste faltando luégo le falta la vida, así tambien, como la vida del alma se funde y sustente en el servicio y amor tuyo, necesariamente faltando este amor luégo morirá espiritualmente el alma. De donde se concluye que el que á tí no ama es verdaderamente muerto, y que no le aprovecha nada el servicio que de las criaturas recibe, si el mismo hombre primero no te ama. Y de aquí tambien resulta que cuando las criaturas me sirven, y yo no te sirvo, ellas todas pierden su servicio y son privadas del provecho de sus trabajos, porque no alcanzan el fin para que fueron criadas. Y si de razon usasen todas se rebelaran y se alzarían contra el hombre, negándole sus servicios; y el tal hombre, que á tí, Señor, no ama, en cuanto en sí es, pervierte y destruye el órden del universo, y es indigno de recibir el menor servicio de la más pequeña criatura. Conviene, pues, Señor, que yo te ame, para que merezca el servicio de las criaturas, las cuales no se llegan de otra manera á tí sinó sirviéndome á mí cuando yo te sirvo. Y por amor de esto, cuando yo te amo, y soy el que debo, todas las criaturas se unen á tí y alcanzan el fin de su creacion, yo por mí y las criaturas por mí. Mas cuando yo no soy el que debo, todo lo confundo y pierdo, y pervierto cuanto por tí está criado; pero cuando te amo, con el amor que te tengo reparo y encadeno todas las cosas, y junto y conservo á todo el universo. Por lo cual, así como cuando te amo merezco que todas las criaturas me sirvan y todas ellas se unen y llegan á tí, por el contrario, no amándote soy digno que me nieguen su servicio y se levanten contra mí, segun aquello que está escrito: Peleará la redondez de la tierra contra los locos. ¡Oh, dulce y maravilloso círculo, del cual se muestra que cuando el hombre te ama es un medianero entre tí y las criaturas, pues amándote vuelven ellas por el hombre á su Criador! Pero el que no es tal, indigno es de ser llamado criatura tuya.

MEDITACION C

De la gloria que alcanzarán los que aman á Dios

Entre las muy grandes y soberanas mercedes que haces á nosotros, tus siervos, liberalísimo y magnificentísimo Señor, esta es una muy señalada y maravillosa, darnos tu divina largueza, gloria y descanso perpetuo por tan pequeños servicios que te hacemos y breves trabajos que por tí pasamos en esta momentánea y transitoria vida. No son por cierto, como dice tu santo Apóstol, dignas las pasiones de este tiempo de alcanzar la gloria á nosotros revelada. Pero es tan grande tu bondad y misericordia, que nos prometes vida eterna si te amáremos. Cuando aquel doctor de la ley llegó á tí y te preguntó qué haría para alcanzar la vida eterna, tú le respondiste que amase á Dios y al prójimo como á sí mismo. Mira, Señor, cómo quieres premiar el amor con tu gloria y perpetuo descanso. Pues si no me mueven á amarte, Dios mío y Criador mío, ser tú quien eres, y tantos y tan grandes beneficios que cada día recibo, y tan diversos regalos que del cielo y de la tierra y de todos los elementos me vienen, ¿por qué no me mueve siquiera á tu amor el premio tan grande que espero? Vergüenza tengo que me venzan los hombres sensuales y puramente seculares en sus deseos. ¿Qué no sufre un mundano por alcanzar un breve deleite de la carne, que se pasa como humo, dejando atormentada la conciencia? ¿Qué no hace un avariento por una muy poca ganancia, que muy presto ha de dejar, que quiera ó que no quiera? ¿Qué un ambicioso por una vana honrilla, que por ventura le ha de traer al cuchillo? Y yo, que no trabajando, sinó amando, podría alcanzar la gloria que me tienes prevenida, no quiero amarte. Si no me mue-

ve á tu amor ser tú quien eres, bondad infinita y sumo bien, y el grande amor que me tienes, y lo mucho que por mí has hecho, y beneficios sin cuento que de tu mano he recibido, muévame siquiera la bienaventuranza, que es gloria infinita, que prometiste á los que te aman, donde para siempre jamas gozaré de la vista de tu esencia divina, sin nunca poderte perder.

El premio de los que te aman es reinar: ama y reina. ¿Qué cosa hay más fácil que amar? ¿ni qué cosa hay más gloriosa que reinar? Ojos no vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón de hombre subió, ni á pensamiento llegó lo que tiene Dios aparejado para los que le aman. Cuando la reina de Sabá vió la gloria de la casa de Salomon, los trajes de sus criados, el concierto de su servicio y los manjares de la mesa real, faltóle el espíritu y lengua, y túvose por engañada, por ser menos lo que había oído de lo que veía. ¿Pues qué será, Dios mío y Señor mío, cuando viere mi alma tu cara y entrare en aquel celestial palacio de gloria y oyere aquellas músicas angélicas? Nadie lo puede decir; y por eso dijo tu santo Apóstol que no tenía licencia para hablar en lo que allá vió, porque todo lo que podía decir era tan poco que pudiera ser ocasion de ser menos estimado de los que tan poco pueden entender de cosa tan subida. Allí estarán los que te aman como embriagados con la abundancia de tu casa; y como arroyo de deleite entrará en su boca de ellos, preparando en el monte de la eternidad convite de cosas gruesas, tiernas y delicadas. Preparará para que entren en el gozo de su Señor; y sentándose el pueblo que ama á su Dios en la hermosura de paz, los servirá el rey, pasando por ellos. Vemos aquí ahora en espejo y por viril; pero entónces te veremos rostro á rostro así como eres. Ahora te conocemos en parte; pero entónces te conoceré así como soy conocido; conviene á saber, perfectamente, como soy conocido de tí. Cuando apareciéres, seremos á tí semejantes y te veremos así como eres. En tu lumbre ve-

remos la lumbre, y veremos al rey en su hermosura. Todo eres rostro y cara, y en el cielo no tendrás aquellas espaldas que mostraste á Moises en el monte; y así viendo tu rostro te veré todo, y siendo tú infinito, veré una infinidad. ¡Oh! ¡cuánto se extenderán mis ojos, pues serán suficientes para ver tu deidad infinita! Allí veremos todo el bien que dijiste que mostrarías á Moises; donde beberá el alma de la fuente de la vida, y en la lumbre de Dios verá su lumbre; donde la esencia de Dios es especie é imágen suya y donde Dios es aquel galardón grandē y copioso prometido á Abrahan y á todos los justos. Aquí hay grande multitud de dulzura escondida para los que temen á Dios y donde está guardado infinito tesoro para los hombres; y donde verán todos los bienaventurados á aquel único y sumo bien. Entónces quitará Dios todas las lágrimas de los santos, donde no habrá muerte ni lloro, ni clamor, ni habrá más dolor alguno! ¡Oh! ¡cuán amadas sus tus moradas, Dios mío y Señor de las virtudes! Codicia y desfallece mi alma en las entradas de tu casa. Recogerá tu vista todos mis pensamientos y juntará todas mis fuerzas, para que yo todo entero me emplee en tí: que no será pequez a razón de bienaventuranza ver que no se perderá un pequeño cabello de mi cabeza, ni habrá en mí cosa que de tí no sea, como parte de galardón. Dice un profeta que es la gloria del Señor, para que nunca me derrame, para que viva siempre entero, en quien me será mejor estar que en mí mismo. Todo lo de acá es falso color que se despinta; pero tu amado discípulo dice: Ahora somos hijos de Dios, y no parece lo que seremos. Cuando apareciere seremos semejantes á Dios, porque le veremos así como es. No se parece lo que hemos de ser; mas cuando el Señor se mostrare, entónces tendremos verdadero lustre, cuando le viéremos como Él es. Y esto es, Señor, lo que principalmente hallaré, cuando en tu presencia me viere, que veré lo que tú eres. Bueno era hallarme á mí; pero mucho más es hallarte á tí y contigo todas las

cosas. En tí, espejo sin mancilla é imágen de la bondad de Dios y luz eterna, se muestra lo que tú eres; y es tal tu imágen que nada te puede representar sinó tu mismo. En tí parece el resplandor de tu gloria tu natural Hijo, y aquel fuego de amor divino, que de tí y de tu Hijo eternamente procede. Entraré en las potencias del Señor y me acordaré de sola tu justicia, y veré aquella virtud inmensa, que todo lo mueve sin cansarse; y aquella sabiduría, que todo lo concierta sabrosamente; y aquella bondad, que á todos se comunica. Veré en tí, causa universal, el sér de tus criaturas más perfecto que en ellas mismas, porque en tí está el original de donde ellas se sacaron; y en fin, veré todo lo que ahora creo y tendré presente todo lo que deseo; y en llegando, pararé para no más moverme; y estando en tí firmemente, veré la mudanza de todas las otras cosas; ni tendré miedo que el tiempo gaste tanto bien, porque ya gozaré de tu eternidad. Loco será el que dijere que ha dicho mucho de tu gloria y no confesare que no ha dicho nada respecto de lo que se pudiera decir. Hable, Señor, la lengua de tí, porque de otra manera no se satisface el deseo; mas para guardar el respeto que á tu gloria se debe, humíllase el entendimiento, y bajando los ojos, dice que no sufre tanta claridad y que si de tí piensa y habla no es para comprender lo que tú eres, sinó para más encender la voluntad en tu llama, cuyo calor ahora se siente y cuya claridad se ha de ver en tu reino, gozando de tí entre aquellas angélicas jerarquías y multitud de tus escogidos en aquella bienaventuranza eterna y celestial Jerusalem, que es tu gloria, donde vives y reinas por siempre jamas. Amen.

LAUS DEO

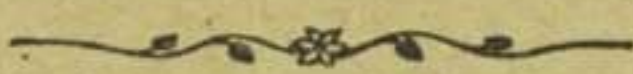


ASUNTOS PREDICABLES

DE LO CONTENIDO EN ESTAS

MEDITACIONES DEL AMOR DE DIOS

DISCURRIENDO POR TODAS LAS DOMINICAS Y FIESTAS DEL AÑO



DOMINICA PRIMA ADVENTUS

Evang. *Erunt signa*, etc.

Luc., 21.

1. *Erunt signa*, etc. Con razon dijo el profeta Isaías, cap. 30, á los mundanos: *Væ filii desertores, ait Dominus, ut faceritis consilium, et non ex me sperantes auxilium in fortitudinem Pharaonis, et habentes fiduciam in umbra Ægypti*, pues que con esa misma sombra, que son sus criaturas, les viene á hacer guerra y á destruir, secundum illud Sap., c. 5: *Pugnabit pro eo orbis terrarum contra insensatos*. Med. 2, pág. 8, 1.

2. *Quoniam appropinquat redemptio vestra*. Hasta el día del juicio no deja Dios de despertarnos con motivos de amor, llamándose siempre *Refugium nostrum, et Redemptio nostra*,

para que hasta entónces y para siempre viva en nosotros la obligacion que tenemos de amarle. Med. 96, pág. 163, 2; y med. 97, pág. 168, 2.

DOMINICA SECUNDA ADVENTUS

Matth., 11.

1. *¿Quid existis in desertum videre?* Cuán buen amigo es Dios, pues tan bien vuelve por la honra de sus amigos. Med. 94, pág. 154, 2.

IN FESTO NATIVITATIS DOMINI

Joann., 1.

1. *Et verbum caro factum est.* Por despertarnos más á su amor. *Ratione similitudinis: Verbum caro factum est habitu inventus ut homo similis nobis foris apparuit.* Philip., 2. Med. 26, pág. 99, 1; y med. 27, pág. 103, 1.

2. *Et verbum caro factum est.* Aquí se nos descubre cuánto le rindió á nuestro Dios el amor que nos tenía, que por no dejarnos de amar se unió con nuestra naturaleza *unione hypostatica*, indisoluble y firme. Med. 67, p. 32, 2.

3. *Et verbum caro factum est.* Mediante la cual union enriqueció el Señor nuestra carne de mil bienes y riquezas. Et ita ait D. Joann., cap. 1: *Vidimus eum quasi unigenitum a Patre plenum gratia et veritatis*, para enriquecer á todos. Med. 14, pág. 54, 1; y med. 15, pág. 58, 1.

IN FESTO EPIPHANIÆ DOMINI

Cum natus esset Jesus, etc.

Matth., 2.

1. *Ecce Magi.* Apénas es nacido, cuando ya comienza á hacer guerra á Satanás y á despojarle de sus cautivos. Con razon le llama Dios por su profeta Isaías, cap. 8, *Accelera.* Med. 15, pág. 58, 1.

2. *Ubi est, qui natus est Rex judeorum?* Aquí se nos descubren las fuerzas y efectos del amor de Dios; cuán osados y atrevidos hace á los hombres, que ni temen rey ni Roque: *Charitas foras mittit timorem.* 1 Joann., 4. Med. 75, pág. 68, 2; y med. 97, pág. 168, 2.

DOMINICA QUARTA POST EPIPHANIAM

Ascendente Jesu, etc.

Matth., 8.

1. *Salva nos.* A solo Dios hemos de invocar cuando el agua de la tribulacion nos llegare á la garganta, como lo decía David, segun lo dice en el salm. 106: *Ad Dominum, cum tribularer, clamavi,* como aquí lo hicieron los discípulos. Med. 96, pág. 163, 2; y med. 97, pág. 168, 2.

2. *Et facta est tranquillitas magna.* No sólo el Señor nos obliga á su amor con beneficios y mercedes á manos llenas, pero por librarnos á cada paso de muchos peligros de muerte, como aquí libró á sus discípulos: *In quo vivimus, movemur, et sumus.* Act., 17. Med. 97, pág. 168, 2.

DOMINICA IN SEPTUAGESIMA

Simile est Regnum Cælorum, etc.

Matth., 10.

1. *Conventione autem facta.* Por muchos y diversos respetos está el hombre obligado á servir á Dios *ratione creationis, redemptionis, conservationis, et beneficiorum*; y con todo eso: *Exiens conducere operarios in vineam suam* (Matth., 20), no les quiere mandar nada: *Nisi conventione facta, quia ipse cognovit figmentum nostrum.* Psal. 102. Hasta dónde llegan los pensamientos del hombre, como los de San Pedro, cuando dijo: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Quid ergo erit nobis?* Matth., 19. Med. 8, pág. 30, 1.

2. *Misit illos in vineam suam. Quæ secundum omnes Doctores est Ecclesia militans,* de la cual cada cristiano es cepa plantada, y así espera el Señor de él el fruto de su divino amor, el cual es la observancia de su santa ley; y como Él lo dijo: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, etc.* Joann., 14. Med. 41, pág. 162, 1; y med. 52, pág. 209, 1.

DOMINICA IN QUINQUAGESIMA

Assumpsit Jesus, etc.

Luc., 18.

1. *Jesu filii David miserere mei.* Aunque oía el ruido del tropel de la gente que pasaba, á ninguno invocó en su tribulacion, sinó al benditísimo Jesus: *Adjutor in opportunitati-*

bus, et in tribulatione (Psalm. 45), en la cual no hay que acudir á otro: *Qui sanat contritos corde, et alligat contritiones eorum.* Psalm. 146. Med. 96, pág. 163, 2; y med. 97, pág. 168, 2.

FERIA QUARTA CINERUM

Cum jejunatis, etc.

Matth., 6.

1. *Unge caput tuum.* No se contenta Dios con que seamos buenos y hagamos buenas obras, sinó que quiere que lo seamos con gracia y aire; que guardemos en todo lo bueno que hiciéremos el *quo modo*, como Él lo guardó en lo que crió para el servicio del hombre: *Vidit Deus cuncta, quæ fecerat, et erant valde bona.* Gen., 1. Med. 80, pág. 91, 2.

2. *Unge caput tuum.* Mira el fin que te ha de mover á la virtud y buena obra: *Pone me ut signaculum super cor tuum, et ut signaculum super brachium tuum* (Cant., 8. Med. 81, pág. 95, 2), y que la virtud no es sinó buen amor. Med. 82, pág. 99, 2.

3. *Ubi enim est thesaurus tuus?* El tesoro verdadero del alma del cristiano es el amor, mediante el cual se transforma *in rem amatam.* *Amor meus, pondus meum, ibi feror, quocumque feror.* August. Med. 68, pág. 36, 2.

4. *Ubi enim est thesaurus tuus?* El que una vez está rendido al amor divino, luégo tiene altos y subidos pensamientos, y emprende cosas grandes. Med. 88, pág. 124, 2.

5. *Ubi est et cor tuum.* *Quia anima magis est ubi amat, quam ubi animat.* *Nam amor est quædam vita duo aliqua copulans, vel copulare appetens, amantem, scilicet, et quod amatur.* Aug. Med. 49, pág. 197, 1.

FERIA SEXTA CINERUM

Audistis, quia dictum est, etc.

Matth., 5.

1. *Benefacite his, qui oderunt vos.* Jamas el Señor habló del amor que luégo no hablase de las obras, diciendo: *Benefacite his, qui oderunt vos;* y así es de ponderar lo que la Escritura dice, que *Jonathas diligebat David quasi animam suam;* y pruébalo: *Nam expoliabit se Jonathas tunica, qua erat indutus, et dedit eam David.* I Reg., 18. Med. 42, pág. 166, 1.

2. *Benefacite his, etc.* Primero habló del amor que de las obras: *Quia fundamentum bonorum operum est charitas,* sin la cual *fides mortua est.* Jacob, 2. Med. 25, pág. 95, 1.

3. *Attendite ne justitiam vestram.* Quiere nuestro Señor que le sirvamos muy honradamente: *Non quæretis nos metip-sos, et gloriam nostram, sed ipsum, et gloriam ejus in omnibus operibus bonis,* huyendo los loores y alabanzas humanas, diciendo: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Med. 56, pág. 225, 1.

DOMINICA PRIMA QUADRAGESIMÆ

Tunc ductus est Jesus, etc.

Matth., 4.

1. *Ostendit ei omnia Regna mundi. Ostendit illa in momento.* Luc., 4. Cuán engañados andan los que aman las riquezas, dejando por ellas de amar al sumo Bien, y así: *Famem patientur ut canes.* Psal. 58. Med. 4, pág. 15, 1.

FERIA QUINTA POST DOMINICAM I. QUADRAGESIMÆ

Egressus Jesus, etc.

Matth., 15.

1. *Filia mea, etc.* Estilo es de los pobres, puestos delante de los ricos y grandes señores, descubrirles su pobreza, miseria y llagas, del cual estilo usó esta mujer cananea, viéndose delante del Señor de los señores, que la podía remediar, diciendo: *Sicut oculi ancillæ in manibus Domine suæ, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum donec misereatur nostri.* Psal. 122. *Qui sanat contritos corde, et alligat contritiones eorum.* Psal. 146. Med. 95, pág. 159, 2; y med. 96, pág. 163, 2.

FERIA SEXTA POST DOMINICAM II. QUADRAGESIMÆ

Homo quidam, etc.

Matth., 21.

1. *Fodit in ea torcular.* El cual dice por Isaías, cap. 5: *Quid ultra potui facere vineæ meæ?* Justifica Dios su causa contra los malos. Med. 87, pág. 119, 2.

2. *Iterum misit alios servos.* Aquí se nos descubre el gran sufrimiento de Dios, por el cual nos obliga á más amarle, como lo dice por Isaías, cap. 1: *Lavoravi substinens.* Med. 93, pág. 149, 2.

SABBATO POST DOMINICAM II. QUADRAGESIMÆ

Homo quidam habuit, etc.

Luc., 15.

1. *In se autem reversus.* El amor de Dios nos habría de despertar á la consideracion de la miseria humana y brevedad de la vida. Med. 77, pág. 78, 2; y med. 92, pág. 144, 2.

2. *Abundant panibus.* En la casa de Dios todo es hartura: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos.* Psal. 35. Med. 98, pág. 173, 2.

3. *Misericordia mortuus est.* Aquí se nos descubre cuánto pueden nuestros suspiros con Dios. Med. 18, pág. 68, 1.

FERIA SEXTA POST DOMINICAM III. QUADRAGESIMÆ

Venit Jesus in civitatem, etc.

Joann., 4.

1. *Fatigatus ex itinere.* Cuán sabroso se nos quiere dar nuestro Dios, en fin, como le habíamos menester: *Habitu inventus ut homo.* Philip., 2. *Percussus, et humiliatus a Deo.* Isai., 53. Med. 45, pág. 180, 1.

2. *Sedebat sic.* ¿Cómo *sic*? No se puede explicar el *sic*, el como: *Te decet silentium in Sion.* Psal. 64. Med. 23, página 87, 1.

3. *Si scires donum Dei.* Que el amor es don de Dios. Med. 71, pág. 50, 2.

4. *Omnis, qui biberit ex hac aqua, sitiet iterum.* Si considerásemos esta falta y defecto en todes los gustos y contentos del mundo, que son *ad instar puncti* (Job, 20), como la echó de ver David, cuando dijo: *Satiabor, cum apparuerit gloria tua* (Salm. 16), no andaríamos tantos tras ellos. Med. 21, pág. 80, 1.

5. *Non sitiet iterum.* Que sólo Dios la sacia. Med. 4, pág. 15, 1.

6. *Item.* La sed es deseo de lo que no se posee y se desea, lo cual alcanzado, cesa la sed y el deseo. La piedra tiene sed de su centro, en el cual estando, cesa la sed; así nuestra alma, en llegando á Dios, que es su centro, *non sitiet iterum.* Med. 8, pág. 30, 1.

7. *Item. Si non sitiet iterum.* Porque andamos tan ciegos tras estas aguas cenagosas de los bienes temporales, como los hijos de Israel, que teniendo delante el maná suavísimo, decían: *In mentem nobis veniunt cucumeres, et pepones.* Números, 11. Med. 10, pág. 38, 1.

8. *Item.* Porque es tan saboso y gustoso el amor de Dios, que quien una vez de él gusta todo lo deja y menosprecia; y dice con la Esposa: *Tenui eum, nec dimittam.* Cant, 3. Meditacion 70, pág. 45, 2.

9. *Item.* Porque sólo Dios es hartura de nuestra alma, fuera del cual anda como el hijo pródigo: *Cupiens implere ventrem de siliquis porcorum.* Luc., 15. Med. 98, pág. 161.

10. *Item.* Pues como dice el mismo Dios por el Sabio: *Qui edunt me, adhuc esurient, et qui bibunt me, adhuc sitient.* Eccli. 24. Med. 84, pág. 107, 2.

11. *Sed fiet in eo fons aquæ salientis.* Porque el amor de Dios nos levanta á él: *Amor meus, pondus meum, ibi feror, quocumque feror.* August. Med. 84, pág. 107, 2.

12. *Voca virum tuum.* Nadie puede gustar del agua de la gracia, sinó purgando primero su conciencia de todo pecado. Por eso el Señor, convidando á esta mujer al agua de su gracia, la trae primero á la confesion de sus pecados: *Coangustatum est stratum, et pallium breve, utrumque operire non potest.* Isaí., 28. Gracia y pecado no caben en uno: *Quæ societas luci ad tenebras.* 2 Cor., 6. Med. 72, pág. 54, 2.

13. *Reliquit hydriam suam.* Despues de su alma divinamente alumbrada de todo, se desembaraza para más libremente amar y servir á Dios, como hicieron San Pedro y San Andres, cuando los llamo el Señor á su servicio: *Statim relictis retibus secuti sunt eum.* Matth., 4. Med. 7, pág. 26; 1, y med. 73, pág. 58, 2.

14. *Item.* Porque el amor de Dios levanta nuestro corazon á cosas altas y soberanas, como levantó el corazon de la gloriosa Magdalena: *Sedens secus pedes Domini,* Luc., 10. Med. 88, pág. 124, 2.

DOMINICA IV. QUADRAGESIMÆ

Abiit Jesus trans, etc.

Joann., 6.

1. *Ut autem impleti sunt.* Sólo los que se sientan á la mesa de Dios se hallan satisfechos; fuera de la cual dijo el hijo pródigo: *Fame pereo.* Luc., 15. Med. 92, pág. 144, 2.

2. *Collegerunt duodecim cophinos fragmentorum,* para que quedasen *in perpetuam rei memoriam* de aquel beneficio y merced que les había hecho, como mandó guardar el maná á los hijos de Israel: *Imple, comedite ex eo, et custodiatur in futuras retrogenerationes, ut noverint panem, quo alui vos in solitudine.* Exod., 16. Med. 19, pág. 72, 1.

FERIA SEXTA POST DOMINICAM IV. QUADRAGESIMÆ

Erat quidem languens, etc.

Joan., 11.

1. *Lazarus amicus noster dormit, etc.* Debajo de estas palabras descubre el Señor el amor que tenía á Lázaro y lo mucho que había de hacer por él, que era resucitarle de muerte á vida, para que consideremos cuán buen amigo es Dios: *Qui deducit ad inferos, et reducit.* Tob., 3. Med. 94, página 154, 2.

FERIA QUARTA DOMINICA PASSIONIS

Facta sunt Encœnia, etc.

Joann., 10.

1. *Et non peribunt in æternum.* ¿En qué manos cayeron sinó en las de Dios, para que se le pierdan? Con razon David le llamó *Liberator: Diligebam te, Domine, fortitudo mea, refugium, et liberator meus.* Psal. 17. Med. 97, pág. 000.

DOMINICA PALMARUM

Cum appropinquasset Jesus, etc.

Matth., 21.

1. *Hosanna in excelsis.* En este recibimiento descubre el Hijo de Dios al mundo cuán de gana venía á morir por él:

Tradidit in mortem animam suam. (Isaí.. 53), Med. 16, página 62, 1.

FERIA QUINTA MAJORIS HEBDOMADÆ

Ante diem festum, etc.

Joann., 13.

1. *Cum dilexisset suos. Non ait: Cum dilexisset se, sed suos.* Porque el amor propio suele ser contrario al amor de Dios, y por consiguiente al amor del prójimo (lo cual, aunque en Cristo no pudo haber, mas en los hombres sí), por esto trata el Señor de sí, como hemos de tratar de nosotros. Por origen de todos los males puso San Pablo el amor propio: *Erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, etc.* 2 Tim., 3. Med. 90, pág. 134, 2; y med. 91, pág. 139, 2.

2. *Usque in finem dilexit eos.* Y aún pasó más adelante el amor que nos tuvo, pues que aún otras mil muertes de cruz padeciera, si fuera necesario, como lo significó en la cruz, cuando dijo: *Sitio* (Matth., 27), la cual sed no era tan natural como espiritual, pues que *cum gustasset, noluit bibere.* Med. 16, pág. 62, 1.

3. *In finem dilexit.* La causa final de padecer por nosotros fué el amor que nos tuvo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Joann., 3. Med. 17, pág. 65, 1.

4. *Item.* Amónos sin fin ni término, porque sin fin ni término le amásemos: *Modus diligendi Deum est sine modo diligere.* D. Bernard., lib. *de Amore Dei.* Med. 6, pág. 22, 1.

5. *Item.* Considera aquí, cristiano, el artificioso ingenio del sagrado evangelista San Juan, que para encarecernos la inmensa merced que nos hizo en dejarnos en manjar su sacratísimo cuerpo y su sacratísima sangre, trata primero del

amor que nos tuvo, el cual fué origen de las mercedes que nos hizo y el dársenos en manjar: *Ponderibus suis aguntur omnia, et loca sua petunt. Pondus meum, amor meus, illo feror, quocumque feror*, decía San Agustín, lib. 13. *Confes. Med. 30*, pág. 115, 1.

6. *Non indiget, nisi ut pedes lavet. ¿Quare homo indiget lotione pedum?* Gregor. Porque los piés del alma son el amor que á Dios tenemos y á estas cosas terrenas: *Et tanto quisquam a superno amore disjungitur, quanto inferius delectatur.* Med. 7, pág. 26, 1.

FERIA SEXTA PASSIONIS DOMINI

Secundum quatuor Evangelia

2. *Eamus hinc.* En el beneficio de la redencion nos descubrió el Señor la grande obligacion que tenemos de amarle, pues que *sic dilexit nos, ut Filium suum unigenitum daret.* Joann., 3. Med. 27, pág. 103, 1; med. 28, pág. 107, 1; y meditacion 29, pág. 111, 1.

2. *Avulsus est ab eis.* No carece de misterio decir el evangelista: *Avulsus est ab eis*, significando por esta palabra *avulsus*, que propiamente quiere decir arrancar, como se le arrancaba el corazon en apartarse de sus discípulos, con los cuales tan unido le tenía por amor. Med. 12, pág. 46, 1.

IN RESURRECTIONE DOMINI

Maria Magdalena, etc.

Marc., 16.

1. *Veniunt ad Monumentum.* Aquí se nos descubren las fuerzas del amor, que *omnia vincit*, del cual prendado el cora-

zon de estas santas mujeres, rompieron por todo: *Aquæ multæ tribulationum.* (Cant., 8), (de su flaqueza, de la oscuridad de la noche de la furia de de las guardas). *Non potuerunt extinguere earum charitatem. Qui amat, non laborat: omnis enim labor non amantibus gravis est. Solum amor est, quod nomen difficultatis erubescit.* D. August., lib. 13 *Confes. Med.* 45, pág. 180, 1.

2. *Ut venientes ungerent Jesum.* El verdadero amante de nadie se fía, como lo descubren estas verdaderas amadoras del benditísimo Jesus, que no contentas con la unción que Nicodemus le hizo, en que gastó *quasi centum libras*, ellas vienen otra vez á ungirle: *Hoc habet impatiens amor, ut quem desiderat, semper invenire se credat. Ignorat siquidem iudicium, et ratione multoties caret, nescit modum, nec aliud cogitare potest, quam quod diligit.* D. Ambrosius in *Serm. Assumpt. Med.* 75, pág. 68, 2.

3. *Invenerunt revolutum lapidem. Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* (Rom., 8), como á estas santas mujeres sucedió, la cuales *dicebat ad invicem: ¿Quis revolvat nobis lapidem ab ostio Monumenti? Et respicientes viderunt revolutum lapidem*, para que consideres, cristiano, las prendas del amor divino. *Med.* 82, pág. 99, 2.

FERIA SECUNDA RESURRECTIONIS DOMINI

Duo ex Discipulis, etc.

Luc., 24.

¿Tu solus peregrinus es? A solo el Hijo de Dios le pudieron decir con verdad estas palabras: *¿Tu solus peregrinus es?* porque siempre se trató como tal en esta vida y quiere que sus siervos se traten: *Quia peregrini, et hospites sunt super terram.* Heb., 1. *Med.* 9, pág. 34, 1.

2. *Nonne cor nostrum ardens erat. Quando appropinquans ibat cum illis.* Para que consideremos los regalos de los que se llegan á Dios, como los sintió bien la Esposa, cuando dijo: *Anima mea liquefacta est, ut dilectus loquutus est.* Cant., 5. *Nemo scit, nisi qui accipit.* Apoc., 2. Med. 44, pág. 175, 1.

DOMINICA IN ALBIS

Cum esset sero

Joann., 20.

1. *Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum.* Consideremos aquí la frialdad que había cobrado este discípulo, por apartarse de su Señor, con el cual andando, animaba y esforzaba á los demas á ir á morir con Él, diciendo: *Eamus et nos, et moriamur cum illo* (Joann., 11), para que veamos con atencion cuánto nos va en llegarnos á Dios: *Accedite ad eum, et illuminamini.* Palm., 33. *Lampades ejus, lampades ignis, atque flammaram.* Cant., 8. Med. 44, pág. 175, 1.

2. *Ostendit ei manus, etc.* ¿Para qué? Para que en viéndolas se inflamasen en el amor de aquel que por ellos las había recibido, á los cuales dice por Isaías, cap. 49: *Ecce in manibus meis descripsi te.* Med. 18, pág. 68, 1.

3. *Item.* Para descubrirles el amor que les tenía: *Probatio dilectionis exhibitio est operis.* D. Gregor. Med. 65, página 23, 2.

DOMINICA QUARTA POST PASCHA

Joann., 16.

1. *Si enim non abiero, Paracletus non veniet.* No caben en uno el amor carnal y el amor de Dios: *Coangustatum est stratum, et pallium breve, utrumque operire non potest.* Isai., cap. 28. Med. 55, pág. 221, 1.

2. *Sed non potestis portare modo.* Porque en la virtud y en las cosas del servicio de Dios hemos de ir por gradas y escalones: *Quia nemo repente fit summus;* á lo cual aludió David, cuando dijo: *Ibunt de virtute in virtutem* (Psal. 83), como se lo mostró Dios á Jacob en la escalera que vió: *Viditque in somnis scalam stantem super terram, et cacumen illius tangens Cælum: in illa carnales proficiendo, quasi ascendendo fiunt spirituales.* Gen., 28. Med. 74, pág. 63, 2.

DOMINICA QUINTA POST PASCHA

Amen amen dico vobis, etc.

Joann., 16.

1. *In nomine meo.* Porque todo lo que pidiéremos al Padre lo alcanzaremos por el Hijo: *Advocatum habemus apud Patrem, Dominum nostrum Jesum Christum, etc.* 1 Joan., 2. Med. 18, pág. 68, 1.

IN FESTO PENTECOSTES

Joann., 14.

1. *Si quis diligit me.* Debajo de las cuales palabras nos significa el Señor cuán pocos y contados son los que le aman, pues que siendo sumo Bien dice: *Si quis diligit me. Væ mihi quia factus sum sicut qui colligit racemos in Autumno, etc.* Mich., 7. *Periit sanctus de terra, et rectus in omnibus non est.* Med. 83, pág. 103, 2.

2. *Sermonem meum servabit.* Nota que ántes que el Señor hable de la observancia de su santa ley habla primero del amor, mediante el cual la observancia de sus santos mandamientos *est jugum suave, et onus leve.* Matth., 11. Med. 47, pág. 189, 1; y med. 48. pág. 193, 1.

3. *Item.* El amor es el *primum movile*, que mueve al amante á hacer todo lo que hace por el amado, como movió al Hijo de Dios á hacerse hombre *propter nos homines, et propter nostram salutem. O jugum sancti amoris, quam dulciter capis, gloriose laqueas, suaviter premis, delectanter oneras, fortiter stringis, prudenter erudis!* D. Bern., lib. de *Dilig. Deum.* Med. 17, pág. 65, 1.

FERIA SECUNDA POST PENTECOSTEN

Joann., 3.

1. *Sic Deus dilexit mundum.* Aunque de nuestro Dios no esperásemos otro premio por amarle y servirle, el amor grande que aquí nos descubre era bastante obligacion para

obligarnos á su perpetuo amor y servicio: *Nulla major est ad amorem invitatio, quam prævenire amantem, et nimis durus est animus, qui si dilectionem nolebat impendere, nolit impendere* (D. Aug., de *Cathec. Rud. Med.* 11, pág. 42, 1), y porque Él nos amó primero. *Med.* 12, pág. 46, 1.

2. *Item.* Veamos: ¿Comenzó á amar al mundo cuando le envió á su Hijo? No por cierto, pues no dice: *Sic Deus diligit mundum*; sed: *Sic Deus dilexit, id est, ab æterno.* Roman., 9. *Cum enim nondum nati fuissent, aut aliquid boni, aut mali egissent, Jacob dilexit, Esau odio habuit.* *Med.* 13, pág. 50, 1.

3. *Item.* El amor que tenemos á las criaturas nace y procede de la bondad verdadera ó aparente que en ellas vemos, porque *objectum voluntatis est bonum, verum, vel appa-rens*; pero el amor que Dios nos tiene procede de su natural bondad, y no de la que en nosotros hay, pues *cum adhuc inimici essemus, dilexit nos.* Rom., 5. *Med.* 14, pág. 54, 1.

4. *Item.* El fundamento de las mercedes que Dios nos hizo y hace es su amor, al cual atribuye San Pablo esta tan grande merced, diciendo: *Propter nimiam charitatem, qua dilexit nos Deus, et cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos.* Ephes., 2. *Med.* 42, pág. 166, 1.

5. *Ut Filium suum unigenitum daret.* *Fortis est ut mors dilectio* (Cant., 8), pues hizo á Dios emprender tal obra, *ut Filium suum unigenitum daret*, para que consideremos cuánto podrá en nosotros el verdadero amor de Dios: *Nihil tam durum, atque ferreum, quod non amoris igne vincatur* D. Aug., de *Morib. Eccles. contra Manich.* *Med.* 17, pág. 65, 1; *med.* 22, pág. 83, 1; *med.* 23, pág. 87, 1; y *med.* 24, pág. 91, 1.

6. *Item.* *In redemptionem nostram.* 1 Reg., 18. Para más obligarnos á su amor, el cual se descubre por las obras que el amante hace por el amado, como se lo descubrió Jonatas á David: *Cum expoliavit se tunica.* *Med.* 27, pág. 103, 1; y *med.* 28, pág. 107, 1.

7. *Item.* Aquí se nos descubre la estima del hombre,

pues se da Dios por él: *Empti enim estis pretio magno, glorificate, et portate Deum in corpore vestro.* 1 Cor., 6. Med. 37, pág. 145, 1.

IN FESTO CORPORIS CHRISTI

Joann., 6.

1. *Caro mea vere est cibus.* Aquel se dice verdadero manjar que sacia y mata el hambre; y como sólo Dios nos puede saciar y satisfacer el apetito, sólo Él puede decir: *Caro mea vere est cibus*, como dijo á la Samaritana: *Qui biberit ex hac aqua, non sitiet iterum.* Joann., 4. Med. 21, pág. 80, 1.

2. *Item.* Como dicen: Dádivas quebrantan peñas, ¿cuánto más corazones humanos? ¿Qué dejó de darnos nuestro Dios que no nos diese? *Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit* (Rom., 8), porque le amásemos. Med. 19, pág. 72, 1; med. 20, pág. 76, 1; y med. 98, pág. 173, 2.

3. *Qui manducat me, vivet propter me.* Por la cual comunicacion se engendra en nosotros un nuevo vínculo de amor de Dios, pues que mediante ella *sunt duo in carne una.* Gen., 2. Med. 67, pág. 32, 2; med. 68, pág. 36, 2; y med. 69, pág. 41, 2.

DOMINICA SECUNDA POST PENTECOSTEN

Luc., 14.

1. *Cœnam magnam.* Dicitur magna, porque en sola ella podemos matar el hambre: *Satiabor, cum apparuerit gloria tua.* Psal. 16. Med. 98, pág. 173, 2.

2. *Quia jam parata sunt omnia.* Aquí podemos considerar los muchos beneficios que de nuestro Dios hemos recibido. *Numera stellas, si potes.* Genes., 15, 22. Te puede decir, como á Abrahan dijo, para que por ellos se nos descubra la obligacion que tenemos de amarle. Med. 34, pág. 133, 1; med. 35, pág. 137, 1; med. 36, pág. 140, 1; med. 37, pág. 145, 1; y med. 38, pág. 149, 1.

3. *Habe me excusatum.* Dicit D. Agustinus: *Quod summa perversitas est uti fruendis, et frui utendis.* Crió Dios las criaturas, para que nos encaminasen á Él, como á fin y paradero de todos nuestros deseos, y no para que nos fuesen estorbo de lo que toca á su servicio. Med. 2, pág. 8, 1; y med. 3, pág. 11, 1.

DOMINICA QUARTA POST PENTECOSTEN

Luc., 5.

1. *Nihil cœpimus.* Porque todas las obras que no se hacen en nombre de Dios no valen nada, en cuyo nombre se atrevió David, desarmado de las armas de Saul, á matar al filisteo, al cual dijo: *Tu venis ad me cum gladio, et hasta, et clypeo; ego venio ad te in nomine Domini.* 1 Reg., 17. Med. 81, pág. 95, 1.

2. *Concluserunt piscium multitudinem.* Aquí se nos descubre cuán hambriento y pobre es el mundo, pues que los que en su servicio trabajan nunca salen de miseria y pobreza, y llegados á Dios, luégo les llena las manos: *Aperi os tuum, et implebo illud.* Psalm. 80. Med. 98, pág. 173, 2.

DOMINICA SEXTA POST PENTECOSTEN

Cum turba plurima esset cum

Marc., 8.

1. *Deficient in via.* Dejándonos Dios, de fuerza hemos de sentir desmayo y desfallecimiento, porque solo Él nos puede saciar: *Avertisti faciem tuam a me, et factus sum conturbatus.* Psal. 29. Med. 98, pág. 173, 2.

DOMINICA SEPTIMA POST PENTECOSTEN

Matth., 7.

1. *Omnis arbor.* Somos aquí comparados al árbol, como al ciego, que el Señor había alumbrado, le pareció que éramos, cuando dijo: *Video homines velut arbores ambulantes* (Marc., 8), para que por esta metáfora entendamos cómo nos hemos de haber con Dios, y cómo Él se ha con nosotros. Medit. 99, pág. 177, 2.

DOMINICA NONA POST PENTECOSTEN

Cum appropinquaret, etc.

Luc., 19.

1. *Quia si cognovisses.* La falta de consideracion es causa del poco amor que á Dios tenemos; porque, como dice

San Agustín: *Nihil volitum quin præcognitum*. Med. 87, pág. 119, 2.

DOMINICA DUODECIMA POST PENTECOSTEN

Luc., 10.

1. *Diliges Dominum Deum tuum*. Al cual amor nos convidan las criaturas irracionales, como en ellas arguyó el Señor por el profeta Isaías, cap. 1, la ingratitud de su pueblo, diciendo: *Cognovit bos possessorem suum, et asinus præsepe domini sui, Israel autem me non cognovit*. Med. 1, pág. 5, 1.

2. *Item*. Aunque Dios merece ser amado sólo por ser quien es, sin otro respeto alguno, quiso que le amásemos por ser nuestro bienhechor, lo cual considerando (y bien) San Agustín, *de Spiritu, et Anima*, dijo: *Miser ego, quantum deberem diligere Deum meum, qui me fecit, quum non eram, redemit, quum perieram? Non enim eram, et de nihilo me fecit: non lapidem, non arborem, non aliquod de animalibus, sed hominem voluit me esse: dedit mihi vivere, sentire, discernere, reduxit me de exilio, redemit de servitio, vocavit me nomine suo: ut memoriale suum semper esset apud me. Unxit me oleo lætitiae, quo ipse erat unctus, ut ab uncto essem unctus, et a Christo dicerer Christianus*. Med. 19, pág. 70, 1; y med. 20, pág. 76, 1. Y del beneficio de la creación, con lo demás. Med. 34, pág. 133, 1; med. 35, pág. 137, 1; med. 36, pág. 140, 1; med. 37, pág. 145, 1; med. 38, pág. 149, 1; med. 39, pág. 153, 1; y med. 40, pág. 157, 1.

3. *Item*. Con ser sumo el bien, al cual naturalmente se inclina la voluntad *sicut lapis ad centrum*, nos pone mandamiento de amor, por saber cuán remisos habíamos de ser en amarle, como lo significó en el sermón último que predicó á

sus discípulos, diciendo: *Si quis diligit me*, etc. Joann., 14. Med. 43, pág. 170, 1; med. 44, pág. 175, 1; y med. 45, pág. 180, 1.

4. *Item*. Debajo de estas tres palabras se nos descubren tres obligaciones de amar á Dios. Med. 42, pág. 166, 1; med. 43, pág. 170, 1; med. 44, pág. 175, 1; med. 52, pág. 209, 1; med. 53, pág. 213, 1; med. 54, pág. 217, 1; med. 55, pág. 221, 1; med. 56, pág. 225, 1; y med. 57, pág. 229, 1.

5. *Item*. Nadie se puede excusar del cumplimiento de este mandamiento: *Si tibi aliquis dicat, ut virtutes, quas fecit Dominus, habeas imitari, justa potest esse excusatio tua. Quia virtutes, et mirabilia facere non omnibus datum est, juste, et caste vivere, et charitatem cum omnibus custodire, cum Dei adjutorio omnibus præceptum est*. D. Aug., serm. de Max. Med. 59, pág. 237, 1; y med. 61, pág. 5, 2. Y pues Dios nos amó primero, con razon nos pide que le amemos: que no se puede pagar amor sinó con amor; y así diciendo: *Si quis diligit me*, luégo prometió la paga en la misma moneda: *Et Pater meus diliget eum*, etc. Pues Él nos paga con amor, paguémosle con amor su amor, pues que es el fundamento de todos los servicios que le podemos hacer. Med. 62, pág. 10, 2; med. 63, pág. 14, 2; med. 64, pág. 19, 2; y med. 65, pág. 23, 2.

6. *Item*. Amale por tu provecho. Med. 88, pág. 124, 2. Y del daño que nos viene en no amarle. Med. 89, pág. 129, 2.

7. *Ex toto corde tuo*. Encarécenos mucho este mandamiento de amor, y no manda que nos amemos, por saber cuán peligroso es el amor propio, como escribió San Pablo á su discípulo Timoteo en la segunda epístola, cap. 3: *In novissimis temporibus instabunt tempora periculosa, et erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi*, etc. Med. 10, pág. 38. Y la declaracion de este mandamiento. Med. 50, pág. 201, 1; med. 51, pág. 205, 1; y med. 52, pág. 209, 1.

8. *Et proximum tuum sicut te ipsum*. Que no puede ser

meritorio el amor de Dios sin el amor del prójimo; *et e contra*. Med. 81, pág. 95, 2. Y cuán provechoso es el amor de Dios. Med. 82, pág. 99, 2.

9. *Item*. Hablando del amor del prójimo, coártale, diciendo: *Sicut te ipsum*; y en hablando del amor de Dios, sin término ni límite, dice: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo. Modus diligendi Deum est sine modo diligere. Vultis a me audire* (ait D. Bernard., *de Amore Dei*) *quare et quomodo diligendus est Deus? Et ego dico, quod causa diligendi Deum, Deus est modus sine modo diligere*. Med. 6, pág. 22, 1.

10. *Item*. Primero habla del amor de Dios, y luégo del amor del prójimo, para significarnos que el amor del prójimo ha de proceder del amor de Dios, como el amor que nos tuvo procedió del amor que tuvo al Padre, como Él lo dijo: *Et sicut mandatum dedit mihi Pater sic facio*. Joann., 14. Med. 42, pág. 166, 1.

11. *Ut vitam æternam possideant*. Aquí se nos descubre cuánto bien alcanzan los que aman á Dios, no ménos que la vida eterna: *Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ præparavit Deus diligentibus se*. Isai., 64. Med. 100, pág. 181, 2.

DOMINICA DECIMAQUARTA POST PENTECOSTEN

Matth., 6.

1. *Nemo potest duobus dominis servire*. Como el amor de estos bienes terrenos nos aparta del amor de Dios. Med. 73, pág. 58, 2; y med. 89, pág. 129, 2. Y cuán contrarios son el amor de Dios y el amor propio. Med. 90, pág. 134, 2; y med. 91, pág. 139, 2.

DOMINICA VIGESIMAPRIMA POST PENTECOSTEN

Simile est Regnum Cælorum

Matth., 18.

1. *Serve nequam.* Aquí se nos descubre el amor que Dios nos tiene, pues con tanta facilidad perdona sus injurias, y tan ásperamente y con tanto rigor castiga las nuestras, en lo cual quiere que le imitemos para cumplir con el amor del prójimo: *Legem implemus.* Roman., 13. Med. 60, pág. 241, 1.

2. *Fussit eum Dominus venundari.* De maravillar es que siendo siendo Señor y Padre tan piadoso dé sentencia tan rigurosa: *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* Hebr., 10. *Quando sicut vir præliator suscitabit zelum, vociferabitur, et clamavit super inimicos suos confortabitur.* Isai., 42. Med. 11, pág. 42, 1.

PROPRIUM SANCTORUM

IN FESTO SANCTI ANDREÆ APOSTOLI

Matth., 4.

1. *Erunt enim piscatores.* Para significar al mundo sus flacas fuerzas y vana presuncion, pues que con gente tan pobre y desarmada le quería conquistar: *Infirma mundi eligit Deus, ut confundat fortia* (I Cor., 1), como á una Judith contra un Holoférnes: *Cujus caput abscidit;* y á Faraon venció con mos-

quitos, los cuales viendo Faraon, dijo á Moises: *Ite, sacrificate Deo vestro.* Exod., 8. Med. 85, pág. 111, 2.

2. *Venite post me.* Como al centro de vuestras almas, en el cual las quitaréis; fuera del cual *inquietum est cor hominis.* D. Aug. Med. 8, p. 30, 1.

3. *Relictis retibus.* Quiérenos Dios muy desembarazados de las redes y enredos del mundo para servirse de nosotros, como lo dice por San Juan á su pueblo: *Exite de ea, popule meus, et ne participes sitis delictorum ejus, et de plagis ejus non accipiatis.* Apoc., 18. Med. 7, pág. 26, 1.

IN FESTO S. JOANNIS EVANGELISTÆ

Dixit Jesus Petro sequere me

Joann., 21.

1. *Quem diligebat Jesus.* Aquí se descubre el amor particular que Dios puede tener á uno más que á otro. Med. 60, pág. 241, 1.

2. *Qui et recubuit.* Al cual Dios descubrió tantos secretos porque era el amado; y así diciendo el Señor á sus discípulos: *Vos autem dixi amicos* (Joann., 14), añadió la razon: *Quia omnia quæcumque audivi a Patre meo nota feci vobis,* cuyo amor nos trae á su conocimiento. Med. 86, pág. 115, 2.

IN FESTO PURIFICATIONIS B. MARIE VIRGINIS

Postquam impleti sunt dies octo

Luc., 2.

1. *Nunc dimittis,* etc. Que la vida es penosa á los que verdaderamente aman á Dios. Med. 78, pág. 82, 2.

IN FESTO S. MATHIÆ APOSTOLI

Confiteor tibi Pater

Matth., 11.

Vide in Festo S. Patris nostri Francisci.

IN FESTO ANNUNTIATIONIS B. MARIE VIRGINIS

Missus est Angelus Gabriel

Luc., 11.

1. *Turbata est.* Y con razon, oyendo embajada tan preñada y tan llena de misterios, como era la encarnacion del Verbo eterno, de la cual dice San Crisóstomo: *Scio quod caro Verbum factum est; et quo modo factum sit, nescio: jam quia ego nescio, omnis creatura ignorat.* Med. 22, pág. 83, 1; y med. 23, pág. 87, 1.

IN FESTO SS. APOSTOLORUM PHILIPPI ET JACOBI

Non turbetur cor vestrum

Joann., 14.

1. *Qui videt me, videt et Patrem meum.* ¿Cómo hemos de conocer á Dios? Conociéndonos á nosotros: *Quia ad ejus imaginem, et similitudinem creati;* y así quiere que conociéndonos le conozcamos, y conociendo á Dios conoceremos al Pa-

dre (Genes., 1) acá por fe: *Quia ipse, et Pater unum sunt* (Joan., 10), y allá: *Facie ad faciem sicuti est.* I Cor., 13. Med. 2, pág. 8, 1.

IN FESTO S. BARNABÆ APOSTOLI

Hoc est præceptum meum

Joann., 15.

Vide in communi Apostolorum.

IN FESTO S. MARIE MAGDALENÆ

Luc., 7.

1. *Et osculabatur pedes ejus.* El pecado todo lo lleva tras sí, alma, vida y honra, como lo podemos manifestar en Júdas, cuyo pecado le llevó el alma: *Cum diabolus mississet in cor, ut traderet Jesum.* Joann., 13. La vida, pues que *laqueo se suspendit.* Matth., 27. La honra, pues que muriendo ahorcado quedó infame: *Quia maledictus omnis, qui pendet in ligno.* Deut., 21. Hacienda, pues *retulit triginta argenteos* (Matth., 27), sin quedarle nada; así la gracia y amor, en el pecador recién convertido, todo lo lleva tras sí: *Amor meus, pondus meum, ibi feror, quocumque feror* (Div. Augustin.), como aquí parece en la conversion de la gloriosa Magdalena, que presa su alma del amor divino, tras él se le van todas las cosas: alma, pues por gracia es ya del Señor; vida, pues la emplea en el servicio del amado; honra, pues tan públicamente conoce su pecado; hacienda, pues toda la menosprecia, hasta sus cabellos, echándolos por tierra, enjugando con ellos los piés

del Señor, poniendo en ellos su boca, empleándola allí en besárselos, para que considere el cristiano la fuerza del amor. Med. 79, pág. 86, 2; y med. 84, pág. 107, 2.

2. *Simon habeo tibi aliquid dicere.* Considera aquí, cristiano, cuán buen amigo es Dios, pues así vuelve por la honra de sus amigos; lo cual considerando David, en el salmo 138, dijo: *Nimis honorati sunt amici tui Deus, nimis confortatus est Principatus eorum.* Med. 94, pág. 154, 2.

3. *Dimisa sunt ei peccata multa.* No porque se humilló, ni porque lloró mucho, ni porque con sus lágrimas me lavó los piés, ni porque con sus cabellos me los limpió y enjugó, ni porque me los besó, sinó *quoniam dilexit multum.* Debajo de tal amor se encierran todas las demas virtudes, y por él le son aceptas, significado por el peso del santuario, por el cual mandaba Dios pesar todo lo que se le ofreciese: *Omnis æstimatio siclo Sanctuarii ponderabitur.* Lev., 27. Med. 57, pág. 229, 1; med. 58, pág. 233, 1; y med. 80, pág. 91, 2.

IN FESTO S. LAURENTII MARTYRIS

Amen amen dico vobis, nisi, etc.

Joann., 12.

1. *Nisi granum frumenti.* Debajo de esta metáfora nos descubre el Señor cuán necesaria nos fué su muerte, para que tuviésemos vida: *O inæstimabilis dilectio charitatis, ut servum redimeres Filium tradidisti!* D. Greg. *Vulneratus est propter iniquitates nostras attritus est propter scelera nostra.* Isai., 53. Med. 45, pág. 180, 1.

IN FESTO ASSUMPTIONIS B. M. V.

Luc., 10.

1. *Dic ergo illi ut me adjuvet.* Esto hace el amor de Dios en el alma, que á todos pide ayuda para servirle: *O si possemus excitare homines, et cum ipsis pariter excitari, ut tales essemus amatores vitæ permanentis, quales sumus homines amatores vitæ fugientis.* D. Aug., *de Doctrina Christiana.* Med. 91, pág. 139, 2.

IN FESTO EXALTATIONIS S. CRUCIS

Nunc iudicium est mundi

Joann., 12.

Omnia traham ad me ipsum. Por amor. Por eso dice *omnia*, y no *omnes*, porque el amor es red barredera que todo lo lleva tras de sí, como dijo San Agustín, lib. 13, *Confes.*: *Ponderibus suis aguntus omnia, et loca sua petunt, ignis ascendit sursum, et lapis tendit gravitate sua deorsum. Pondus meum, amor meus, illo feror, quocumque feror.* Como al avariento el amor del dinero, segun dijo el Señor: *Ubi est thesaurus tuus, tibi est et cor tuum.* Matth., 5. Y Tulio, aunque gentil, dijo: *Avaritia insatiabilis immensa, et incredibilia potest. Ita enim hominum mentes obstrictas tenet, ut eas nullo tempore respirare permittat.* Cicer. No hubo cosa en que más nos obligase el Señor á su amor que la obra de la redencion. Med. 27, pág. 103, 1; y med. 28, pág. 107, 1.

IN FESTO S. MATTHÆI APOSTOLI

Vidit Jesus hominem, etc.

Matth., 9.

1. *Non enim veni vocare justos, sed peccatores.* A los cuales dice Isaías, cap. 30: *Expectat vos Dominus, ut misereatur vestri.* La razon, pecadores, porque luégo en ofendiendo á Dios no se la pagáis con pena eterna es porque espera vuestra conversion y penitencia: *Ut misereatur vestri;* de cuya misericordia usan mal los pecadores que perseveran en pecado: *Quorum superbia ascendit semper* (Salm. 73), contra los cuales, enseñando San Pablo á los romanos, cap. 2, dice: *¿An divitias bonitatis ejus, et patientiæ, et longanimitatis contemnis? ¿Ignoras quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit?* Pues que te dice: *Non veni vocare justos, sed peccatores,* para perdonarlos; lo cual, como no advierten los pecadores, *thesaurizant sibi iram in die iræ et revelationis justi judicii Dei:* cuando el justo saldrá por justo, y el pecador por pecador: *Quia tunc reddes unicuique secundum opera sua.* Por eso acudamos con tiempo, haciendo penitencia, pues nos espera y llama para usar de misericordia con nosotros: *Nam subito veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet nos.* Eccles., 5. Med. 26, pág. 99, 1.

IN FESTO SERAPHICI PATRIS NOSTRI FRANCISCI

Confiteor tibi Pater Domine Cæli, etc.

Matth., 11.

1. *Venite ad me omnes.* Pues que *omnia tradita sunt mihi a Patre meo,* y estáis menesterosos y necesitados, como dijo el

ángel á la Iglesia de Laodicea, que decía: *Dives sum, et nullius egeo; et nescis, quia tu es miser, miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus* (Apocalip., 3), como lo confesó David: *Ego sum pauper, et dolens* (Salm. 68), y por eso el Señor, que á todos llama y convida: *Omnibus omnia factus suscepit me*. Med. 8, pág. 30, 1; med. 10, pág. 38, 1; med. 12, pág. 46, 1; y med. 62, pág. 10, 2.

2. *Et ego reficiam vos*. Esto solo te ha de obligar, cristiano, á su amor, porque es hartura y holganza tuya, lo cual sabiendo por experiencia la esposa, no le intitulaba Esposo mío, cuando preguntaba por Él, sinó su amado: *¿Num quem diligit anima mea, vidistis?* Cant., 3. Med. 21, pág. 80, 1.

3. *Fugum meum suave est*. ¿Carga, y suave? Sí; porque se funda en amor, el cual todo lo alivia y hace fácil; y así dijo San Pablo: *Finis præcepti est charitas* (1 Tim., 1), y en otro lugar: *Qui enim diligit proximum legem implevit* (Roman, 13), y así dijo San Agustin, lib. *de Sanct. Vid.*: *Nulla modo sunt onerosi labores amantium, sed ipsi delectant: sicut venantium, aucupantium, piscantium. In eo enim, quod amantur, aut non laboratur, aut labor amatur*. Med. 47, pág. 189, 1; y med. 48, pág. 193, 1.

4. *Et invenietis requiem animabus vestris*. Grandes consolaciones y regalos espirituales promete el Señor aquí á los que se sometieren al yugo de su santa ley, á la cual nos persuade el Sabio rendir con tal promesa, diciendo: *Audi fili mi, et accipe consilium intellectus, et ne abjicias consilium meum. Injice pedem tuum in compedes illius, et in torques illius collum tuum. Subjice humerum tuum, et porta illam, et ne accidieris vinculis ejus: tædiose, et graviter ferens*. Eccli., 6. Lo que te manda y obliga la ley del Señor: *In novissimis enim invenies requiem in ea, et convertetur tibi in oblectationem*, como David confesó haberlo hallado, diciendo: *In via testimoniorum tuorum delectatus sum sicut in omnibus divitiis* (Salm. 118), como aquí lo promete el Señor á los que guarda-

ren su ley: *Et invenietis requiem animabus vestris.* Med. 8, pág. 30, 1; y med. 10, pág. 38, 1.

IN FESTO SS. APOSTOLORUM SIMONIS, ET JUDÆ

Hæc mando vobis, ut diligatis, etc.

Joann., 15.

Vide in *Communi Apostolorum.*

COMMUNE SANCTORUM

IN FESTIS APOSTOLORUM

Hoc est præceptum meum

Joann., 15.

1. *Majorem dilectionem nemo habet, etc.* Jamas el Señor habló del amor que luégo no hablase del testimonio del amor, que son las obras: *Nam probatio dilectionis exhibitio est operis.* D. Gregor. Med. 79, pág. 86, 2.

2. *Vos amici mei estis.* Considera aquí, cristiano, hasta dónde llegó la bondad de Dios, pues viene á llamarse amigo de los hombres, y que entre ellos se quiere avecindar, como lo dijo por el Sabio: *Delitiæ meæ esse cum filiis hominum* (Prov., 8), para que veas cuán buen amigo es. Med. 94, página 154, 2.

3. *Majorem charitatem, etc.* Primero habló del amor, diciendo: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem;* y luégo dijo: *Majorem charitatem nemo habet, etc.,* porque el fundamento de bien obrar ha de ser el amor, como lo sintió San Pablo, cuando dijo: *Si linguis hominum loquar, et An-*

gelorum, charitatem autem non habeam, factus sum vel æsonans, aut cymbalum tinniens. 1 Cor. 13. Med. 42, pág. 166, 1.

4. *Omnia quæcumque audivi a Patre meo, etc.* Porque amaban á Dios, por eso les descubre el Señor sus secretos: *In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis.* Sap., 1. Med. 86, pág. 115, 2.

IN COMMUNI APOSTOLORUM

Ego sum vitis, et vos palmites

Joann., 15.

1. *Nisi in me manseritis per amorem, el cual transformat amantem in rem amatam, plus est cor ubi amat, quam ubi animat.* D. August. Med. 76, pág. 73, 2.

IN COMMUNI PLURIMORUM MARTYRUM

Confiteor tibi Pater, etc.

Matth., 11.

Vide in Festo S. P. N. Francisci.

IN COMMUNI ABBATUM

Dixit Simon Petrus ad Jesum

Matth., 19.

1. *¿Quid ergo erit nobis?* Aquí veremos cuán interesados somos, pues que aún hasta al mismo Dios no queremos servir sinó por interes, siendo Él por sí digno de ser amado y servido. Med. 3, pág. 11, 1.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Meditacion LXI.—Como solamente nos pide Dios que le amemos.	5
Meditacion LXII.—Como el amor no se paga sinó con otro amor.	10
Meditacion LXIII.—Como no tiene el hombre otra cosa propia sinó amor.	14
Meditacion LXIV.—Como hemos de amar á Dios, así como Él nos ama.	19
Meditacion LXV.—Como nos ama Dios.	23
Meditacion LXVI.—Como nos ama Dios en particular.	28
Meditacion LXVII.—Del vínculo indisoluble del amor de Dios.	32
Meditacion LXVIII.—Como el amor de Dios es vínculo de perfeccion.	36
Meditacion LXIX.—De los bienes que proceden de este vínculo de amor.	41
Meditacion LXX.—Como el amor de Dios es deleitable.	45
Meditacion LXXI.—Como el amor de Dios es don del cielo.	50
Meditacion LXXII.—Cómo se alcanza y conserva el don celestial del amor.	54
Meditacion LXXIII.—Como no podemos amar á Dios y al mundo juntamente.	58

	<u>Págs.</u>
Meditacion LXXIV.—De los grados del divino amor.	63
Meditacion LXXV.—De las propiedades del amor de Dios.	68
Meditacion LXXVI.—Como el amor transforma el amante en el amado.	73
Meditacion LXXVII.—Como el amor de Dios enciende á nuestra alma en deseos celestiales.	78
Meditacion LXXVIII.—Como al que ama á Dios le es penosa esta vida.	82
Meditacion LXXIX.—Como el amor se manifiesta en las obras.	86
Meditacion LXXX.—Como el amor de Dios da el mérito á nuestras obras.	91
Meditacion LXXXI.—Del fin del verdadero amor de Dios.	95
Meditacion LXXXII.—Como el amor de Dios es muy provechoso.	99
Meditacion LXXXIII.—Como Dios nos llama para que le amemos.	103
Meditacion LXXXIV.—Como el amor nos lleva á Dios.	107
Meditacion LXXXV.—Como el divino amor despierta nuestra memoria.	111
Meditacion LXXXVI.—Como el amor de Dios nos trae en conocimiento de Él.	115
Meditacion LXXXVII.—Como el conocimiento de Dios nos lleva á su amor.	119
Meditacion LXXXVIII.—Que amor se levanta á querer cosas mayores.	124
Meditacion LXXXIX.—Que el que no ama á Dios le hace injuria, y á sí mismo daño.	129
Meditacion XC.—De la contrariedad que hay entre el amor de Dios y el amor propio.	134
Meditacion XCI.—De los frutos del amor de Dios y daños del amor propio.	139
Meditacion XCII.—Como la brevedad de esta vida nos convida á amar á Dios.	144

	<u>Págs.</u>
Meditacion XCIII.—Como lo mucho que Dios nos su- fre nos obliga á amarle..	149
Meditacion XCIV.—Que Dios ha de ser amado por ser fiel amigo nuestro.	154
Meditacion XCV.—Como Dios ha de ser amado por ser guarda y casa nuestra.	159
Meditacion XCVI.—Que Dios ha de ser amado por ser refugio nuestro..	163
Meditacion XCVII.—Como Dios ha de ser amado por ser librador nuestro.	168
Meditacion XCVIII.—Como Dios ha de ser amado por ser hartura nuestra.	173
Meditacion XCIX.—Como de parte de las criaturas he- mos de amar á Dios.	177
Meditacion C.—De la gloria que alcanzarán los que aman á Dios..	181
Asuntos predicables de lo contenido en estas medita- ciones del amor de Dios, discurrendo por todas las dominicas y fiestas del año.	185

Actos exteriores 226

Caridad (ausencia de) 134

FEBRERO

Sale el sol á las 7 y 6.—Se pone á las 5 y 23.

Se pone la luna á las 7 y 38 M.—Sale á las 7 y 36 m.

Cuarto menguante el día 11.

Pleamares á la 1 y 11 t.

Las mareas de este día son las mayores de la Sycygia.



«Si es posible pase de mí este cáliz,» dice Jesús, cuando en el huerto oraba y temblaba su Corazon juntamente con sus huesos. (*San Justino el Filósofo.*)

MARTES

36

LA ORACION

330

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Ss. Agueda, vg. v m.,

y mártires del Japon, Pedro Bautista

y cps., Pablo Miki, Juan de Goto

y Diego Kisay, S. J.

COMUNION FRECUENTE

Recibir todos los dias la Comunion eucarística, ni lo alabo, ni lo vitupero; pero comulgar todos los domingos; lo persuado y encomiendo á todos los que tengan su alma sin afecto alguno al pecado. Dejo esto á la discrecion del P. Espiritual de la persona que quiera resolverse á ello.

Graciosa fué la respuesta de Santa Catalina de Sena, á los que desaprobando que comulgase con tanta frecuencia, la alegaron el dicho de San Agustin, el cual ni alaba, ni vitupera el comulgar todos los dias. «Puesto que San Agustin, dijo la Santa, no lo vitupera, no lo vitupereis vos tampoco y me doy por contenta.»

(San Francisco de Sales.)

DICIEMBRE

Sale el sol á las 7 y 22.—Se pone á las 4 y 40
Sale la luna á las 11 y 55 M.—Se pone á las 12 y 8 n.

Cuarto creciente á las 8 y 58 n.
Pleamares á las 4 y 40 m. 5 y 8 t.

26

Mañana ganan indulgencia plenaria, con las condiciones ordinarias, los Directores y Celadores del Apostolado de la Oracion.

LUNES

361 Ss. Estéban, proto-mártir, 6
Marino, m., Dionisio y Zósimo, papas,
y Teodoro, cf.

Á SAN JUAN EVANGELISTA

De la humana tierra y baja,
Inculto por el pecado,
Una águila caudalosa
Tan alto vuelo ha tomado,
Que, penetrando los cielos,
En la trinidad ha entrado,
Y dentro el pecho de Cristo
Sus ansias han descansado;
El cual, como estaba ardiendo,
De fuego de amor tocado,
A Joan, que reposa en él,
De tal suerte le ha abrasado,
Que de sí mismo le saca,
Y en fuego le ha transformado;
Con el cual tanto ama á Cristo,
Y de Cristo así es amado,
Que si él es de Cristo preso,
Tiene á Cristo aprisionado;
Y de allí tan encendido
Este pebete sagrado
Sale, que por todo el mundo
Suave olor ha sembrado.
Vase con pública voz
Ya del amor gloriando;
Hónrase con ser vencido
Del que á Dios ha derribado;
Pregónasenos de Cristo
Ser público enamorado.

(Ubeda.)

